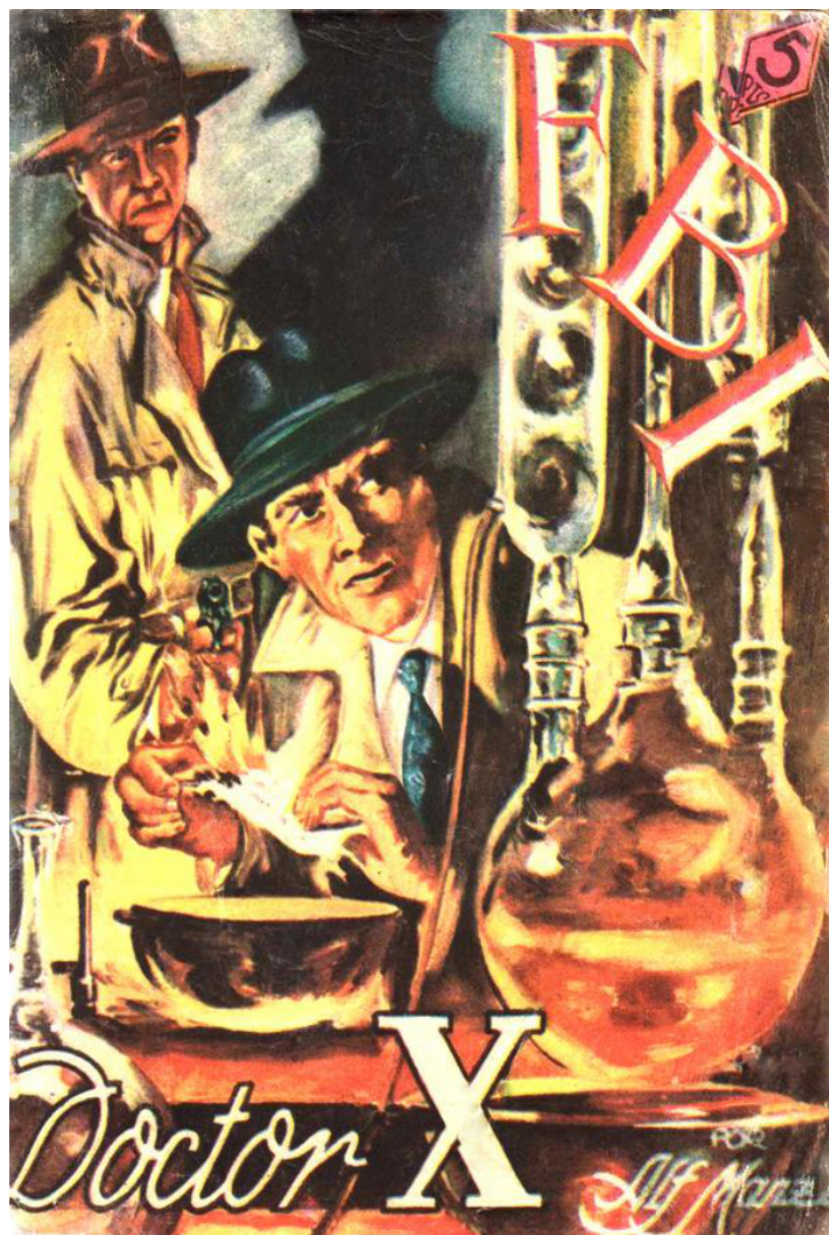




Alf Manz



DOCTOR X



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1964
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente núm. 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas trunecadas (37).

- | | |
|---------------------------------|----------------------------------|
| 205. Gran Hotel (38). | 217. Rehabilitación (33). |
| 206. La coartada falló (7). | 218. El extraño agente (5). |
| 207. Lydia (3). | 219. No escaparás de mí (8). |
| 208. El peso de la Ley (30). | 220. La garra enguantada (4). |
| 209. La única oportunidad (28). | 221. Sombras en rojo (37). |
| 210. Aquelarre (4). | 222. Aprendiz de policía (30). |
| 211. La muerte ronda (33). | 223. Torrente de pasiones (5). |
| 212. Error fatal (39). | 224. Lazos rotos (33). |
| 213. Hacia el abismo (7). | 225. Muerte en la carretera (4). |
| 214. Ojos delatores (37). | 226. Sangre de periodista (23). |
| 215. Reporter de sucesos (4). | 227. Hielo caliente (27). |
| 216. ¡Fugitivo! (40). | |

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|--------------------------|
| (1) Alf Manz. | (15) Robert Deaf. | (29) Richard Jackson. |
| (2) Fred Baxter. | (16) Alan Carson. | (30) Jim Murray. |
| (3) Frank McFair. | (17) Alvin Cortroa. | (31) Sand Buri. |
| (4) Eddie Thorny. | (18) Jack Grey. | (32) Joe Greig. |
| (5) O. C. Tavin. | (19) Edgar Ford. | (33) Bill O'Creigh. |
| (6) Alar Benet. | (20) Andre O'Sun. | (34) Don Lassister. |
| (7) A. G. Murphy. | (21) Fel Marty. | (35) John Est. |
| (8) Lewis Haroc. | (22) Dana Yonell. | (36) Edward Goodman. |
| (9) J. L. Martin. | (23) Al Gallard. | (37) Angelo de Turturis. |
| (10) Jack Brooklyn. | (24) Chester King. | (38) Gary Belsan. |
| (11) Thomas Settee. | (25) Josep Tell. | (39) Paul Coster. |
| (12) John Nebot. | (26) Med Ryman. | (40) Herman Teligon. |
| (13) Thomas Wanton. | (27) Lou Dark. | |
| (14) F. N. Graw. | (28) Jan Hutton. | |

I

LUNES, A LAS NUEVE DE LA NOCHE



solas con sus pensamientos, Celia Larsen permanecía inmóvil en el *sundeck* del «King Edward», enorme palacio flotante que parecía dormido y mecido por la potente caricia del oleaje en sus costados. Apoyada de codos en la barandilla, la joven se encontraba como aislada entre la tupida gasa de la niebla, pegajosa y húmeda, casi impenetrable al resplandor de los cuatro reflectores que trataban de iluminar las cubiertas.

Lamentaba Celia el retraso del «King Edward» en zarpar del tan inglés puerto de Southampton. Si aquella maldita niebla no hubiese

envuelto en su seno algodonoso el puerto, hubieran abandonado el viejo continente a media mañana, con rumbo a Norteamérica.

Ansiaba encontrarse en Nueva York, hazienda de las destrozadas ciudades europeas. Recordó su estancia de unos días en Viena, la dividida, inmoral y destruida Viena, donde había recogido a su hermano, también destruido y desmoralizado.

Oíanse las sirenas de otros barcos en la lejanía, avisando su llegada al puerto con frecuentes y largas pitadas, avanzando a media máquina por entre la jungla de remolcadores, faros flotantes, boyas y gabarras.

Con un sobresalto, Celia Larsen escuchó el ruido de unos pasos subiendo la escalerilla y el murmullo de una conversación de voces varoniles. Volvió la cabeza. A unas yardas, tres siluetas humanas se recortaban difusamente a la luz de un reflector. No podía distinguir sus rostros ni tampoco sus vestimentas; también las palabras le eran ininteligibles.

No sólo le molestó la presencia de aquellos hombres en el solitario y oscuro *sundeck*, sino que experimentó temor de hallarse allí, separada del resto del pasaje. Para pasar al piso octavo del barco, donde ella tenía, sus camarotes, tendría que cruzar junto a los importunos. Encogida, tiritando de inquietud y frío, arrebujada en su abrigo de pieles, decidió quedarse quieta y pasar inadvertida.

—¡Regístrale! —oyó decir a una voz bronca, en inglés americanizado.

—A mí no me registra nadie. No me asustan vuestras pistolas —repuso otra voz, también en inglés, de acento enérgico.

—¡Ahora veremos! —dijo una tercera voz.

Desde su sitio, Celia vio que los bultos se movían, se mezclaban, se separaban y volvían a fundirse. El ruido de las pisadas, una maldición, el rumor de un forcejeo y de unos golpes revelaban una lucha entre los tres hombres.

La joven fue retrocediendo paso a paso, hacía proa, asustada de la escena que estaba obligada a presenciar. No intentó gritar siquiera: sabía que sus gritos le ocasionarían la muerte a manos de los asesinos.

Se oyó un quejido. Luego, el golpe sordo de un cuerpo humano desplomándose sobre las planchas metálicas, y, al final, el repiquetear de unos zapatos por los escalones de la escalerilla que

conducía al piso inferior.

Ella los había visto huir, a dos de ellos. Tendido en el suelo, un bulto inmóvil.

Temblando, verdaderamente aterrorizada, Celia respiró, una vez pasado el peligro. Tardó unos segundos en determinarse a acercarse al caído.

Al pobre resplandor de su encendedor, arrodillada, Celia pudo examinar las facciones de un hombre joven, de cabello rubio, rasgos firmes y boca entreabierta. Tenía los ojos cerrados y respiraba levemente. Vestía de frac, y en la blanca pechera se destacaban las huellas de unos dedos sucios y húmedos...

Impulsada por la compasión, la joven golpeó las mejillas del caído, pretendiendo hacerle recobrar el conocimiento. Tarea inútil, pues el golpe parecía haber sido fuerte, dada su insensibilidad.

Encontrándose impotente para ayudarle, Celia no encontró más solución que pedir ayuda.

Bajó la escalerilla y divisó una mujer que se paseaba, fumando.

—¡Por favor, ayúdeme! —le rogó la joven—. Arriba hay un hombre medio muerto. ¿Dónde habrá algún camarero por aquí cerca?

La aludida, mostrando un aire de sorpresa, dejó caer el cigarrillo al suelo. Al momento reaccionó, y valientemente, al parecer.

—¿Dónde está? No necesitamos a nadie; perderíamos mucho tiempito en buscar ayuda.

Contagiada de su entereza, Celia la guió, subiendo nuevamente al *sundeck*.

—Por aquí —y enmudeció al comprobar que el hombre del frac había desaparecido misteriosamente.

—¿Dónde? —preguntó la otra.

—Aquí mismo estaba. ¡Parece increíble!

—Tal vez haya cambiado de lugar. Si estaba herido. ¡Busque usted por allá; yo lo haré por esta parte!

Con un pánico cerval, ante la insospechada desaparición, Celia volvió a encontrarse con la otra pasajera.

—No está.

—Tampoco yo he visto nada. ¿Está Usted segurade...? ¿No lo habrá soñado? —preguntó la otra, con exagerado acento de escepticismo.

—Le aseguro que lo he visto con mis propios ojos. Escuche.

Y sucintamente le narró cuánto había presenciado.

—Si usted dice que lo ha presenciado, será verdad; pero.

—Tiene que haber señales en el piso —insistió Celia, molesta ya por la incredulidad de la otra pasajera—. Con la oscuridad y la niebla.

A la luz del encendedor observaron las planchas.

—¡Aquí hay un botón roto!

Jubilosa por el simple hecho de no aparecer como loca o estúpida, Celia examinó en la mano un botón negro, partido por la mitad.

—Me quedaré con él. Ahora se habrá usted convencido que no.

—Sí, aunque es muy extraño, señorita.

—Celia Larsen.

—Me llamo Magda Playford. Pues sí, señorita Larsen, dispénsame, pero si no llegamos a encontrar ese botón roto, no.

Conversando acerca del particular, ambas mujeres descendieron al piso octavo del «King Edward».

Ya en el pasillo, al resplandor de las luces indirectas arrancando suaves brillos del encerado linóleo, se detuvieron.

Celia Larsen, con su cabellera rubia y undosa, y su rostro oval y delicioso contrastaba con la morena Magda Playford, de ojos negros, sumamente bella. Celia Larsen denotaba ser una mujer de poca experiencia de la vida; aún estaba pálida, apareciendo inquietas las lagunas azules de sus ojos. Por el contrario. Magda Playford se mostraba serena, dueña de sí. Con una sonrisa amable en sus labios pintados de rojo oscuro, cual herida sangrienta. Fue ella quien aconsejó:

—Lo mejor sería callarnos lo sucedido, señorita Larsen. Aún no hemos salido de Inglaterra y la Policía británica nos manejaría a su antojo, comenzando por dejarnos en tierra. Creo que lo más conveniente es callar, y allá se las arregle cada uno como, pueda. A estas horas, seguramente que el individuo ese salió del barco, huyendo. Póngase en su caso: haría falta estar loco para convivir, durante varios días que dure el viaje, con sus enemigos.

Reconociendo sabias las palabras de Magda Playford, Celia se despidió de ella, encaminándose a sus camarotes. Los acordes de la orquesta en el salón de baile desvanecieron el terror pasado en el

sundeck.

A sus golpes en la puerta 37, salió a abrirle una mujer de unos treinta y cinco años, de rasgos dulces y una marcada expresión bondadosa.

—¿Dónde has estado, niña?

—Paseando en cubierta —repuso Celia, entrando en la lujosa serie de habitaciones por ellos tomadas.

Un saloncito con un tresillo, una mesita central, otra auxiliar, y todo decorado y alfombrado exquisitamente, muy de acuerdo con el precio tan subido que pagaron por el pasaje. Sentado en un sillón de ruedas para inválidos, un joven de unos treinta años, pelo castaño, pálido y delgado, como después de una larga enfermedad, que dejó el libro sobre la manta de viaje que le cubría desde la cintura al suelo. Sus rasgos, en hombre, parecían gemelos de los de la recién llegada.

—¿Hace mucho frío fuera, Celia?

—Continúa la niebla, cada vez más espesa. No sé cuándo vamos a zarpar. ¿Te enteraste de algo, Fanny? —interrogó la joven, dirigiéndose a la mujer que le había abierto.

—Salí un momento. Un mayordomo me dijo es probable salgamos mañana a una hora temprana.

—Deseo acostarme, Celia. Me gustaría cerrar les ojos y abrirlos cuando estuviésemos ya frente a nuestra estatua de la Libertad. Estoy impaciente por explicar de palabra a mis compañeros cuánto conseguí de manifestó él.

—No pienses más en el

F. B. I.,

[1] John. Te consumes, y no te conviene en absoluto. Recuerda lo que te dijo aquel especialista en Viena. Además, has de irte acostumbrando a olvidar que has sido un agente especial del

F. B. I.

Tienes que acomodarte a tu nueva vida y dejarte de soñar con aventuras e intrigas. ¡Bastante le has dado ya al

F. B. I.!

—exclamó, con acento de dolor, la joven, mientras sus ojos se velaban por las lágrimas.

Serio, con los músculos de la cara tensos, John Larsen tenía la mirada perdida al frente, viendo, tal vez, retrospectivamente,

escenas de su incidentado pasado.

Luego comentó lentamente, con voz ronca:

—Ya hemos, hablado mucho de ello, Celia. Quieras o no, yo seguiré perteneciendo a la organización que ofrecí mi vida, mientras me lo consientan. Aún tengo cerebro y podré desempeñar muchas tareas en beneficio del

F. B. I.

Lo de Viena ha sido un caso más de mi vida. No pienses que me acobarda el fracaso. Es cierto que el «Doctor X» continúa vivo y sin descubrir. Pero el

F. B. I.,

no cesa hasta alcanzar la meta que se ha trazado, caiga quien caiga. Ahora me tocó a mí.

—¿Acaso no has entregado bastante al

F. B. I.?

—repitió la joven—. ¿Te has propuesto dejarme sola en el mundo? ¿No sería mucho mejor que presentases la dimisión y te encargaras de los negocios que nos dejó papá?

—¿Negocios? Tenemos dinero de sobra. A mí me es suficiente con mi sueldo, y tú...

—Te es muy cómodo, John, dejarme a mí la dirección de los asuntos —acusó Celia, con evidente acento de reproche—. Desde que ingresaste en el

F. B. I.,

perdí al único hermano, porque siempre estabas ausente de Nueva York. Fanny sabe de mis luchas con los directores de las fábricas, los proveedores y los vendedores. Cuando me telegrafiaste para que acudiese a Viena, y te encontré tan maltrecho, imaginé que, si lograbas salvar la vida, tomarías tú las riendas de nuestro capital. ¿Crees que me puede ser agradable pasarme horas y horas al cabo del día, hablando de mercancías, de Bancos y de salarios? ¡También yo tengo derecho a la vida! Todas las mujeres han disfrutado de su juventud, y la mía se está pasando en vano.

—Te lo aconsejé muchas veces, Celia. ¡Recuérdalo! Liquidada Todo y vive tu vida. Tenemos dinero de sobra. ¡No sé para qué amontonar más!

—Ya olvidaste la ilusión de papá, ¿verdad? —dijo ella, con pena—. No liquidaré nada. Seguiré luchando por lo nuestro, mientras tú

lo haces por el

F. B. I.

¡Siempre has sido, un egoísta!

—Celia, por Dios —intervino Fanny, dulcemente—. ¡No os mortifiquéis más!

—¿Acaso no llevo razón, Fanny? —le preguntó la joven—. Tú has estado con nosotros desde pequeños. Él hizo siempre cuánto quiso. ¡Está destrozando mi vida! ¿No es una locura pretender seguir en el

F. B. I.?

La voz cortante de John Larsen se impuso:

—Estoy muy cansado, Celia; quiero acostarme.

En silencio, la joven empujó el sillón con ruedas hasta la habitación contigua, una alcoba.

En tanto que Fanny preparaba la cama, Celia quitó la manta prendida a la cintura del agente del

F. B. I.

¡John Larsen no tenía piernas! Los pantalones enfundaban los cortos muñones.

Fue un instante de gran tensión emotiva. Celia, con los ojos anegados en lágrimas, miró a su hermano, que, a su vez, le devolvía la mirada con una expresión de infinito dolor, conteniéndose por conservar la serenidad. Era un pobre inválido en plena juventud.

—¡Celia! —exclamó, apagadamente.

Ella apretó la mano de John, pero no repuso nada.

Entre las dos mujeres lo desnudaron y metieron en la cama. Los labios de Celia se posaron en la frente de su hermano, cuando tuvo los párpados cerrados.

Ella y Fanny salieron al saloncito. Sobre la mesita auxiliar se destacaba el medio botón. Un algo interior, una inquietud, una curiosidad, hicieron que Celia propusiese a Fanny:

—¿Por qué no vamos un rato al salón de baile? Desearía distraerme.

—Como quieras. Debemos darnos prisa en vestirnos.

Cruzando en silencio la alcoba de John, pasaron al otro cuarto, tocador y baño, y de allí al último: una alcoba con dos camas.

Veinte minutos más tarde, ambas salían al corredor, dirigiéndose al salón de baile.

Pese al gran número de mujeres bellas en sus elegantes vestidos de *soirée*, la distinción, la elegancia y la belleza de Celia Larsen no pasaron inadvertidas cuando entró en la espaciosa sala de columnas de mármol con oro resplandeciente, artísticas arañas de cristal y muebles tapizados en violeta.

La orquesta, situada en un estrado, a la izquierda, había cesado de tocar, concediendo un corto descanso, y tanto las miradas de las damas, como las de los caballeros, embutidos en los fraques, se clavaron en la hermosa joven que pedía una mesa a uno de los *maitres*.

Con la majestad de una reina, Celia Larsen, acompañada de Fanny, tomó asiento, dejando el bolso sobre la mesita.

No había aún servido el camarero el *champagne* solicitado, cuando dos caballeros se aproximaron a la mesa de la millonaria.

—¡Qué sorpresa, Celia! ¿Cómo estás? No sabía que estabas aquí. Siempre acostumbro mirar la lista de pasajeros de primera, y esta vez se me ha pasado. ¡Es imperdonable! —aseguró uno de ellos, bajito y rechoncho, pelirrojo y con el rostro cubierto de pecas.

—¡Hola, Crow! —saludó ella, alegremente—. Sí, hijo; aquí estamos, esperando a que a la niebla se le ocurra largarse, a ver si nos podemos marchar de una vez. ¿Regresas a Nueva York?

—Sí. Fui un estúpido al no decírtelo en Londres, cuando nos encontramos. He de solucionar un asunto importantísimo, un negocio de esos que a ti te gustan. En compañía de este gran amigo mío. Perdona, voy a presentaros. Eliot Hough, el sabio entre los sabios, y Celia Larsen, la más millonaria de los millonarios, y.

Crow se quedó vacilante, mirando a Fanny.

—Fanny Brite, prima mía. ¿Cómo está usted?

El titulado Eliot Hough, tipo alto, robusto y de cabellera rubia como el oro, se inclinó ceremoniosamente, besando las manos de las damas. Al hablar, el idioma inglés sonaba duramente en sus labios.

—¿No se sientan? —les invitó Celia.

—¿Cómo no? Ahora mismo —asintió Crow, festivamente, sin duda alguna con unas copas de más en el estómago.

La conversación entre los cuatro se hizo general, tratando de los temas tan repetidos en los viajes. La orquesta había vuelto a tocar y las parejas se deslizaban por la pista siguiendo el ritmo tropical de una samba.

Ante el requerimiento de su amigo Crow, Celia salió a bailar con él, riéndole las gracias, que no dejaba de hacer, amontonando chiste tras chiste. En un momento de respiro, preguntó a la joven, cambiando de tono:

—¿Cómo está tu hermano? Ya me enteré de su desgracia. No sé quién me lo contó en Londres.

Celia recordó la advertencia de John, respecto a su deseo de viajar de incógnito, basándose en su asqueamiento de la gente y en su deseo de permanecer a solas con sus trabajos de investigación policíaca.

—Continúa en Viena. Tuvieron que hacerle una grave operación, y todavía no se ha repuesto. Los negocios me obligan a regresar sin él.

—¡Pobre John! ¡Y cuidado que se lo dije un montón de veces! ¿Quién le mandaría a él meterse en el

F. B. I.?

¡Como si no hubiésemos tenido bastante con la última guerra!

—Ya sabes cómo es él; es incorregible. Pone por encima de todo sus ideales de honor y la justicia.

—Permíteme, pero tu hermano está loco de remate. ¡En estos tiempos y todavía creyendo en el honor y la justicia!

Celia, que había reprochado varias veces a su hermano su exageración de aquellos dos conceptos, al oír las palabras del fatuo de Crow sintió tentaciones de abofetearlo. A partir de entonces se dejó llevar por la música, mientras con la vista recorría los rostros de los circunstantes, buscando al misterioso golpeado en el *sundeck*. No le veía por ningún sitio.

Distinguió a Fanny, bailando con un desconocido, de cara afilada y de expresión simpática, que debía ser muy gracioso, por las carcajadas que arrancaba a Fanny. En la mesa había quedado, solo, el rígido y ceremonioso Eliot Hough, fumando y bebiendo.

Al acallarse la orquesta, los jóvenes volvieron a su mesa. Fanny presentó a su pareja, el sonriente individuo, de bigotillo fino, casi calvo, que en un momento se hizo dueño de la situación, acaparando la conversación y haciendo reír a todos con mucha más gracia que Crow. Se llamaba Finnetey, y concedía especial preferencia a la ingenua de Fanny, que se sentía más que halagada por la muda admiración despertada en el simpático pasajero.

Con un sobresalto, Celia distinguió, de pronto, al hombre desaparecido. Sí, era él, no cabía duda posible. Alto y esbelto en el bien cortado frac, en cuya solapa lucía una gardenia, sin trazas de haber sido golpeado un rato antes, con el cabello peinado y brillante. Se había quedado bajo el dintel de la puerta, con un cigarrillo en los dedos de la mano izquierda, observando el ambiente del salón.

—¡Caramba! Pero sí es nada menos que... —exclamó Finnetey, súbitamente, cortando la conversación—. Ustedes perdonen un momento. Acabo de descubrir a un antiguo y buen amigo.

La sorpresa de Celia fue en aumento, al ver que Finnetey se dirigía rectamente al misterioso desconocido y se saludaban cordialmente, cogiéndose por los hombros.

Respondiendo con monosílabos a las preguntas de Crow, la joven observaba a Finnetey y al otro, que parecían charlar animadamente.

Por fin, se separaron, y Finnetey regresó a la mesa, mientras el otro atravesaba el salón, indiferente a las miradas admirativas de las mujeres por su viril y apuesta figura, entrando en la sala contigua.

—¡Gran muchacho al que acabo de saludar! —aseguró Finnetey, entusiasta, al tomar asiento junto a Fanny—. Le he invitado a unirse con nosotros, y se ha excusado. Odia a las mujeres, no sé por qué.

—¿De quién se trata? —interrogó Celia, disimulando su nerviosismo, como si temiese que los demás pudieran notarle el ritmo acelerado del corazón.

—De ese amigo mío al que he estado saludando. Richard Ladd se llama, y tiene más dinero que él pesa en oro. Lo conozco de asuntos comerciales; reside en Nueva Orleans. ¡Es una gran persona, pero un bicho raro! Odia a las mujeres.

—Algo le habrán hecho, y no bueno —comentó Celia.

—Ése está loco, no cabe duda —aseguró Crow, en broma—. ¡Odiar a las mujeres! ¿Qué sería del mundo sin ellas?

—Pues que no sería mundo —terminó, filosóficamente, Eliot Hough, en tanto que miraba fijamente a Celia.

—¿Me concede este vals, señorita Larsen? —solicitó Finnetey.

Reconociendo que no le convenía como pareja, por su escasa estatura, mas en el afán de averiguar algo sobre el misógino Richard

Ladd, la joven accedió, saliendo a la pista.

La realidad era que Finnetey apenas sabía bailar, aunque lo contrarrestaba su locuacidad, salpicada de expresiones graciosas y observaciones ingeniosísimas.

Fingiendo magistralmente, como todas las mujeres, Celia simuló encontrarse algo mareada a causa del bullicio y el cargado ambiente, y se llevó la mano a la frente, diciendo:

—¡Oh, qué malestar siento! ¿No podríamos? ¡Hace un calor horroroso!

—Pasemos a este otro salón, señorita Larsen —propuso Finnetey, atentamente—. A cubierta no le conviene salir; hará demasiado frío. Este salón es el de juego, y, aunque ocupado, estará menos cargada la atmósfera. Le vengo notando la palidez desde hace rato, pero no me atrevía.

Siguiendo a su amable acompañante, la joven salió del salón de baile, entrando en la grande y lujosa sala, ocupada en su centro por varias mesas, donde se jugaba al *póker*, al *bridge* y al *bezigue*. Damas y caballeros perdían o ganaban dinero, según los dictados de los naipes.

Desde el sofá en que se sentaron, Celia y Finnetey dominaban el local. Pronto vio la joven al agredido en el *sundeck*: estaba de perfil, sentado a una de las mesas. Paulatinamente disminuía el fajo de billetes que tenía ante sí. La suerte no le era muy propicia aquella noche. Jugaba con otros cuatro individuos, impasible, fumando sin cesar, atento a las incidencias de la partida. Ni una sola vez levantó la cabeza para mirar a su alrededor, movimiento que hubiera agradado a Celia Larsen.

Le gustaba aquel hombre, sin saber por qué. Era rubio, y ella se había propuesto enamorarse de un moreno, si algún día se tropezaba con uno que fuese menos estúpido que cuántos la cortejaban en Nueva York, muchachos de familias ricas, muchachos que, en cuanto heredasen, se encargarían de convertirse en familias pobres.

Asintiendo maquinalmente a las palabras de Finnetey, que le hablaba de una pesca en el Missouri, Celia no apartaba la vista de Richard Ladd. Encontraba atractivos en su abundante pelo dorado, en las enérgicas facciones, muy pronunciadas, de tez tostada tal vez por los ejercicios físicos al aire libre; y, además, aquello de odiar a

las mujeres la había intrigado. Experimentó como un deseo de comprobar si su misoginia era cierta, echándole las redes, aunque, naturalmente, para luego dejarlo escapar, apenas el «King Edward» arribase a Nueva York.

Una pregunta de Finnetey la obligó a responder:

—No, no conozco las Montañas Rocosas. El trabajo no me deja.

—¿Está usted empleada?

La joven se sonrió, divertida, sin saber cómo decirle a su acompañante que poseía una industria valorada en varios millones de dólares.

—Sí, empleada en mi propia casa. Mi padre me dejó algunos negocios.

—Ahí se levanta mi amigo Ladd, de quien les hablé antes. Por lo visto, lo han dejado sin un centavo —manifestó Finnetey, jocosamente.

Y poniéndose en pie, hizo un gesto a su amigo, invitándole a acercarse. Celia, sentada, sostuvo la mirada de los penetrantes ojos verdes, que se dulcificaron en la presentación. Experimentó una indefinible sensación al sentir su mano besada por unos labios cálidos.

—¿Le ha ido mal el juego, señor Ladd? —inquirió ella, nerviosa, por decir algo y disimular su turbación de colegiala.

—Para la mayoría de la gente, ir mal el juego es perder; para mí, perder me recuerda que todo no sale a medida de nuestros deseos. No me importa perder de cuando en cuando, en lo que sea. La derrota enseña más que la victoria.

—Déjate de frases, amigo Richard —intervino Finnetey—, y acompáñanos a tomar algo en la «barra». Dicen que un *cocktail* cambia la suerte.

—Si la señorita Larsen hubiese estado a mi lado, estoy seguro que no habría perdido —afirmó Ladd, examinando detenidamente el rostro de la joven, con cierta impertinencia.

—Observo que lo dice usted en son de burla, señor Ladd; pero no olvide que las mujeres hacen grandes a los hombres. Las mujeres poseemos un don intuitivo.

—No olvido que, siempre que un hombre fracasó, una mujer estaba a su lado —la atajó él, sonriente, ofreciendo un cigarrillo de su pitillera de platino guarnecida de rubíes, brillantes y esmeraldas.

—No te metas con ellas, Richard. Has cambiado mucho desde que nos vimos por última vez. Claro, que han pasado varios meses. Antes eras más cortés, aunque no quisieras nada con el bello sexo. Vayamos a tomar algo. Celebraremos el arranque de una amistad, que durará en la travesía —propuso Finnetey.

Mientras el barman preparaba el combinado en la niquelada coctelera, Celia fue escudriñando los botones del frac de Ladd. Al fin descubrió, con secreto alborozo, que uno de la bocamanga izquierda estaba partido casi por la mitad. Richard Ladd había tenido tiempo para cambiarse de camisa, mas no se había dado cuenta de la rotura del botón.

Estaba brindando por una travesía feliz, entre apretujones de los otros pasajeros, que se alineaban frente a los diligentes barman, cuando Ladd, manteniendo la copa junto a los labios, preguntó:

—¿Ha terminado ya de examinarme, señorita Larsen?

El orgullo herido de Celia la impulsó en un principio a responder con otra impertinencia; se contuvo a tiempo, prometiéndose darle una lección en el momento oportuno. Hasta entonces, desarrollaría su plan de conquista. Ladd le resultaba interesante, pero le era también antipático.

Afortunadamente, Finnetey intervino, diciendo:

—Brinda, que he de separarme de ustedes unos instantes. Estoy viendo a mi pareja, solita en la mesa con dos hombres. Estará en un apuro y mi obligación es defenderla. ¡Hay tanto «fresco» por esos mundos!

Consiguió sonrisas y se dirigió a la mesa ocupada por Fanny y los otros, rodeando la pista, colmada de parejas bailando.

—¿No sabe bailar, señor Ladd? —preguntó Celia—. Si continuamos aquí, terminaremos dando fin a las provisiones de alcohol.

—Hace tiempo que no bailo. Si usted me aguanta los pisotones.

Entraron en la pista. Celia sintió el brazo de él rodeándole la cintura, y el contacto de un cuerpo musculoso. La orquesta tocaba un fox lento, sin estridencias de instrumentos de metal; más bien una melodía desgranada por violines.

Ella se dejó llevar, notando que Ladd bailaba con desenvoltura, indicio de haberlo practicado mucho; sin dar pasos difíciles, a contra ritmo, muy del gusto inglés.

Como él callase, pareciendo pensar en otra cosa, Celia levantó la cabeza para mirarle y decirle:

—Creo que nos hemos visto en alguna parte, señor Ladd.

Él parpadeó, sorprendido, respondiendo firmemente:

—Me parece que no, señorita Larsen. Juraría que la veo ahora por vez primera.

Comenzado el juego de indirectas Celia lo prosiguió, divertida en el fondo.

—Tiene usted algo húmedo el frac. ¡Déjeme adivinarlo! Ha estado usted en cubierta.

—¿En cubierta? ¡No! —negó él, categóricamente—. Estuve leyendo en mi camarote y vine directamente aquí.

—Pues yo aseguraría que tiene usted húmedo el frac. ¿Consiguió meter usted furtivamente un gato en su camarote? —preguntó ella, con ingenuidad fingida, mientras en sus pupilas bailoteaba un diablillo travieso.

—¡No! —volvió a negar él, sonriendo, entre confuso y sorprendido.

—Cualquiera lo diría, nada más verle el araño que tiene usted en la mejilla izquierda.

—¡Ah! Ahora recuerdo. Ha sido al afeitarme. Uso navaja, porque no me gustan las maquinillas.

Sin concederle una tregua, Celia volvió a la carga, adoptando ya un tono descaradamente irónico.

—¿Se estila ahora llevar el frac con un botón medio roto en la bocamanga? Me estoy volviendo anticuada. En cuanto llegue a Nueva York trataré de ponerme al día en cuestión de modas, tanto femeninas como masculinas.

Richard Ladd, extrañado, se miró la bocamanga izquierda.

—¡No, no tengo!

—Mírese la otra, por favor.

Se miró la bocamanga derecha, viéndose el botón partido.

—Ni me había dado cuenta, señorita Larsen ¡No sé cómo! Andar por hoteles trae estas consecuencias. Se le entregan las prendas a la doncella y las tratan de mala manera, en lugar de limpiarlas bien. Si mal no recuerdo, esto tuvo que suceder en Londres. Sí, allí fue.

—Entonces, ha ocurrido un milagro.

Y cuando pasaron bailando junto a la mesa ocupada por Fanny y

los otros, Celia tomó su bolso, abriéndolo, sin dejar de bailar. Del interior sacó el medio botón, ofreciéndoselo a su pareja.

—Compruebe a ver si coincide justamente con el suyo. Si por casualidad ajusta, puede pegar los dos trozos y tendrá que agradecerme el ahorro de comprarse otro nuevo.

Súbitamente cambió la expresión de Richard Ladd. Tornándose serio, cogió de una muñeca a su pareja y la arrastró fuera del salón, diciéndole:

—¡Venga conmigo!

A otro hombre nunca le hubiera consentido la mimada Celia Larsen la condujese como una niña, más la poderosa personalidad del joven influía sobre ella, impresionándole su energía y determinación.

Casi materialmente, la obligó a sentarse en un diván de la sala contigua, destinada a la lectura, y desierta a aquellas horas, en las que todos los pasajeros buscaban diversiones.

—¿Dónde ha obtenido usted este medio botón? —preguntó él, secamente.

Algo intranquila por el gesto ñero de su interlocutor. Celia narró cuánto había visto un rato antes en el *sundeck*. Al terminar, Ladd parecía más calmado, como si se le hubiese quitado de encima un gran peso.

—La creo, señorita Larsen. Por un instante pensé mal de usted.

—¿Quiénes eran aquellos hombres?

—No es ahora el momento adecuado para explicarle una larga historia. La pondré a usted en antecedentes con pocas palabras, si me promete guardar el secreto.

—Se lo prometo —afirmó la joven, interesada al estar bajo el dintel de la puerta que la conduciría a un misterio. Su curiosidad innata de mujer la seducía.

—Yo tengo la residencia en Nueva Orleans, donde poseo fincas y algunas industrias bastante florecientes. Pero no sé qué llevo en la sangre; el caso es que odio la sociedad, la civilización y cuánto ella representa; la vida me parece una cárcel. Desde muy niño, amé la aventura y el peligro. He recorrido medio mundo, y hará un año estuve en el Brasil, a lo largo del Amazonas, explorando sus riberas, en busca de riquezas naturales. Tuve la gran suerte de hallar un yacimiento de diamantes, en una de mis excursiones solitarias,

alejándome del resto de mis compañeros, casi todos ellos a mi servicio, excepto dos franceses, que se habían unido a nosotros unos días antes. Pues bien: estos mismos franceses se debieron de enterar por alguna indiscreción de mis criados, del yacimiento encontrado. La codicia, el motor que mueve a muchos de los humanos, los impulsó a matarme para quedarse ellos como dueños absolutos y denunciarlo a su nombre. ¿Ha estado usted en Brasil alguna vez, señorita Larsen?

—No.

—A pesar de que estamos en el siglo veinte, la cuenca del Amazonas se encuentra virgen, inexplorada, plagada de criminales fugitivos, fieras y salvajes, con el único fin de exterminar cuanto allí entre y no sea tan cruel como ellos. A partir de entonces, de mi descubrimiento, los franceses me acecharon para asesinarme por sorpresa. Recelé de ellos, a causa de unos cuantos detalles que no me gustaron. Los expulsé de mi campamento, pero la persecución no terminó. Día y noche me seguían, en la sombra de los bosques, obligándome a no separarme de mis armas ni un solo instante. Logré volver sano y salvo a la civilización, denuncié el yacimiento a las autoridades brasileñas, y lo vendí a una sociedad norteamericana que lo está explotando con muchos beneficios. Regresé a Nueva Orleans. Estuve allí unos meses, dedicado a observar la marcha de mis negocios, y luego vine a Europa, a Italia, donde he permanecido hasta hace un mes. Cansado de Inglaterra, me embarqué en este trasatlántico, sin acordarme para nada de los malditos franceses.

—¿Fueron ellos los que...?

—Ellos fueron. Estaba yo en la cubierta, paseando, fumando un cigarrillo, antes de entrar en la sala de juego, cuando se me acercaron y, amenazándome con una pistola, me obligaron a subir al *sundeck*. Les muy canallas, como ya no pueden despojarme del yacimiento de diamantes, por no ser mío, buscan mi dinero para resarcirse de lo que ellos aseguran haber perdido en el Brasil. Yo me negué a entregarles un centavo, forcejearon, y me golpearon con suerte, hasta dejarme sin sentido. Cuando volví en mí, aturdido, con la obsesión de huir de allí, me descolgué hasta la cubierta por un cable, yéndome a mi camarote a arreglar. Eso es todo, señorita Larsen.

—Entonces, ¿esos franceses están con nosotros, entre los pasajeros?

—¡Claro! Los conozco bien, y como los vea —manifestó Ladd, rencorosamente.

—¿No los ha visto en el salón de baile? —preguntó ella, muy preocupada.

—No. Seguro que viajan en tercera clase. Lograron subir a primera aprovechando un descuido de los encargados de los ascensores y de la escalera. No iban a cometer la estupidez de viajar en primera, expuestos a ser descubiertos por mí y a ser denunciados al capitán.

—Creo que debía usted notificárselo al capitán, a fin de que se hiciese un registro en tercera. Irían al calabozo del barco, o serían entregados a la Policía inglesa, puesto que aún estamos bajo su jurisdicción.

—Y ¿tener yo que bajar a tierra y sufrir una serie de interrogatorios? ¡No! Este tipo de asuntos estoy acostumbrado a arreglarlos yo solo. No necesito para nada a la Justicia. Tengo por norma utilizar las mismas armas que mis enemigos. Adivino que ellos pretenden arrojarme al mar. Como se descuiden, serán ellos los que sirvan de pasto a los tiburones.

—¡No puede usted hacer eso! —exclamó Celia vivamente—. Caería sobre usted una grave responsabilidad. Es mucho mejor que los denuncie al capitán, y, de lo que ocurra después, usted se lavará las manos.

—Eso es muy de mujer. Pero mi lema es devolver dos por uno. Hoy me han cogido desprevenido. ¡Cómo iba yo a imaginarme que me seguían los pasos a través de Europa! En adelante, los que habrán de cuidarse, serán ellos.

—¿Está usted loco? Le llevan la ventaja del ataque. ¡Compréndalo! ¡No se ponga en peligro!

Richard Ladd se quedó mirando a la bella joven fijamente, mientras le cogía la mano izquierda entre las suyas, apretándosela suavemente. En un tono íntimo, grave y cálido, le preguntó:

—Apenas nos conocemos y siente usted miedo por mí. ¿Acaso le intereso?

Celia no supo ver claro entre la niebla que le envolvía el cerebro, y repuso:

—Sí. No sé por qué, pero usted me interesa más que otros hombres. No sé por qué; tal vez influya el extraño ambiente de esta noche, cuando le atacaron; no sé. Siento algo así como deseo de protegerle.

—Su instinto de madre, indudablemente —le interrumpió él, sonriendo con ironía—. No me desagrada pensar que durante todo el viaje tendré una mamáita que se preocupará de guardar a su niño pequeñín. Tendremos que estar siempre juntos, ¿no?

—Está usted burlándose de mí, señor Ladd afirmó ella, secamente, retirando la mano. —Ni tengo instinto de madre, ni me apetece estar a su lado, durante el viaje. Me parece que usted no sabe agradecer.

—Yo sé agradecer sus consejos —dijo él, tomando el hilo de la conversación—. El caso es que desconfío de cuantas mujeres comienzan por ofrecerme una amistad o un amor maternal. En el fondo, buscan mi dinero.

—¡Insolente! —Insultó Celia, levantándose, arrebatada por la ira.

Sonriendo, como muy divertido, a causa de la actitud colérica de la joven. Richard Ladd se puso también en pie, frente a ella.

—No estuvo en mi ánimo ofenderle, señorita Larsen. Hablaba de otras mujeres, y con razón, porque me ha sucedido en varias ocasiones. Con, sinceridad, prefiero una buena partida de *póker* a un *flirt*. Sin duda alguna, yo estoy equivocado en mi aversión a las mujeres, al creer que todas van buscando mi dinero y ofreciendo amor, pero, ya sabe usted que es difícil desprendernos de los prejuicios.

—Aparte de su engreimiento, señor Ladd, tiene el grave defecto de menospreciar a los demás. Creo que sería usted mucho más feliz si tuviese menos dinero, si fuese usted un pobre diablo. Créame que le compadezco. Nunca sabrá usted a qué atenerse respecto a una mujer.

—También lo lamento yo. Me encuentro muy solo. Las paredes de los hoteles me parecen heladas, y hasta mi propia casa en Nueva Orleáns me parece un cementerio. De ahí proviene mi afán por viajar. Me encuentro terriblemente solo, sin haber hallado nunca un afecto sincero. Y mucho menos un amor, una mujer que me quiera únicamente por mí, sin pensar en mi dinero. No, no es agradable la

soledad. Termina uno por endurecerse, y de la dureza a la crueldad no hay más que un corto paso. Desgraciados los que, como yo, somos crueles con nosotros mismos antes de serlo con los demás.

Las frases de Ladd, dichas en un tono solemne, con los ojos impregnados de tristeza, conmovieron a Celia. Hubo una pausa. Él tenía perdida al frente la mirada, expulsado el humo del cigarrillo por la nariz. Celia sintió lástima del hombre que poseía todo en la vida: salud, juventud, apostura, inteligencia y dinero, y, sin embargo, no era feliz.

Apoyando una mano en el hombro derecho de Ladd, le dijo:

—Perdone mi insulto de antes. A veces, yo también siento como usted. Es una desesperación especial. No carecemos de nada, pero nos falta todo. ¡Vamos al salón! ¡La música nos alegrará! ¿No quiere bailar conmigo? Le aseguro que no pretenderé ser su amiga, ni su «mamá», ni su esposa. Imagínese que soy un hombre con apariencias de mujer.

Juntos entraron en la sala de baile, donde la animación había aumentado, mezclándose el estampido de los taponazos de las botellas de *champagne*, las carcajadas, el ronroneo de las conversaciones y los acordes de los instrumentos musicales.

Muy juntos bailaron, sin hablarse, experimentando ella una sensación hasta entonces desconocida. Le halagaba conocer el alma atormentada de un hombre que despreciaba el dinero, de un hombre que era admirado por las mujeres. Por primera vez en su vida. Celia creyó estar en los umbrales del amor.

Súbitamente dijo al oído de Ladd:

—¡Allí está la mujer de quien le hable!

—¿Qué mujer? —preguntó él, extrañarlo, como si descendiese de un reino situado en las nubes.

—La que encontré al bajar del *sundeck*, en busca de ayuda. ¡Allí está! Aquella morena que está hablando con aquel individuo de lentes, junto a la columna. La del vestido rosa.

—¡Ah, sí! ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Playford, Magda Playford.

—Lo peor será si se le ocurre comentarlo con alguien. Tendríamos molestias y...

—No hay miedo. Ella no llegó a verle a usted. Ni sabe ahora mismo que es usted. Se pensará, al vernos, que somos amigos. El

señor Finnetey.

—¿De qué le conoce usted?

—De hace un momento, que sacó a bailar a mi prima Fanny. Y ¿usted?

—De asuntos comerciales. El suele ir por Nueva Orleáns.

—¿Buen amigo suyo?

—Yo no tengo amigos.

Cesó de tocar la orquesta, tomándose un nuevo descanso.

—¿Nos acompaña a la mesa, señor Ladd? —preguntó Celia, invitándole aún más con la mirada que de palabra.

Él vaciló un instante, diciendo luego:

—No; perdóneme. Prefiero volver a probar la suerte al *póker*. Creo que ahora tendré suerte.

Un claro mohín de disgusto se retrató en el semblante de la bella joven.

—Bien: como usted quiera.

—Buenas noches, señorita Larsen. Muchas gracias por haberme aguantado durante un rato.

Despechada, la joven se despidió, dirigiéndose seguidamente a la mesa donde estaban Fanny. Finnetey el chistoso Crow y el ceremonioso e impasible Eliot Hough.

Ya el resto de la velada pasó para Celia fastidiosamente. Bailó con Crow y con Hough, pero su pensamiento estaba puesto en el hombre que jugaba al *póker* en la sala contigua.

II

A LA MEDIANOCHE



A esplendorosa belleza morena de Magda Playford se realzaba en la suntuosidad de su camarote, una *suite* tan elegante como la ocupada por Celia Larsen. Sentada en una butaca, fumaba y comía bombones, mientras ojeaba una revista.

Sonaron tres golpes en la puerta que daba al corredor. Perezosamente se levantó a abrir, dando entrada a un individuo alto, corpulento de facciones macizas, de movimientos lentos.

—¿Sola, Magda? —preguntó con voz bronca, a la vez que se arrellanaba en otra butaca y tomaba un bombón de la cajita de encima de la mesa.

—Sí. Y no te comas todos mis bombones —dijo ella ásperamente, volviendo a sentarse con la revista en las piernas.

Transcurrieron unos minutos. Volvieron a llamar a la puerta.

—Abre tú, Tuke. A ver si adelgazas con un poco de ejercicio.

Igual de pesado que un elefante, lentamente, crujiéndole los zapatos al andar, el llamado Tuke se aproximó a la puerta, desechando el pestillo. Bajo el dintel apareció un hombre de regular estatura, de tez cetrina, con el color azulado característico de la espesa barba recién afeitada. Vestía de *smoking*; al entrar se observaba que tal prenda no le era familiar. Carecía de elegancia. Llevaba también demasiados anillos en los dedos.

—¿Qué hay, Heady? —preguntó Tuke, echándose a un lado con cierta deferencia.

—Nada de importancia. ¿No ha venido todavía el jefe?

—No. ¿No estás viendo que no ha venido? ¿O es que te crees que lo tengo debajo de la cama? —saltó Magda, malhumoradamente, sin dejar de hojear la revista y de comer bombones.

—Estás buscándole tres patas al gato, Magda, y se las vas a encontrar como sigas así. ¡Ándate con cuidado!

—¡Déjame de historias, Heady! El que ha de andarse con cuidado eres tú. Una palabra mía al jefe, y estás perdido.

—¡Qué tanto jefe! Yo soy el segundo jefe y se me debe respetar y obedecer. Porque estés ahora en el candelero, no abuses. En cuanto se canse de ti, tendrás que acordarte de mí.

—¡Qué más quisieras tú! Ganas tienes, pero te vas a quedar con ellas. Cuando aprendas a ser un caballero, es posible que se te pudiera mirar a la cara, si antes te quitabas esa raya en medio, que te hace cabeza de calabaza.

—¡Magda! —exclamó, iracundo, el titulado Heady, deteniéndose frente a la joven con la mano dispuesta a abofetearla.

—¡Calma, Heady! Más despacito con la merienda —aconsejó el hercúleo Tuke, cogiéndole la mano levantada—. Magda es del jefe, y ya sabes cómo las gasta.

—¡Tú te callas!

—Es por tu bien, Heady —insistió Tuke, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, semejando un oso—. Te costaría el pellejo.

En aquel instante llamaren a la puerta. Tuke fue a abrir. ¡Richard Ladd y Finnetey entraron en la *suite*! ¡El elegante, acaudalado y solitario Ladd!

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Tuke.

—Bastante bien; muchacho. Como todo lo que yo planeo. La tengo ya en el cepo —y Ladd sonreía cínicamente, en tanto le quitaba a Magda un bombón que estaba a punto de morder.

—Y por partida doble —anunció Finnetey, medio tumbándose en la butaca antes ocupada por Tuke—. Ya suspira por mí la primita de la «interfecta», una cursi redomada que pone los ojos en blanco en cuanto le hablo de las noches con luna y del murmullo argentino de los arroyuelos.

—Bien abrazaditos ibais, Richard —se quejó Magda, cogiéndose a un brazo del joven.

—¡Bah! ¡No te preocupes, encanto! ¡Pura comedia!

—Todavía no veo qué beneficio podemos sacar de esta pantomima —comentó Heady, a la vez que se servía una copa de *cognac*.

—Tú no ves más allá de tus narices, y eso que no podrían sostener ni un par de gafas —se burló Finnetey.

—Creo que dejamos bien aclarado el asunto, Heady —intervino Ladd, conciliador, suavemente, mas con un deje de autoridad—. Esa Celia Larsen tiene muchos millones. Consiguiendo su amistad, obtendremos el dinero que lleva en el barco, y si no, cuando desembarquemos, mantendremos la amistad hasta restarle algo a su capital. No nos vendrían de más unos miles de dólares en billetes nuevecitos.

—¡Habría que ver si es tan rica como decís! —Opuso el obstinado Heady.

—Al subir al barco, sonsaqué al sobrecargo. Me dio una relación de los pasajeros de primera, Celia Larsen, huérfana, multimillonaria, viajando solamente con su prima. ¡Asunto hecho! ¡Un juego de niños!

—No te quemes las alas en el juego, Richard —advirtió Magda mimosamente.

—Las alas me las cortaste tú hace tiempo, cariño. Celia Larsen

sólo significa para mí un montón de dólares. ¿Qué íbamos a hacer si no en el barco? ¡Nos aburriríamos! ¡El arado se enmohece con el ocio!

—¿Qué es el ocio, jefe? —preguntó el corpulento Tuke, rascándose la estrecha frente.

—La hidrofilia del subsuelo terrícola y geológico —soltó Finnetey, provocando la risa de los demás, excepto del burlado Tuke que tuvo ya para «rumiar mentalmente» durante toda la travesía.

Finnetey se aprovechaba del burdo afán del obtuso Tuke por aprender palabras que él consideraba «finas», siendo la cultura y la facilidad de palabra de Ladd lo que él más admiraba.

—Sigo creyendo innecesario meternos en más líos, cuando llevamos con nosotros una fortuna en joyas. Si te sucediera algo, Richard —comentó Heady.

—No me sucederá nada. Las joyas las llevo bien guardadas y los aduaneros no las verán jamás. Éste contrabando lo tengo bien planeado. Ya visteis cómo las saqué de Amsterdam, de Inglaterra y de donde sea. Meterlas en Nueva York no será, difícil.

—Si te ocurriese algo, perderíamos las joyas. Debes decimos dónale las guardas —insistió Heady.

—A ti no te interesa en absoluto, Heady. Ya me dijiste eso en Londres. Recuerda cómo te contesté. Me fío de todos vosotros, todos sois mis «queridos compañeros de aventuras», pero, por desgracia, conozco la psicología humana.

—¿Qué es eso de la «psicología», jefe? —interrogó humildemente el elefantiaco Tuke.

—El arte de la concomitancia gótica con la súper concatenación de la bacteriología astral —aclaró muy seriamente Finnetey, arrancando nuevas risas de Richard y de Magda.

Heady, que tampoco estaba muy familiarizado con la cultura, sonrió, por no dejar traslucir su ignorancia.

—A mí no me tomas tú el pelo, rata pelada —gritó Tuke, creyendo en la burla, poniendo su, enorme puño ante los ojos de Finnetey.

—Haya paz. No te enfades, Tuke, ya sabes cómo las gasta el amigo Finnetey. Siempre está bromeando. Ahora que te veo así, me acuerdo del puñetazo de Heady —dijo Richard dirigiéndose al

aludido, le preguntó—: ¿Tenías verdadera necesidad de darme aquel puñetazo en la cubierta? Quedamos en simular una pelea para engañar a la muchacha. Te aprovechaste bien de la ocasión. Sé que estás a disgusto con nosotros, y te repito que en cuanto quieras separarte disfrutas de una libertad absoluta para hacerlo, Heady. Si tienes deseos de tocarme a la cara, ahora puedes hacerlo. Soy el jefe, y ya es hora de que te quites de la cabeza esos sueños de hacerte el amo. Todavía eres un aprendiz chapucero del arte del contrabando. Robar carteras se te dará bien porque no se necesita más que dedos ágiles. Donde se necesita masa gris, te conviene retirarte.

La mirada penetrante y amenazadora de Ladd se clavaba en los ojos de Heady. Éste balbució, empalideciendo:

—Yo no quise hacerte daño, jefe. Sí, reconozco que te di fuerte, pero es que, comprenderás, en aquella oscuridad no podía precisar. Yo estoy muy contento con vosotros y reconozco que...

—Ante los hechos sobran las palabras. Heady. Ya sabes Cómo las gasto. El día que te canses de mi Jefatura, pides tu parte y te largas.

—Ha querido pegarme hace un instante, Richard —notificó Magda, insidiosa y más venenosa que una víbora.

A una velocidad de relámpago los dedos de Ladd arrugaron las solapas del *smoking* de Heady, mientras le escupía a la cara:

—El día que se te ocurra volver a amenazar a Magda, tendrán que marcarlo con rojo en el almanaque. Magda es mía. ¿Lo entiendes bien? Es una canallada pegar a una mujer, eso en primer lugar, pero si alguien está autorizado a pegarle, ése soy yo. ¡Magda es mía!

De buena gana Heady, temperamento rebelde y con pujos de valentía, hubiera respondido adecuadamente; más la furia que se leía en las facciones crispadas del jefe, le contuvieron, haciéndole tragarse la inquina que le roía desde que se unió a la banda.

—No lo haré más, jefe.

—Sé que ella te gusta —afirmó Richard sacudiendo de las solapas a su secuaz—. También me gusta a mí y por lo tanto, has de derivar tus gustos a otra dirección.

Magda sonreía, triunfante, orgullosa de ser defendida de tal manera. Finnetey observaba contrariado la escena y se tuvo que hacer repetir una pregunta que le había hecho Tuke en voz baja.

—¿Qué es la masa gris?

—Una sustancia que a ti te falta en el «caletre». Y déjame ahora en paz de curiosidad. Cuando lleguemos a Nueva York te recomendaré a un buen médico, amigo mío, para que te haga una transfusión de masa gris.

Heady, de una sacudida, se desembarazó de Richard Ladd, y retrocedió dos pasos. De la mesita tomó un cigarrillo. Al encenderlo, se vio que le temblaban las manos. Estaba tan pálido como un cadáver.

—Puedes marcharte —le ordenó el jefe—. Y por si no nos vemos mañana, te recuerdo mi prohibición de robar una cartera. Sujétate los dedos con una cadena o tendré que cortártelos. Vosotros también podéis iros a dormir.

En silencio, disgustados, Heady, Finnetey y Tuke salieron de la *suite*, quedando a solas en el diminuto salón, Magda y Richard. Ella se levantó a echar el pestillo, abrazando después al joven.

—¡Qué ganas tenía de quedarme a solas contigo! Cuando te vi bailar con la millonaria, sentí la tentación de arrancarle el pelo. ¡Tengo celos, Richard!

—¡Tonta! ¡No has de tenerlos! Tú eres mil veces más bonita que ella y más atractiva. Me gustan las morenas.

—Pero ella es millonaria.

—Y tú tienes unos ojos negros que valen por todo el oro del mundo. Además, ella me empalaga. No trago las mujeres de su estilo. Me gustan como tú.

—Casi estás diciéndome que soy una cualquiera —le recriminó ella dulcemente, mientras le besaba el cuello con besos cortos y seguidos.

—Yo no digo nada. Si te lo dices tú. El caso que tú y yo somos del mismo barro, tratamos de vivir entre sedas y terciopelos. Tú y yo estamos unidos para siempre, querida. Nuestros Destinos están trazados, se cruzaron y ya no se separarán jamás. No pensemos en el mañana. Vivamos hoy.

III

MARTES A LAS NUEVE Y MEDIA DE LA MAÑANA



Al despertar, Celia Larsen notó en seguida un leve retemblor: el «King Edward» había zarpado durante la noche, con rumbo a Nueva York, a través del Atlántico.

Sumida aún en el dulce sopor del despertar, en el tibio calor de las sábanas, Celia dejó volar su fantasía y recordó a Richard Ladd. Había algo especial que atraía en él. Muchas veces pecaba de impertinente, más otras sus palabras eran agradables, cálido su tono de voz, cariñosa la expresión de sus ojos verdes. Para Celia,

habituada a relacionarse con jóvenes que no tenían más aventuras que las amorosas. Richard Ladd aparecía rodeado de un halo aventurero por sus viajes a lugares recónditos y su lucha de la noche anterior en el *sundeck*. Por vez primera en su vida, Celia pensaba más de la cuenta en un hombre. Ella quería convencerse de que todo era afecto de su propósito de conquistarlo, para luego abandonarlo apenas llegasen a la capital neoyorquina.

Un suspiro de Fanny, que dormía en la otra cama gemela, hizo descender a la joven de la escala de sus pensamientos. En la oscuridad buscó su reloj de pulsera, viendo que las fosforescentes manecillas marcaban las nueve y media. Era ya hora de levantarse.

Echando a un lado la ropa del lecho, sobre el pijama de seda se puso el salto de cama, metiendo maquinalmente los diminutos y desnudos pies en las chinelas que descansaban en la alfombra. La calefacción del barco mantenía una temperatura confortable en la alcoba.

Sin ocurrírsele encender la lámpara eléctrica de la mesita, a tientas fue hasta la ventana, dando paso a la luz del día. Fanny gruñó algo ininteligible, rebullendo en el lecho y disponiéndose a seguir durmiendo.

—¡Vamos, Fanny; es ya muy tarde!

Procurando hacer el menor ruido posible, Celia salió al cuarto de baño, abriendo con igual cuidado la puerta opuesta que daba al dormitorio de su hermano. Vio a John, acostado escribiendo con un lápiz en un block sostenido al aire. Dada su desgracia, no había podido levantarse a descorrer las cortinas, y escribía con luz artificial. Sobre la colcha, extendidas, unas cuartillas blancas garrapateadas. Volvió la cabeza al sentir la entrada de su hermano.

—¡Buenos días, Celia! ¿Has dormido bien? ¿Te divertiste anoche mucho?

—Regular, nada más —repuso ella, mintiendo—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien. Me desperté hace rato y me puse a continuar la memoria de mis investigaciones en Viena, respecte al «Doctor X.». Voy haciendo memoria y ordenando datos y pistas. Posiblemente servirán de mucho al agente especial que prosiga mi labor. En esta clase de investigaciones, cuando todo es desconcierto y tinieblas, puede alcanzar gran importancia un detalle insignificante al

parecer.

El joven mutilado hablaba con entusiasmo. Llevaba en la sangre el virus de los valerosos agentes del FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION norteamericano, y no dejaría el servicio hasta que la muerte le golpease.

—¿No te apetece más algún libro, alguna novela? Podría buscarte lo que quisieras en la biblioteca —comunicó ella, en tanto dejaba que pasasen por la ventana unas débiles rayos de sol.

—Si, no estaría de más que me trajeses algún libro de viajes, aunque, en realidad, solamente me interesa ahora terminar esta memoria antes de llegar a Nueva York. Aquí tengo calma, estoy solo y puedo coordinar mis recuerdos.

Reprimiendo su disgusto por la obstinación de John, Celia salió al saloncito, primera habitación de la lujosa *suite*. De la mesita tomó el esmaltado teléfono, solicitando seguidamente el desayuno.

Se juntó en el cuarto de baño con Fanny.

Mientras se arreglaban, Fanny preguntó ingenuamente:

—¿Qué tal era el de anoche? ¿Adónde te llevó? Te perdí de vista un gran rato.

Celia mantuvo en el aire el cepillo de púas metálicas, y mirándose al espejo, trató de disimular el sobresano que le ocasionaba la pregunta. Interiormente se tachó de estúpida.

—Uno de tantos, con los «cuentos» de siempre. Y el tuyo, ¿qué?

—¡Oh, simpatiquísimo! Estoy deseando volver a encontrármelo.

En aquel instante sonó el timbre de la puerta de entrada a la serie de lujo. Fanny corrió a abrir. Era el camarero de servicio llevando en una gran bandeja el desayuno para los tres, el diario de a bordo, impreso en el mismo barco y conteniendo las noticias recibidas por la

T. S. H.

Un bonito ramo de flores campeaba sobre la bandeja. Fanny lo tomó, al divisar una tarjeta. «Jeff Finnetey saluda a la señorita Fanny Brite, y la invita al concierto matinal de las once».

Con infantil alborozo, Fanny dio la noticia a Celia, pidiéndole permiso para aceptar la invitación. Fanny Brite, huérfana también de padre y madre, prima de los Larsen, había sido recogida por éstos, figurando como señora de compañía de Celia, aunque nunca la joven millonaria tomase otra posición que la de prima suya.

Despecho, envidia, algo así experimentó Celia al saber que para ella no había flores ni tarjetas. Y aquel olvido de Richard Ladd incitó más a la joven en su propósito de seducirlo para luego burlarse de él y abandonarlo.

—Dile al mozo que le transmita tu consentimiento.

—Ven tú también, Celia.

—No. Me quedaré con John. Pasa solo muchas horas.

Como John estaba oyéndolas hablar desde la otra habitación contigua, intervino:

—No te preocupes por mí, Celia. El trabajo me absorbe y no me doy cuenta del tiempo. Tal vez sea mejor quedarme a solas; me reconcentro más porque no me distrae nadie. ¡Diviértete! ¡Tómate estos días en plan de vacaciones!

No a las diez y media, porque entonces no hubiesen sido propiamente mujeres, sino a las once de la mañana, salían ambas jóvenes de la *suite* dirigiéndose por los corredores a la sala de conciertos, después de haber sido orientadas por uno de los mozos.

En la puerta los esperaba Finnetey, en traje *sport*. Saludó ceremoniosamente a Celia, y calurosamente a Fanny, que rebosaba de felicidad, ella, impenitente solterona sin atractivos físicos y sin fortuna.

—Pasa con nosotros, Celia —invitó a su prima.

—No, gracias. No me seduce oír música a estas horas. Daré un paseo por cubierta y luego iré a la biblioteca.

—Hará una media hora que he visto allí a mi amigo, el señor Ladd —notificó Finnetey, sumamente galante.

La contestación de Celia fue seca, rayana en descortés:

—Gracias por su información, pero no necesito a nadie para leer, señor Finnetey.

Y se alejó, encaminándose hacia la escalera que le conduciría a la cubierta superior.

Una gasa de nubes entoldaba el cielo, debilitando el poder de los rayos solares. El océano aparecía ceniciento, hostil, removido en largas y empenachadas olas como si los titanes submarinos estuviesen encolerizados. La pesada mole resistía los embates del oleaje, inmovible cual mastodonte mecánico, hollando la ruta marcada por el giropílogo que la conduciría a buen puerto, pese a las tormentas.

Por cubierta paseaban y fumaban los pasajeros. Entre ellos no distinguió la gallarda silueta de Richard Ladd. Inconscientemente deseaba encontrarse con él de una manera que pareciese fortuita.

Las chimeneas del barco, enormes e inmensas, escupían el hollín y el humo, que eran arrastrados por el fuerte viento. El traje chaqueta de Celia resultaba ineficaz para resguardarla del frío día.

Desde el puente de paseo de popa, anduvo hasta el «lamebrisas» de proa, casi en el mismo sitio donde había pasado miedo la noche anterior.

Acodada en la barandilla contempló la línea imprecisa del horizonte donde cielo y agua se confundían. De abajo le llegaba el rumor fié los pasajeros de tercera clase y el rasgueo continuo del agua por el tejamar, levantando en los costados de la nave un hervidero adormecedor, de rugientes y juguetonas espumas.

Sola en aquel avanzado punto, con la vista perdida en la ruta intrazada, Celia experimentó una sensación de abandono, de ausencia de la realidad, pareciéndole estar suspendida en el espacio sin fondo. Bello era el espectáculo del océano. De color ceniza era la región mental donde los pensamientos de la joven se perdían.

Allí pasó algún tiempo, hasta que el frío la hizo volver en sí. El recuerdo de Ladd la obsesionó de nuevo. Finnetey había dicho que estaría en la biblioteca. Y como atraída por un imán, Celia bajó a la biblioteca.

Con desilusión comprobó que allí sólo estaban personas de edad madura; los jóvenes estarían en el gimnasio o en la piscina.

Regresando a su camarote, tomó el traje de baño, apeteciéndole la idea de sumergirse en agua tibia y fatigarse el cuerpo mediante el ejercicio físico. En Nueva York, la natación constituía su principal deporte.

Su *suite* estaba en el octavo piso. Decidió bajar en el ascensor al tercero, donde se hallaba situada la piscina de primera clase, según la informaron.

La iluminación fluorescente e indirecta producía un efecto singular sobre las transparentes aguas de la gran piscina.

Mientras se desnudaba y ponía un maillot rojo que contrastaba con su piel alabastrina, Celia trataba de desechar el mal humor. Se argüía, que tendría más que tiempo de sobra para tropezarse con Richard Ladd.

Su aparición al borde de la cubierta piscina causó sensación entre los concurrentes de ambos sesos. Su alta y esbelta figura, la armonía de sus movimientos, tan difícil de conservar cuando se va descalzo, y el gracioso gorrito de goma que protegería su cabellera de la humedad, hacían de ella una deliciosa sirena, deseada por los curiosos tritones.

Consciente de la admiración que producía, muy molesta para ella, subió al trampolín.

Brincando primeramente al extremo de la flexible tabla, a unas yardas sobre los demás, dio elasticidad a sus piernas. En un salto impecable, haciendo el «ángel», se sumergió de cabeza en si agua.

Al salir a la superficie, gozando de la caricia, templada y suave del líquido elemento, se mantuvo unos instantes casi vertical, braceando levemente.

Después, a *over* sencillo, nadó hacia el borde de la piscina más alejado. Se acercaba ya a su meta, cuando algo como el tentáculo de un pulpo, la agarró de la pierna izquierda, tirando de ella para el fondo.

Cogida de improviso, no pudo reprimir un grito de terror. Tragó agua a la vez que se revolvía, buscando la causa de aquello.

A través de las límpidas aguas, distinguió a Richard Ladd, buceando, burlándose de su susto con una mueca exagerada. Sintió rabia y alegría a la vez.

De un tirón quedó libre y braceó para ascender. Al llegar a la superficie volvió a encontrarse con la cara de Richard, que sonreía, diciendo:

—¿Tragó mucha agua?

—La suficiente para dejar sin agua dulce al barco. No esperaba ser atacada por un tiburón así.

—Tiburón que no vacilaría en devorarla.

—Tiburón que se clavaría el anzuelo y moriría dando coletazos inútiles —retrucó ella, festivamente.

—La vi subir al trampolín. No me obligue a decirle lo que me pareció usted allí, en lo alto.

—No le obligo, señor Ladd. Los tiburones no pueden saber apreciar justamente.

—¿Salimos? —invitó él.

—¡Vamos! ¡A ver cuál de los dos llega antes!

Celia semejó un delfín al tumbarse boca abajo en el agua y comenzar, a brucear diestramente, a crawl. Pronto sacó una gran ventaja a Ladd, que la seguía, practicando el mismo estilo, pero sin conseguir alcanzarla.

Cogida al borde de la piscina de baldosines verdes, la joven aguardó a que Richard llegara junto a ella. Se gloriaba de su adelanto y no lo disimuló:

—¡Mal tiburón es usted, señor Ladd!

—¡Bella y ágil sirena es usted, señorita Larsen! ¿Salimos a tomar algo? Estoy viendo servir el «consomé» de siempre, al menos estará caliente.

Sin utilizar la escalerilla metálica, de un impulso salieron del agua. El agua había adherido el *maillot* de la joven a su cuerpo, modelando la armonía escultural de sus líneas. En un ademán gracioso, se despojó del gorro impermeable, cayéndole sobre el húmedo cuello los cabellos en cascada áurea.

A su lado destacaba la figura atlética de Richard Ladd, de piel tostada, de bíceps, tríceps y dorsales en relieve, semejando un gladiador romano.

Ella simbolizaba al sexo femenino en todo su esplendor; él era el prototipo del hombre.

Cuando se dirigían a una de las mesitas situadas junto a la pared del fondo, les salieron al paso Crow y Eliot Hough, también en bañador. Crow, tan locuaz como de costumbre, saludó y comenzó a comentar la carrera de Celia y Richard, afirmando que la habían visto al entrar en la sala.

—Mal ha quedado usted, señor.

—Richard Ladd —se apresuró a presentar Celia.

Tras los saludos, con cierta reserva latente pese a las sonrisas, Eliot Hough, fornido como un antiguo vikingo volvió al tema anterior, observándosele el afán de zaherir, dentro de la corrección debida:

—Nada usted muy bien, señorita Larsen. Sacó usted una gran ventaja. Claro que el señor Ladd daba la impresión de tener plomo en los brazos. Yo me permitiría aconsejarle, señor Ladd, que no metiese las manos en el agua de esa forma. Hágalo en cuña. Me sería muy grato poderle dar unas lecciones de natación.

—Es usted muy amable, señor Hough —replicó, sonriendo—.

Existe el pequeño inconveniente de mi resistencia a recibir lecciones; hace mucho tiempo que dejé de ir a la escuela.

—Pues le hace falta, amigo mío —intervino Crow, golpeando la robusta espalda de Richard en un gesto protector.

—Es posible, señor Stringer —le contestó Ladd. Sin embargo, para ser maestro es necesario demostrar antes que se tienen conocimientos completos acerca de la asignatura.

Crow Stringer y Eliot Hough se miraron socarronamente, pavoneándose ante la bella muchacha que los estaba escuchando.

—Con mucho gusto le demostraremos, que merecemos la cátedra de natación, señor Ladd —anunció Hough, aspirando e hinchando el pecho con la misma pretensión de un pavo real.

Tan alto como Richard, era más corpulento. Hizo un gesto a su amigo Crow y ambos se colocaron en el borde de la piscina.

A un grito, los dos saltaron, sumergiéndose en el agua y apareciendo seguidamente. Nadaban bien, veloces, dirigiéndose hacia el extremo opuesto.

Entonces, Celia vio que Ladd corría y se arrojaba en la piscina, sonando su cuerpo rígido como si fuera una tabla al chocar con el agua. Había conseguido no hundirse, para no perder tiempo. La joven quedóse admirada de sus movimientos, rápidos, eficaces, braceando con una potencia insospechada y llevando las piernas una agitación especial que recordaba a la de los más famosos nadadores japoneses. Nadaba a crawl, pero con unas variantes singulares.

Emocionada, con los puños cerrados, atenta solamente, a la competición que se estaba celebrando, Celia observaba el veloz avance de su amigo Ladd, que se iba acercando a Crow y a Eliot Hough, ventajosos por haberse echado antes al agua.

Cuando los dos primeros llegaron al borde opuesto, después de haber recorrido un largo de la piscina, y dieron la vuelta y el talonazo centra la pared de baldosines, se quedaron asombrados al ver junto, a ellos a Richard Ladd.

El regreso, hacia el punto de origen, donde les contemplaba Celia, fue una verdadera competición. Diestros realmente en natación Crow y Hough, pero no podían competir, ni mucho menos, con Ladd, consumado maestro de aquel deporte. Éste empezó a obtener ventaja, sacando escasas veces la cabeza para respirar.

Pronto los dejó atrás, tanto, que cuando él llegó a la meta y salió fuera, situándose junto a Celia, los otros dos acababan de pasar la mitad de la piscina.

—¡Magnífico, señor Ladd! Usted sí que les ha dado una verdadera lección. Lo que no me explico es por qué le gané yo antes.

Algo jadeante a consecuencia del esfuerzo realizado, Richard repuso:

—Primero las señoritas; es una regla de urbanidad. Antes hablamos de un «consomé», si mal no recuerdo. ¿Lo tomamos?

Todavía estaba ella riéndose delante del camarero que les servía unas tazas del reconfortante caldo que llevaba en la gran sopera sobre una mesita con ruedas. Los demás concurrentes habían sido espectadores del «pugilato», y sus conversaciones y miradas indicaban la admiración que había producido la proeza natatoria del atlético joven. Celia sintióse orgullosa, sin saber porqué.

Dejaban las tazas y encendían sendos cigarrillos cuando los dos vencidos se aproximaron, bastante más que humillados, soportando malamente las risitas burlonas de los improvisados espectadores.

—¿Qué, maestros, no toman un poco de caldo? —preguntó Celia irónicamente—. Este caldo contiene sustancias especiales para aprender a nadar a la perfección.

—Es que... —comenzó a decir Crow.

—Deben ustedes abandonar su estilo clásico y ponerse al día, señores míos —le interrumpió Richard, sarcásticamente.

—Nos cogió usted por sorpresa —fue la disculpa del envarado Eliot.

—La sorpresa me la día usted al verle levantar más agua que la hélice de un barco fluvial.

Y así hubiese seguido zahiriendo a sus rivales, pero un «botones» apareció en la piscina, gritando:

—¡Señor Richard Ladd! ¡Señor Richard Ladd!

El aludido volvió la cabeza al oír su nombre. Levantó un brazo, haciendo una señal al «botones».

—Un radiograma para usted, señor.

Ladd tomó el doblado y pegado papel.

—Con permiso.

Rasgándolo por un extremo lo abrió, apartándose unas pulgadas

de los cercanos Crow y Eliot. Celia desde su posición, en pie, pudo ver de reojo una serie de letras y cifras incomprensibles a primera vista. Dedujo que se trataba de un mensaje en clave. Observó que el entrecejo de Ladd se fruncía, en un gesto de extrañeza y preocupación al mismo tiempo. Efectivamente, el maestro en natación levantó la cabeza para dirigirse a la joven:

—Perdóneme, señorita Larsen. He de hacer inmediatamente una gestión. La dejo en compañía de dos recomendables caballeros, que estoy seguro no la aburrirán demasiado.

Y sin otra explicación se alejó hacia las cabinas para vestirse.

Los tres del grupo se quedaren mirándole. Ella se sintió defraudada, adivinando que el mal humor no la abandonaría en el resto de la mañana.

Tras vestirse, Richard Ladd se encaminó al ascensor, subiendo al octavo piso del «King Edward» en un santiamén.

La cámara de primera clase estaba situada en la parte central del barco, pero a popa de las series de lujo. En el camarote veinticinco entro entró Ladd.

Se trataba solamente de una alcoba y de un, cuarto de baño contiguo. La cama estaba ya hecha, más la doncella de servicio se hallaba dando los últimos toques de limpieza al diván, a las dos butaquitas y a las cortinas.

—¿Le queda mucho? —preguntó el joven.

—Ahora mismo termino, señor —repuso la doncella, saliendo al instante del camarote.

Una vez solo, Ladd echó el pestillo por dentro, corrió las cortinas, tras haber dado al interruptor eléctrico. Sobre la mesita pegada a la pared había varios gruesos libros, casi todos ellos diccionarios y gramáticas inglesas. Temó el más voluminoso colocándolo junto al radiograma abierto.

Arrimando una de las butacas a la mesita, Ladd comenzó a descifrar el mensaje recibido, escribiendo con la estilográfica en una hoja de papel. Los números indicaban la página donde debía buscar en el diccionario, la inicial de cada palabra revelaba determinada línea a contar desde arriba, y, las cifras entre letras le llevaban a la palabra deseada, contando a partir de la izquierda.

Al radiotelegrafista no podía extrañarle la recepción de un mensaje cifrado, incomprensible para él mismo, pues muchos

especuladores en Bolsa y negociantes en alta escala acostumbraban recibir radiotelegramas en clave, exultando secretos comerciales de suma importancia para la estabilidad de las finanzas y mercados mundiales.

Tras unos minutos de labor, la traducción quedó terminada.

«Su amigo George ha sido detenido por robo a mano armada. Le esperan años de cárcel si no actuamos rápidamente. Necesito diez mil dólares para sobornos y buen abogado. Lewis».

Conforme había ido descifrando, la expresión de Ladd iba tornándose seria, de grave procuración. Al finalizar, rajó en menudos pedacillos el radiograma y la traducción. A sus llamitas en un cenicero, encendió un cigarrillo.

Recostado en el respaldo de la butaca, con los ojos cerrados y fumando, permaneció el joven durante un cuarto de hora. El mensaje recién llegado le creaba un problema: no poseía los diez mil dólares y le interesaba salvar de la Policía a un aliado suyo. El no acostumbraba dejar en la estacada a aquellos que le servían fielmente, y George Templeton era uno de ellos. La recriminación por haberse atrevido a intentar un vulgar robo a mano armada llegaría más tarde, cuando estuviese en libertad.

Abandonando su camarote. Ladd salió a cubierta, divisando a Tuke, el monumental Tuke, haciendo la corte a una nurse con dos, niños. Pasó junto a él y le hizo un guiño disimulado; Tuke comprendió que el boss le necesitaba y abandonó prestamente su tarea de conquistador. Se situó junto a Ladd, apoyado en la barandilla, mirando al mar.

Convencido el joven de que ningún pasajero podría escucharle, dijo en voz baja, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos para que no se le viese mover los labios:

—Tuke: Busca en seguida a todos, a todos. Que se reúnan cuanto antes en las habitaciones de Magda. Mucha precaución al entrar. ¡Date prisa!

Media hora más tarde, Ladd terminaba de explicar a sus compinches la situación. En la lujosa *suite* de Magda se hallaban sentados frente al jefe: el rencoroso Heady, el brutal Tuke y el simpático y astuto Finnetey. Al lado de Richard, Magda.

—¡Después de Tuke no hay otro tío más bestia en el mundo entero que George Templeton! —aseguró Finnetey, encogiéndose de

hombros al observar la amenaza silenciosa del aludido allí presente.

—Sea lo que sea, estamos en la obligación de sacarlo del apuro —afirmó categóricamente Richard—. Es un compañero nuestro. Se quedó, a la fuerza en Estados Unidos a causa de su enfermedad. De buena gana él nos hubiera acompañado en esta excursión a Europa. Es probable que tuviera necesidad de dinero para vivir, y cometió esa imprudencia. ¡Hemos de encontrar diez mil dólares cuanto antes!

—¿No tienes tú dinero? —preguntó Heady.

—No más de quinientos, Empléé casi todo en comprar las joyas, y el resto se me fue en los pasajes y lo que os he ido dando a vosotros. Entre todos no juntaríamos ni mil dólares.

—¡Pídeselos a tu nueva amiga! —propuso arteramente Heady.

—Estás loco o eres tonto de remate —insultó Finnetey ante la descabellada proposición.

—¿No comprendes que es imposible ahora? Te crees que es suficiente llegar y conquistar a una mujer para pedirle diez mil dólares. Dinero tenemos realmente, tenemos las joyas, que valen mucho más que esa cantidad. Pero mi intención era guardarlas en Nueva York hasta encontrar un comprador de entera confianza; venderlas sin prisas para sacar el mayor precio posible. A Celia Larsen le llegará su hora, pero hay que dar tiempo al tiempo.

—¿No será que te apena hacer daño a la «ilustre millonaria»? —intervino con ironía Magda.

Richard se volvió a mirarla despreciativamente. Por vez primera se dio cuenta de la tontería innata de su novia.

—Di otra cosa así y tendremos que laurearte. Dime: ¿Te sacaría a ti un hombre diez mil dólares el día siguiente de haberlo conocido?

La respuesta no se pronunció. Hubo un corto silencio. Se oyeren los golpes sonoros y graves de un gong: anunciaban la hora del almuerzo.

—¿Por qué no damos un «golpe», Richard? —propuso Finnetey—. He visto a gente que saca carteras bien repletas a la hora de pagar. Esta mañana mismo, en la peluquería cuando estaba afeitándome, un señor gordo, qué tiene un camarote próximo al mío, enseñó por lo menos cinco mil dólares en billetes grandes y otro tanto en menudos. Parece bobo y creo que le haríamos un

favor descargándole de tanta responsabilidad, aparte de enseñarle a andarse con vista, tan necesaria en la vida.

—En un «golpe» así pensaba yo. Finnetey —advirtió Richard—. Ayer por la tarde recorrí el barco desde las calderas a las chimeneas, y observé que en tercera clase viaja gente con no muy buena cara. Hay tipos que un policía encontraría sospechosos. Trataremos de que las culpas recaigan sobre ellos. Tú, Heady, te encargarás de identificar y vigilar a los detectives del barco. Y tú, Finnetey, lamentándolo mucho por Fanny, vigilarás a los pasajeros de primera clase que consideres «buenos becados». Tukes: esta noche estudiarás la situación de los marineros de guardia, de los «botones», de los encargados del ascensor y de las escaleras. Fíjate bien a las horas que se relevan. Todo esto hay que hacerlo sin despertar sospechas en nadie. Por tu parte, Magda, si te tropiezas con alguno que parezca tener dinero, no lo pierdas de vista.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —interrogó la joven.

—Alternar con la deliciosa Celia Larsen —repuso humorísticamente Ladd—. Ella es también un «buen bocado», y, a su hora, coronaremos el viaje con un «golpe» maestro. No estaría de más conseguir en fecha próxima un fajo de billetes grande.

—No vayas a quedarte mellado en el «bocado» —retrucó Magda, celosa y preocupada por la belleza que no dejaba de reconocer en la millonaria.

—No hay cuidado. Ahora, id saliendo uno a uno.

El resto de la tarde lo pasó Richard enteramente al lado de la atractiva Celia Larsen, huyendo de Crow y Eliot Hough. Encentraron un refugio en la sala de proyección cinematográfica, concurrida en su mayor parte por el elemento infantil y alguna que otra señora de avanzada edad.

El comportamiento de Ladd había sido correcto en extremo, limitándose a dirigir miradas significativas a Celia, al leve reflejo de la pantalla iluminada.

Se separaron para vestirse de etiqueta. El «King Edward» continuaba su ruta, navegando a unas veintiocho millas por hora y rasgando con su elevada quilla las olas del Atlántico.

Faltaría media hora para la cena cuando la banda de Richard Ladd volvió a reunirse en la *suite* de Magda. Cada miembro informó de los datos conseguidos. Desconcertó a Richard la proposición de

Finnetey:

—Tengo a la vista dos «pájaros», una «pájara» y un «pájaro», que están ferrados de dinero. Es un matrimonio ridículo. Él tiene que haber sido salchichero en Chicago, porque ha aplastado a su mujer, gruesa y peluda, con media joyería. Rebosan vulgaridad por todos los poros. Se llaman Hasting y conozco el emplazamiento de su camarote. La cerradura la haré saltar con mi colección preferida de ganzúas —y haciendo una pausa, prosiguió—: También he pensado en dar un asalto a esos Crow Stringer y Eliot Hough. Manejan el dinero con pala, van soltando billetes por todos sitios. No estaría mal meterse con ellos. A mí me seduce más que robar a un pobre matrimonio, por grotesco que sea. Claro, que con los dos *gentleman* esos hay, mayor exposición. Tienen una serie en la cámara de lujo. Viajan a lo gran señor.

—Prefiero el matrimonio —dijo Heady—. Nos interesa hacerlo bien y sin resistencia. No hay que olvidar que el barco es una cárcel. No tendríamos más escape, si fuésemos descubiertos, que echarnos a alta mar en uno de los botes de salvamento. El panorama no me gustaría nada.

—Opto por Crow Stringer y Eliot Hough —manifesto Richard—. Son estúpidos y merecen una lección así. Indudablemente podrán oponer resistencia, pero si lo hacemos bien, no pasará nada. En su mismo engreimiento no querrán hacer el ridículo diciendo que han sido robados mientras dormían. Al menos eso espero de ellos, porque son unos cretinos. Tratarán de solventarlo, haciendo investigaciones particulares. Voy conociéndolos y lo sacrificarían todo con tal de no ser el hazmerreír de la gente.

—Opino de manera distinta que vosotros —intervino Magda—. Aconsejo robar a esa Celia Larsen. Está sola con su prima, son dos mujeres, y de puro miedo ni rechistarán siquiera.

—Y entonces los detectives del barco vigilarían a cuántos tratan con ella; la consecuencia sería que yo no podría dar un paso con libertad. Tú. Tuke, encárgate de conseguir cloroformo en la enfermería. Nada de pistolas, y escondedlas bien, por si hacen registros en los camarotes.

Tras unas palabras aclaratorias, últimos preliminares del robo a efectuar, los secuaces de Ladd iniciaron la salida furtivamente, no sin antes cerciorarse que no había nadie en el corredor.

—¿Con quién vas a cenar, Richard? —preguntó Magda, en tanto se retocaba el peinado.

—Con Celia Larsen. Quedamos citados a la puerta del comedor.

—¿Cuándo vas a estar conmigo? Esta tarde os vi pasar al «cine». Y yo me aburro más que una ostra, aguantando a unos y a otros.

—¿No te divierten? ¿De verdad?

—Sí, pero yo quiero que seas tú. No veo ningún inconveniente para que no podamos figurar como amigos ante los demás pasajeros. Hasta podemos fingir que nos hemos conocido en el barco.

—Podría hacerse, Magda, sin duda alguna. Sin embargo, considero más prudente aparentar ser desconocidos, por si ocurre algún contratiempo. Es necesario que tú te mantengas al margen de cuánto suceda, que nadie te relacione con nosotros. Es en bien tuyo.

Los razonamientos de Richard no convencieron del todo a la joven, que hizo un mohín de disgusto. Los celos comenzaban a socavar su corazón, y no reparaba en las conveniencias.

No esperó Richard a la puerta del comedor más que diez minutos. Aparecieron Celia y Fanny, de *soirée*. La primera llevaba un precioso vestido de terciopelo *chiffon*, bordado en cristal. En la parte izquierda del pecho, casi a la altura del hombro, tres magnolias ponían una nota de color en el elegante atavío. Un collar de brillantes con una valiosa gema en el centro rodeaba su cuello de cisne. Ladd admiró en silencio la belleza de Celia.

—Perdónenos por haberle hecho esperar —dijo Celia, sonriendo y con expresión feliz.

—No tiene importancia. ¿Pasamos?

El comedor era realmente suntuoso: amplio, de elevado techo artesonado en oro, lámparas-arañas refulgentes, desbordando riadas y cataratas de luz; paredes decoradas con artísticos bajorrelieves representando escenas mitológicas; el suelo, alfombrado de terciopelo azul oscuro, y la sillería de terciopelo de igual color.

Las pecheras de los fraques aparecían inmaculadas; rosadas y mórbidas la piel de las jóvenes, luciendo su hermosura y sus joyas. Los camareros se movían de un lado para otro rápida y sinuosamente, por entre las mesas, sirviendo a los comensales. Al fondo, oculta, la orquesta tocaba suavemente las obras clásicas, escogidas por algún entendido en música y gastronomía a la vez,

pues se trataba de los deliciosos poemas musicales de Schubert, los líricos *heders* inspirados en las románticas poesías de Heine, Goethe y Uhland.

Finnetey, sentado a una de las mesas laterales, en un rincón retirado, se levantó al verlos entrar en el comedor.

—Tengo cubierto para usted, Fanny, en mi mesa. Si ustedes quieren venir.

Su invitación obedecía a unas indicaciones anteriores del jefe, deseoso de conseguir cenar a solas con Celia Larsen. La primera maniobra consistía en desembarazarse de la regordeta Fanny.

—No, gracias, señor Finnetey —rehusó Richard amablemente—. También tengo elegida una mesa. Les deseo cenén bien y se diviertan. Por aquí, señorita Larsen.

La joven millonaria, no disgustada ante la perspectiva de cenar sola con Ladd, sonrió a su prima, y siguió la dirección marcada, donde uno de los *maîtres* los esperaba.

Se hallaban eligiendo el menú, cuando, como las sombras siniestras de unos cuervos, se acercaron Crow y Eliot, también de *frac*. El impertinente Crow no tardó, a las primeras palabras de salutación, en decir:

—Será estupendo cenar los cuatro juntos. Lo pasaremos muy entretenidos.

La cara de Richard Ladd se alargó de contrariedad. Después de todo su cuidadoso planeamiento, el castillo se le venía abajo como si fuese de naipes. A partir de aquel instante no dudó ya en conseguir los diez mil dólares que necesitaba a costa de los omnipresentes e inseparables amigos. Tampoco le cupo duda alguna respecto al interés de alguno de los dos por Celia Larsen. Alguno de ellos, si no ambos, pretendían enamorar a la rica y guapa millonaria.

Celia observó el gesto de enfado de Ladd. Aunque a ella no le hacía tampoco mucha gracia la inesperada compañía, debido a su educación dio el beneplácito a las palabras de Crow con una sonrisa obsequiosa. Y aquella sonrisa fue mal interpretada por Richard Ladd, acostumbrado a ser rudo con los hombres y galante con las mujeres. Él entendió la sonrisa como manifestación de alegría al cenar con tres admiradores. Mentalmente le reprochó su coquetería, y se dispuso a estropear el cuarteto en lo posible.

Estaban en la sopa, cuando de la oculta orquesta llegaron las notas de una música adormecedora, de ritmo lento y ensoñador. Eliot Hough dándoselas de entendido, comentó:

—He notado que tenemos un ambiente maravilloso. Este fondo musical cuadra espléndidamente a su belleza, señorita Larsen. Weber pareció presentir que usted existiría.

—¿Ha dicho usted Weber? —preguntó Richard, aprehendiendo el primer fallo para el ataque verbal.

—Carlos María de Weber, en su *Oberon*, por sí no lo sabe, Señor Ladd —repuso hostilmente el orgulloso Hough.

—Félix Mendelssohn, en su *Calma del mar*, por si lo ignora, señor Hough —replicó Richard sarcásticamente.

—En natación será usted el primero, señor Ladd, pero en música me parece que no pisa usted fuerte.

—En la música no hay quien pise eso por lo pronto, mi querido señor Hough. Y, además, sabe usted de música tanto como de natación.

Aquellas palabras las consideró Eliot Hough como una ofensa. Se notaba en él un carácter poco propenso a consentir que le contradijesen. Enrojecía hasta las raíces del pelo y se mordía los labios. Casi soezmente llamó a uno de los camareros, encargándole:

—Vaya a la orquesta y pregúnteles qué están tocando ahora mismo y quién es el compositor.

Mientras esperaban la respuesta, Celia seguía tomando la sopa, divertidísima interiormente en aquella lucha, de la que ella se sabía causante involuntaria. Crow permanecía ajeno a la cuestión, por no atreverse a incurrir en una barbaridad. De siempre había despreciado la música.

El camarero regresó, notificando:

—Dicen que se titula *Calma del mar*, y es de algo así como Mendelssohn.

Si la mirada de Hough hubiese tenido el poder del rayo, el camarero habría caído carbonizado sobre la alfombra.

—Acertó usted, amigo —reconoció con despecho.

—No soy su amigo, y acerté, señor Hough —dijo Richard con acritud—. Yo siempre acierto. Su equivocación no tiene importancia, pero sí la tiene el haber buscado la ocasión de equivocarse. Si ustedes supieran de urbanidad, no se habrían

acercado a esta mesa.

—¡Señor Ladd! —exclamó Celia, verdaderamente indignada por tan descortés comportamiento.

Hough y Crow dejaron de comer. El primero logró articular, rojo como la púrpura:

—Tal vez también lleve usted razón en esto, pero considero más indicada a la señorita Larsen para manifestar su disgusto por nuestra compañía. No le tolero a usted semejante ofensa, y tendrá que darme explicaciones.

—Y a mí también —apoyó Crow, irguiéndose en el asiento.

—A los dos, en cualquier terreno, menos con palabras, estoy dispuesto a darles explicaciones.

El reto y la invitación a un desafío quedaron suficientemente claros. Celia volvió a exclamar:

—Señor Ladd: ¡por Dios!

Encolerizado, Eliot Hough manifestó:

—Creo que en Estados Unidos tendremos ocasión de tratar este particular. Yo soy el ofendido y tengo el derecho a elegir. ¿Qué le parece a sable, señor Ladd?

—¿A sable? ¿Hoy en día a sable? —preguntó, repetidamente, Richard, extrañado de escuchar tal propuesta de desafío. El consideraba pasado el uso del sable para jugarse la vida.

—¿No le agrada? Con un sable se pueden hacer filigranas —recalcó Hough.

—¿Cómo voy a batirme yo a sable, Eliot? —preguntó Crow a su amigo—. Eso ya no se estila, hombre. ¡Vaya una ocurrencia!

Eliot pareció dudar al oír la advertencia de su amigo. No tuvo tiempo de proponer otra clase de desafío, pues Celia, dejando la servilleta a un lado, anunció:

—Me temo que me obligarán a marcharme, dejándolos con sus chiquilladas. ¡Ha tenido usted una bonita ocurrencia al provocar este incidente, señor Ladd!

Richard Ladd apretó las mandíbulas. Los nudillos del puño derecho le blanquearon bajo la piel. Conteniéndose a duras penas, dijo:

—Perdóneme, señorita Larsen. No ha sido intención mía disgustarle a usted. Ahora recuerdo que he de enviar un radiograma y se me va a pasar la hora. ¡Buenas noches, señorita Larsen!

Se puso en pie y salió del comedor. Celia le vio desaparecer por la puerta más próxima a la cubierta de popa. El enojo, la sofocación y el desencanto de perder la compañía de Ladd, la hicieron decir, al escuchar una serie de estupideces por parte de Crow y de Hough.

—Los verdaderos culpables han sido ustedes. Me dan la impresión de ser unos críos que desconocen las reglas de sociedad. Mucha amistad me une a ti, Crow, desde hace años; pero no tenías por qué venir a sentarte con nosotros.

—¿Vas a defender ahora a ese...? —preguntó el aludido, desdeñosamente.

—¿No sabe usted quién es, señorita Larsen? —interrogó, a su vez, Eliot Hough, con malicia—. Por casualidad me enteré de que entra mucho en el cuarto de una pasajera, bastante linda por cierto, con la que luego aparenta no conocerse ante los demás. Algo habrá. Algo hay cuando se toman precauciones. Quien nada tiene que ocultar, lleva la cara a la luz del día.

—¿No tiene usted otro método mejor que hablar mal de una persona que no le es simpática, señor Hough? —preguntó la joven.

Gracias a la intervención de Crow, que conocía la independencia modernista de Celia y su criterio firme, la cena no terminó desastrosamente.

Continuaron cenando, en silencio. Al servírseles los postres, Celia no pudo aguantar más y se levantó, notificando:

—Perdónenme, señores.

Sin más explicaciones se alejó de sus acompañantes, saliendo por la misma puerta que había salido anteriormente Richard Ladd.

La cubierta de popa estaba solitaria, iluminada por la luz plateada de la luna, que ponía sombras y reflejos caprichosos, distorsionando las siluetas. El mar aparecía argentado, en calma, escuchándose solamente el rumor del agua al acariciar los costados de la enorme nave, siempre adelante.

Había salido a cubierta con la única esperanza de hallar allí a Ladd. De una ojeada a la izquierda, a babor, creyó divisar su figura alta. Ella no se atrevía a acercarse, por considerarlo impropio de una mujer, pero se consumía de deseos por decirle que él llevaba razón, aunque se hubiese portado descortésmente. Ella también lamentaba la inoportuna presencia de los otros dos durante la cena.

El beso de la brisa calmó la fiebre de sus sienes, encontrando un

gran alivio al cerrar los ojos y sentir su piel atemperada por el frío nocturno.

Apoyada de codos en la borda, permaneció largo rato.

Sintió unos pasos cercanos, pasos lentos, de hombre, sin duda alguna. Adivinó que era Richard Ladd, buscando el acercamiento y, pidiendo excusas. El conocimiento de su error fue al oír amenazar a una voz bronca:

—¡Quieta, jovencita, o tendré que echarte al mar!

Abrió los ojos, aterrorizada, al sentir que unas manos de dedos callosos le palpaban el cuello. Junto a ella, un hombre alto, corpulento, mucho más que Richard Ladd, con la cara tapada por un antifaz, pretendía arrebatarse el valioso collar.

—¡Cállate, o te tiro al agua!

El miedo no la permitió ni lanzar un grito de auxilio. Instintivamente se llevó las manos al cuello, pretendiendo proteger la joya. El hombre la tenía cogida por la espalda con el brazo izquierdo mientras maniobraba con la derecha, y la apretaba bestialmente hasta cortar la respiración.

Cuando justamente el ladrón rompía el collar de un tirón se oyeron unos pasos precipitados, como de alguien que acudiese corriendo. La joya central aún estaba aprisionada entre los dedos de la joven. El ladrón blasfemó de ira ante la inesperada resistencia. Forcejeó con la víctima, perdiendo un tiempo que le sería precioso, pues a los pocos segundos alguien le atacaba por detrás.

Al saberse descubierto, el ladrón se recuperó, y, soltando a la víctima, hizo frente al agresor, decidido a acabar con él.

Celia vio a Richard Ladd, y una sensación de descanso la inundó. El corazón le latió de alegría.

—¡Richard!

Pero él no la hizo caso, sino que, extendiendo rápidamente el brazo derecho, golpeó con dureza la mandíbula del ladrón. Éste no se defendió sino que quedó con la espalda pegada a la borda, asombrado. En aquel instante, un izquierdazo lo puso fuera de combate, derrumbándose con toda la pesadez de su corpulencia.

—¡Richard! —repitió ella, refugiándose en sus brazos y llorando, una vez pasada la tensión del peligro.

Ladd sintió el flexible cuerpo junto a sí, y aspiró el perfume de sus cabellos agitados por la brisa. Tentado estuvo de consolarla

mediante besos y caricias, más se limitó a rozarle levemente la frente con los labios, en un beso furtivo que, sin embargo, le llegó al alma, como al alma le había llegado aquel llanto de niña desamparada. Supo entonces de la ternura que experimenta un hombre al ver afligida a la mujer amada.

—¡No llores, Celia; no llores! —la consoló, tuteándola por vez primera, inconscientemente—. No tengas miedo Ya pasó todo, nena.

—Richard: ¡qué miedo he pasado! Si no llega a ser por us..., por ti.

—No te separes nunca de mí, Celia. ¡Nunca!

Transcurrieron unos segundos de emoción infinita. Los dos, abrazados, sintiendo que sus cuerpos y sus corazones se fundían, comprendieron que entre ellos había algo más que una amistad.

Al oír rebullirse al golpeado ladrón, se separaron, aconsejando Richard:

—¡Espérame aquí! A éste voy a llevarlo al detective; recibirá lo suyo.

Uniendo la acción a la palabra, levantó a pulso del suelo al aturrido ladrón, que comenzaba a recobrarse.

—¡Vamos! ¡Despiértate, o tendré que hacerlo yo sacudiéndote en la cabeza!

Casi a rastras se lo llevó Richard a lo largo de la cubierta. Cuando estuvieron fuera de la vista de Sella, Ladd arrancó el pañuelo que ocultaba las facciones del ladrón: ¡era Tuke!

—Jefe: ¿es que no me conociste?

—Te reconocí en seguida por lo bestia. Si no fuese por lo que es. ¡Lárgate ahora y no vuelvas a ponerte delante de Celia Larsen, imbécil! Ya hablaremos más tarde. A las tres te espero en el camarote de Magda. Y haz lo que te encargué esta mañana. ¡Anda, lárgate!

—Sí, jefe, sí.

Viendo entrar a su secuaz al interior del barco, Ladd permaneció unos momentos quieto. Luego regresó rápidamente a dónde le aguardaba Celia, adoptando una expresión de fastidio.

—Se me ha escapado —dijo—. Dio un tirón y no lo pude alcanzar por no dar un escándalo.

—¿Le quitaste antes el pañuelo? ¿Lo reconociste?

—Se lo quité, pero en mi vida había visto su cara. Seguramente

será uno de tercera clase. Suelen hacer escapadas, para robar a los pasajeros de primera. Burlan a los vigilantes del ascensor y de la escalera.

—¡Richard: tengo miedo! —musitó ella.

—¿De quién? ¿Por qué?

—Por ti. Yo creo que son los mismos que te atacaron anoche en el *sundeck*. Ése estará al servicio de esos franceses del Brasil. Tu vida está en peligro. ¿A ver qué puede ser, si no? Seguramente se han figurado que tú y yo, como estamos juntos a todas horas, nos conocíamos de antes y...

El desconcierto de Ladd era sincero. Él no había dado orden a Tuke de simular un robo para él aparentar ser un valeroso, defensor de las mujeres. No se explicaba cómo Tuke, después de lo tratado en la reunión del mediodía, podía haberse atrevido a intentar robar a Celia Larsen. Se prometió averiguar la verdad, aunque tuviese que arrancar a tiras la piel de Tuke. No podía consentir el menor síntoma de rebeldía en la banda, porque entonces su autoridad de boss se perdería.

—Tal vez sea así, Celia. Sin embargo, no te preocupes. Olvídalo. Yo estaré siempre a tu lado. En cuanto desembarquemos, les haré perder la pista. Aún no me has dicho qué hacías sola en la cubierta.

La joven vaciló en la respuesta. Dejó de mirarle, para clavar su vista en la luna, que se ofrecía en el cielo como pálida virgen de plata. Ladd, adivinando la verdad, se acercó más a Celia, cogiéndola de un brazo.

—¿Por qué? —interrogó él.

—No sé, Richard. Estoy enfadada contigo, y, no obstante, no sé qué me impulsó a venir.

—Te figuraste, que yo estaba aquí, ¿no?

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Se la veía nerviosa, como avergonzada de reconocer su preferencia por Richard Ladd.

—Mírame, Celia. Has de perdonarme mi comportamiento anterior. No lo pude evitar. Esos dos presumidos me sacan de mis casillas. Mi deseo es estar contigo a solas, contemplarte yo solo, ver que tus ojos únicamente se fijan en mí, que tus palabras van a mí solamente. ¡Compréndeme! No sé si habrás estado alguna vez enamorada. Yo lo estuve, aunque ya pasó. Conocerte y saber que tú eras mi ilusión hecha cuerpo, todo fue uno. Esos presentimientos

extraños del corazón me anunciaron que, al fin, había encontrado la mujer soñada desde que tuve uso de razón. Te burlaste o me reprochaste mi aversión hacia las mujeres. ¡Cómo no iba a odiarlas, si las que dijeron quererme, mintieron! Sólo nos conocemos de horas, Celia; pero, créeme, me parece haberte conocido siempre. ¡Encuentro en ti algo tan distinto a las demás! Adivino que todavía no sabes lo que es el amor. Igual que a mí, el dinero te encadenó. Olvida tu dinero y entrégate al amor cuando lo has hallado. Desde ayer pienso en ti, sueño contigo y hasta te hablo cuando estoy a solas en mi camarote. En la imaginación te veo allí, en mis brazos, igual que ahora estamos, muy cerca los dos, mirándonos y esperando que llegue.

Ladd fue bajando lentamente la cabeza, mientras sus dedos se hundían en la ahora tibia piel de la joven, que temblaba de emoción. Las palabras atropelladas de Ladd, dichas en ese tono grave tan convincente, habían abierto una brecha en su corazón. Estaba embriagada de palabras y hechizada por los ojos que la besaban anticipadamente. Tuvo un último intento de rebeldía:

—Es una locura, Richard. Apenas hace un día que nos conocemos y ya hablas de amor. Yo no conozco el amor, pero no puede ser así. Tiene que ser más despacio, madurar más el conocimiento a fin de conocerse los gustos, las ideas y las opiniones. ¡Es imposible, Richard!

—Para el amor no hay nada imposible, querida.

Y tan cerca estaban los labios de Ladd que los de ella parecieron como atraídos por un imán, y las bocas se juntaron en un beso apasionado, que alborozó el corazón de la joven.

IV

MIÉRCOLES, DE MADRUGADA



ABAN las tres cuando los miembros de la banda de Richard Ladd se reunían en la *suite* de Magda. El último en llegar fue el jefe, Richard. Apenas hubo quedado cerrada la puerta por dentro, se encaró con Tuke, que permanecía cabizbajo y con expresión sumamente avinagrada.

—¿Por qué lo hiciste, Tuke?

Sabía de sobra el aludido a lo que el *boss* se refería con su pregunta, mas no contestó.

—¿Por qué lo hiciste? —repitió Ladd.

Y como siguiese sin obtener contestación, dio dos pasos adelante y agarró de las solapas de la chaqueta, con la mano izquierda, al

hercúleo Tuke. Le hizo levantar la cabeza, para obligarle a que le mirase. Y entonces, muy despacio, masticando ásperamente las palabras, volvió a preguntar:

—¿Por qué lo hiciste, o tendré que hacértelo confesar a fuerza de golpes?

La expresión amenazadora del jefe amedrentó a Tuke, paquete de músculos únicamente, que repuso, bajando la vista y entre dientes:

—Lo hice porque Magda me lo mandó. ¡Ella ha tenido la culpa!

Al oír la acusación, Richard se volvió como si le hubiese picado una víbora, enfrentándose con Magda, que no perdió el tiempo para negar:

—¡Eso es mentira! ¡Di que es mentira, Tuke! No te lo creas. Richard. Tú sabes que entre él y Heady quieren perderme.

La reacción de Richard fue extremadamente fría. Con una voz metálica que impresionaba, se limitó a preguntar a su novia:

—¿Qué es mentira? ¿De qué te disculpas, si no tienes por qué saber nada de nada? —Y volviéndose hacia Tuke, le interrogó—: ¿Has contado algo aquí?

El coloso movió la cabeza negativamente. Richard, entornando los ojos y permitiendo sólo el paso, entre las pestañas, del brillo acerado de sus pupilas, acusó:

—Yo sé que Tuke a mí no me miente nunca. Le creo más a él que a ti. Tú le ordenaste que robase a Celia Larsen. Supongo que sería por hacer daño a quien. ¡Bueno! Aclarado esto, te comunicaré después mi decisión, y tú, Tuke, recibirás una paliza fenomenal, que te enseñará a no desobedecerme. Como ahora no sería el momento propicio, aguardaremos a mañana. Tú sabes bien que no perdono nunca.

—Fue ella, jefe, la que me obligó —arguyó Tuke en su descargo.

—No fui yo —negó Magda, agarrándose con desesperación a Richard.

Éste se separó de ella bruscamente, diciendo:

—Tú y yo hemos terminado. Has estado a punto de meternos en un lío por culpa de tus celos. Los errores se pagan siempre muy caro. Mañana será ocasión de aclarar ciertos puntos.

Y en pocas palabras, dirigiéndose especialmente a Finnetey, al que él demostraba mayor afecto, relató lo sucedido en la cubierta y

el robo frustrado de Tuke. Terminó comentando:

—Si hubiese estado allí otro pasajero o un marinero, a estas horas Tuke estaría confesando quiénes somos a los detectives del barco. Por un collar estaríamos encadenados como miserables ladrones.

—Yo no perdonaría una cosa así —dijo Finnetey—. Pero, en fin, pasemos a lo que nos interesa especialmente. Como me encargaste, vigilé a Stringer y a Hough en cuanto dejé a Fanny, después de comer. Estudié la cerradura de su *suite*, y me juego un centavo a que la abro en menos de dos segundos. Los veo ya dormidos como angelitos, sin darse cuenta que les «birlamos» las carteras.

—¿Te quedó tiempo para conseguir el cloroformo? —preguntó el jefe a Tuke.

—Sí; aquí traigo un frasco, y hasta algodón. Aseguro que nadie me vio quitarle de la enfermería. Entré con un pretexto —se jactó el aludido, deseoso de borrar de la memoria del *boss*, a fuerza de méritos, el castigo anunciado.

De los informes en conjunto, se aclaró que por la noche quedaba un encargado del ascensor y otros dos en la escalera: uno, en primera clase, y otro, en tercera, con el fin de evitar que los de esta última subiesen, con no buenas intenciones, durante la noche. El policía de la clase primera solía pasar muchas horas en compañía del oficial de cuarto en la cabina de pilotaje, en vez de recorrer los pasillos y observar si ocurría algo anormal. Las doncellas y camareros de servicio nocturno estaban todos en una habitación del séptimo piso, esperando que sonase algún timbre y cayese un número en el cuadro de llamadas. El robo podría realizarse a la perfección y con éxito seguro.

—Echad cloroformo en tres frascos —indicó Ladd—. Magda tendrá de colonia, que los vacíe. Tú, Tuke, te encargarás del empleado de la escalera en la primera clase, y tú, Heady, del otro. Nada de matar. Un ligero golpe y aplicad el cloroformo. Cuando se descubra el robo, los detectives creerán que alguien ha subido de la clase tercera. Finnetey me acompañará. Nosotros dos daremos el golpe. Tú, Magda, te quedarás aquí, acostada.

Obedeciendo las instrucciones del jefe, Heady y Tuke salieron primeramente.

Al rato, Richard y Finnetey se separaban en el corredor, diciendo

el *boss*:

—Ponte en pijama, y dentro de cinco minutos rozas la puerta de mi camarote. Yo estaré listo.

En su camarote, Ladd se desvistió rápidamente, poniéndose el pijama y calzando unas zapatillas con suela de goma. Preparó cuatro pañuelos, dos de color negro y los otros en blanco.

Cuando sintió un leve roce en la puerta, abrió sigilosamente. Finnetey, de igual guisa, le esperaba en el solitario corredor, medio alumbrado a aquellas horas de la madrugada. El silencio era absoluto, y solamente de las entrañas del transatlántico llegaba desvanecido el monótono ruido de los émbolos de las máquinas.

—¿Listo? —preguntó Richard, en un susurro.

Finnetey se limitó a mostrarle el frasquito con cloroformo, otros dos pañuelos y un manojo de ganzúas.

Con paso apresurado, procurando no pisar fuerte, aunque el linóleo amortiguaba las pisadas, los dos se dirigieron hacia proa por el corredor. Se adelantó Richard, asomándose en el cruce. Nadie a la vista. Hizo una señal a su compañero, y continuaron avanzando. El silencio, la soledad y la acción que iban a cometer, exponiéndose a salir malparados por no llevar armas, alteraban los nervios.

Súbitamente se detuvieron a la vez: acababan de oír un rumor extraño, como de personas que forcejeasen. Escucharon una maldición y luego un quejido, siguiéndole el ruido de la caída de un cuerpo.

Ladd y su compinche se miraron desconcertados. Entre las pocas buenas cualidades de Richard Ladd tenía la del valor. No era hombre dado a retroceder, aunque el enemigo le fuera superior en número o las circunstancias le fuesen adversas.

Paso a paso, con un pañuelo negro cubriéndole la faz, se adelantó, pegado a la pared izquierda. Llegó al punto donde el corredor se bifurcaba en ángulo recto. Asomando la cabeza cautelosamente, pudo ver el otro pasillo.

Experimentó un sobresalto al distinguir en el piso un cuerpo humano, y dos sombras que huían al fondo, desapareciendo por otro corredor transversal. El caído lanzaba ayes apagados.

Richard Ladd no era un criminal. Nunca había asesinado, limitándose a defender su propia vida cuando sus enemigos pretendieron matarlo a traición. Tenía un falso concepto de la vida

y del honor, pero en su corazón quedaban buenos sentimientos. Y, por ello, al ver en mal estado a un semejante, a sabiendas de que lo más conveniente sería volver al camarote y aparentar ignorancia, con el fin de no encontrarse metido en un atolladero y tener que dar explicaciones a los detectives de a bordo, él corrió hacia el caído, a socorrerlo. Finnetey siguió a su jefe.

Tendido en el suelo, boca arriba, yacía un hombre de unos cuarenta años, cuyas ropas estaban tintas en sangre y desgarradas; en el linóleo, una gran mancha roja de color oscuro. Rápidamente, Ladd se quitó el pañuelo que le servía de antifaz y se lo entregó, con las otras cosas, a Finnetey, diciéndole:

—Tira todo esto al mar. Di a los otros que suban a sus camarotes, y tú te metes también en el tuyo, y a dormir. Aquí se va a armar un lío de mil demonios.

—¿Y tú? —preguntó Finnetey, preocupado—. Lo mejor será dejarlo aquí y largarnos. Nosotros no tenemos que ver nada con esto.

—Respira todavía, y tal vez se pueda salvar. Haz lo que te he dicho. ¡Pronto! Yo prepararé una coartada. ¡Ah, sí! Ve al cuarto de Magda y dile que si le preguntan algo sobre mí, confiese que me esperaba. Ella me servirá de pretexto. ¡Date prisa, y que no te vea nadie! Yo ganaré tiempo.

Finnetey se alejó a cumplir las instrucciones del jefe, que no perdía la serenidad ni en los momentos de mayor apuro. Ladd se convenció a la primera ojeada de la clase de arma empleada por los asesinos: el puñal. Habían actuado silenciosa y eficazmente. De no ser por aquella verdadera casualidad, no habrían encontrado el cadáver hasta que los encargados de la limpieza no hubieran acudido al amanecer.

Abriéndole la chaqueta, se cercioró de la gravedad de las heridas: el vientre estaba acuchillado por dos veces.

Al intentar tomarlo en brazos para llevarlo a su camarote, el herido abrió los ojos, centrando su mirada desvaída en el cercano rostro de Ladd. Tenuemente dijo, balbuciendo:

—Déjeme quieto. Sé que estoy herido de muerte —hizo una corta pausa, como para recobrar aliento—. ¿Es usted norteamericano?

—Sí —repuso el joven, extrañado de la pregunta. Sentía correrle

por los dedos la sangre del malherido—. Diga: ¿quién ha sido?

—No lo sé. Llevaban pañuelos. Me importa más me escuche. Usted es norteamericano —dijo de un tirón, sacando fuerzas de donde no las había, tal vez debido a la fugaz lucidez de la agonía—. Usted tiene que ayudarme. Soy del

F. B. I.,

agente especial Floherty. Custodiaba a John, John Larsen, que va en serie nueve. Vi a dos que querían entrar. Me cogieron y... arrastraron. Has... ta... aquí... John necesita protección. Dígle que se cuide. Proté... ja... le... usted..., por nuestra... pa... tria.

La última sílaba escapó con su postrer suspiro. Su cabeza se torció sobre el brazo del joven, que estaba asombrado de la revelación ¡John Larsen! ¡*Suite* nueve! ¡Celia Larsen!

Contempló unos instantes, desconcertado, la cara del agente especial del

F. B. I.

Tenía la boca entreabierta y abiertos totalmente los ojos, como si pretendiese ver todavía cuanto le rodeaba. La sangre salía brotándole a borbotones del vientre desgarrado.

Hombre de acción, Ladd decidió en un santiamén la determinación a tomar: una vez muerto aquel pobre hombre, nada se podía hacer por él, y quedarse allí o avisar al detective de la clase primera sería entrar en declaraciones molestas.

De dos ojeadas, al frente y atrás, comprobó que no había nadie a la vista y proseguía el silencio opresor del pasaje dormido.

Sin pérdida de tiempo regresó a grandes zancadas al camarote suyo. Al abrir la puerta, escuchó el timbre del teléfono. Aquella llamada de no sabía quién, complicaría las cosas. Mientras dudaba en cogerlo con las manos manchadas de sangre, el timbre cesó de sonar. El encargado de la centralilla se habría cansado de llamar a un pasajero que no le contestaba, y así lo diría a la persona que había pedido aquel número.

Una vez cerrada la puerta y corridas las tupidas cortinas, dio al interruptor para encender la lámpara. Frente al espejo, en el cuarto de baño, se vio también manchada de rojo la pechera del pijama. Si llegaban a registrar los camarotes, podrían acusarle injustamente del asesinato.

Con sumo cuidado se desnudó e hizo un lío con el pijama,

consiguiendo que el piso no se manchase. A continuación se lavó las manos en el lavabo y dejó que el agua de los grifos siguiese corriendo. Luego abrió la claraboya que había en la pared izquierda del camarote, y por allí arrojó al mar la prenda que podría conducirlo a la silla eléctrica, siendo inocente.

El resto de la noche lo pasó en duerme vela, con pesadillas, meditando otras veces en las palabras del herido. Dos hombres con pañuelos lo habían apuñalado. ¡Heady y Tuke llevaban pañuelos como antifaz! ¡Celia Larsen no le había hablado de ningún hombre que llevase su apellido, en el barco! ¿Quién habría estado llamándole por teléfono?

Despertó de un sueño inquieto, cogido al amanecer, a causa de unos golpes dados en la puerta de su camarote. Maquinalmente dio al interruptor para mirar la hora en su reloj de pulsera: eran las nueve. Como continuasen los golpes, dijo en alta voz:

—¡Voy!

Se levantó a abrir. Un individuo grueso, de fofa sotabarba, entró, sin quitarse el sombrero; detrás, un oficial del transatlántico. El primero notificó, sin más preámbulos:

—Vengo a registrar sus habitaciones, con autorización del capitán. Esta noche ha ocurrido un asesinato, y estoy haciendo las averiguaciones pertinentes.

—¡Un asesinato! ¿Esta noche? —exclamó, y preguntó Ladd, fingiendo asombro.

El oficial aclaró atentamente:

—Suponemos que haya sido gente de la clase tercera, porque se encontraron cloroformizados a los encargados del ascensor y las escaleras. Sin embargo, hay que cumplir con el deber y buscar alguna pista.

—Comprendo, comprendo —asintió el joven—. Pueden registrarlo todo de arriba abajo, señores. Si encuentran la pistola asesina, no me carguen la culpa. Yo estuve durmiendo.

—No fue una pistola, sino con un cuchillo, señor —notificó el oficial, cayendo en la trampa que le había tendido Ladd, para disimular mejor—. El capitán comprende que es enojoso este registro para ustedes, pero el detective se empeña.

El aludido detective estaba, mientras tanto, registrando todos los muebles y rincones del dormitorio y del cuarto de baño. Richard

encendió un cigarrillo calmosamente, tras invitar al oficial, y sentóse al borde de la cama, bostezando estrepitosamente. De reojo observó que el detective examinaba con detenimiento el lavabo. Por llevar a cabo la comedia, preguntó al oficial, en voz baja, dándole mucho misterio a la pregunta:

—¿Quién ha sido el pobre que...?

—El señor Francisco Halloway, un industrial de Boston. Viajaba en primera, solo, y no sabemos a qué achacar su muerte. Sospechamos que sea por venganza, puesto que le dejaron bastante dinero en la cartera.

El detective se enfrentó a Richard, rogándole:

—Permítame que examine la cama.

Sábanas y colchón fueron levantados y examinados.

—¿Conocía usted al señor Halloway? —le interrogó el detective.

—No —repuso el joven—. No sabía que existiera hasta que el oficial me lo ha comunicado. Somos tantos pasajeros que...

—Bien, bien.

El detective y el oficial salieron del camarote, oyéndoseles llamar a la puerta del contiguo. Ladd abrió la puerta del armario y estuvo contemplando un par de zapatos negros, de charol, en el cajón de abajo. Con todo su concienzudo registro, el detective del barco no había adivinado que en las suelas de aquellos zapatos viajaba una fortuna en joyas.

Se lavó y vistió rápidamente. Ardía en deseos de esclarecer varias incógnitas. Ni siquiera se entretuvo en tomar el desayuno, limitándose a sorber una taza de café.

A la centralilla del transatlántico solicitó comunicación con la serie número nueve. Al momento escuchaba la dulce voz de Celia al otro extremo del hilo.

—¿Podremos vernos esta mañana, Celia?

—No voy a salir en todo el día —fue la respuesta, no muy amable, por cierto.

—¿Te ocurre algo?

—Nada. ¿Y a ti?

—Tampoco. Me ha despertado el detective del barco; no sé qué buscaba en mi camarote. Creo que han matado a un pasajero esta noche.

—Ya estuvieron aquí hace un rato. ¿Querías decirme algo más?

—¿Qué te pasa, Celia? ¿Por qué estás tan arisca?

—¿A mí? ¡Nada! ¡Adiós!

Ladd oyó el chasquido del otro aparato telefónico al ser colgado, cortándose la comunicación. Era indudable que a Celia Larsen le sucedía algo, y no bueno. Decidido como estaba a narrar a Celia lo dicho por el herido en la agonía, Richard salió, encaminándose a la *suite* de la joven.

A su llamada tardaron unos segundos en responder, abriendo la puerta. La propia Celia, en salto de cama, y más hermosa que nunca, le recibió. No disimuló su sorpresa al encontrarse frente Ladd.

—¿A qué vienes aquí? —preguntó ella, secamente.

—Vengo buscando a John Larsen —repuso el joven, a media voz.

La reacción de Celia fue intentar cerrar la puerta. No lo consiguió, porque él interpuso el pie habilidosamente.

—Déjame pasar, Celia. Tengo que hablar contigo necesariamente. Traigo un recado para John Larsen. Tú sabrás quien es.

Y apartando suave, pero enérgicamente, a la joven, pasó al lujoso saloncillo de la *suite*, donde no había nadie más. Celia, pálida y nerviosa, cerró la puerta de entrada, y se quedó mirando fijamente los ojos de Ladd, como esperando una explicación. Éste había tomado asiento en una butaca, encendiendo un cigarrillo.

—Siéntate, Celia. He de contarte algo muy importante. Pero primeramente me gustaría saber por qué me has hablado así por teléfono, sin yo haber hecho nada que pueda disgustarte. ¿Estás enferma? ¿Te ha ocurrido algo? Anoche nos separamos tan..., y, ahora, te encuentro tan enfadada, que no sé qué pensar.

—¿A qué has venido? ¿Qué es eso tan importante?

—Dime, ante todo, qué te sucede. ¿Por qué estás así conmigo?

—Si te empeñas, te lo diré —anunció la joven, sin sentarse—. Anoche, después de separarnos, cuando estaba ya acostada, cometí la estupidez de llamarte por teléfono.

—¿Qué querías de mí?

—Hablarte de..., ¡bueno! ¡Tenía ganas de oír tu voz! Y tú no estabas en tu camarote; no cogiste el teléfono. Y a aquella misma hora, según me han informado, fue asesinado ese pasajero de una

forma repugnante.

Al escuchar las palabras de Celia, Richard supo ya quién le llamaba por teléfono cuando él entró en su camarote para quitarse la sangre, y supo también por qué ella estaba tan seria. ¡Ella creía que él había sido el asesino!

Conservando la calma, dijo, serenamente:

—Siéntate, Celia, que sobre eso quería hablarte.

—¿Fuiste tú, entonces? —preguntó ella, sentándose y ocultándose el rostro entre las manos, mientras sus hombros se conmovían por los sollozos.

—No, Celia; no fui yo. ¿Cómo puedes pensar que yo hiciese una cosa así? Anoche, igual que tú sentías deseos de hablarme, porque estabas aún sugestionada por nuestra separación, yo no podía dormir por lo mismo —mintió él, porque no quería revelar el verdadero motivo de su salida nocturna—. Recordaba tus palabras y tus promesas. Me levanté con la idea de salir a cubierta, al mismo sitio donde habíamos estado antes, y allí, a solas, revivir unos momentos tan felices. Pero al cruzar este corredor vi a alguien tirado en el suelo, quejándose.

Y Ladd prosiguió relatando, ahora con verdad, el estado del herido y sus últimas palabras.

Conforme iba narrando, Celia le escuchaba con evidente estupefacción. No pudo decir nada cuando él acabó de contar lo sucedido.

Hubo un silencio embarazoso. Ella le miraba, como hipnotizada, creyéndole, porque daba unos datos muy distintos de los referentes a los franceses que perseguían a Ladd desde el Brasil, según ella creía.

—¡Haz pasar a ese señor, Celia!

La voz de su hermano estremeció a la joven. Por no haberse preocupado en cerrar del todo la entornada puerta que daba a la alcoba de John, éste había oído la conversación. Como somnámbula se puso en pie, y con un gesto invitó a Richard a que la siguiera.

John Larsen estaba acostado, con un libro en las manos. Los dos hombres se encontraron frente a frente, y así permanecieron callados, durante unos momentos, midiéndose y observándose, estudiándose mutuamente. Ambos eran hombres de acción, cada uno a su estilo y con distintos conceptos de la vida, del honor y del

deber. A la primera ojeada, Richard Ladd dedujo que aquél era hermano de Celia, por la semejanza de rasgos y por la edad.

—He estado oyendo cuánto ha dicho —inició John—. ¿Quieres presentarnos, Celia?

Ella hizo la presentación, dando simplemente los nombres, sin más especificaciones. No sabía cómo explicar a su hermano que estaba enamorada de un desconocido.

—Siéntese, por favor —rogó John, amablemente—. ¿Le molestarla volver a contar cuanto le dijo ese agente del

F. B. I.,

anoche? Procure recordarlo bien.

Ladd repitió las palabras del moribundo; sin adivinar por qué, le intimidaba la presencia del hermano de Celia. Al terminar, este último interrogó de improviso:

—¿Quién es usted?

La pregunta tuvo el poder de desconcertar a Richard. Al fin, respondió:

—Soy un ciudadano de los Estados Unidos que ha venido aquí a cumplir un deber: repetir las advertencias de un hombre que estaba muriéndose y debía ser agente del

F. B. I.

¡Nada más! He conocido a Celia, y es lo menos que podía hacer por ella, a pesar de que no me gusta mezclarme en asuntos que no me conciernen directamente.

—¿Sólo lo hizo por Celia? ¿Usted sabía que yo estaba aquí?

—No. Ella no me dijo nada de usted. Yo creía que viajaba sola con su prima Fanny. En cuanto si lo hice solamente por ella, ni yo mismo lo sé. Aquel hombre dijo su apellido y dio este número. Yo respeto la voluntad de un moribundo.

—Él le habló de nuestra patria. ¿Qué sería usted capaz de hacer por la patria, señor Ladd? —preguntó John.

De nuevo dudó Richard, antes de responder:

—¿Por la patria? No lo sé.

Entonces, John Larsen, con gesto de grave preocupación, dijo:

—Necesito ayuda, señor Ladd. Muy poca es la que mi hermana y mi prima pueden darme. Floherty era compañero mío en el Federal Bureau of Investigation, encargado de protegerme hasta Nueva York. Sin él me encuentro en un grave apuro. Mis enemigos están

acechándome.

—¿No es usted bastante hombre para defenderse por sí solo de sus enemigos, señor Larsen? —preguntó Richard, con un leve tono despectivo, pues para él lo más denigrante era la cobardía—. Creí que los

G-men

sabían dar la cara.

La respuesta fue de una contundencia extraordinaria. En lugar de responder de palabra. John Larsen echó a un lado la sábana. Dormía solamente con la chaqueta del pijama. Al aire quedaron sus muslos cortados, envueltos en vendas.

Y luego, quedóse mirando fijamente a los ojos de Richard, que estaba sorprendido. Celia lloraba silenciosamente al ver, una vez más, y en aquella especial ocasión, el estado lastimoso de su hermano.

Richard Ladd, el contrabandista profesional, el aventurero internacional, sintió como si una barrena de hielo le atravesase el corazón. Comprendió entonces, y se arrepintió de sus anteriores palabras.

Callado, con una suavidad respetuosa, él mismo volvió a echar la sábana sobre el cuerpo del desgraciado agente del

F. B. I.

Transcurrieron unos momentos de emoción incontenible.

—Perdóneme —murmuró Richard, avergonzado.

John Larsen tomó una pitillera de la cercana mesita y le ofreció un cigarrillo. Cuando estuvieron fumando, el mutilado rompió el silencio:

—Voy a contarle a usted una pequeña historia, un caso del

F. B. I.

Hace varios meses se me encargó la misión de viajar a Europa, a Viena justamente, en busca de un polaco del que no se sabía más que era apodado «Doctor X». Me acompañaban otros dos agentes especiales del

F. B. I.

Yo llevaba el mando. Este «Doctor X» había vivido durante varios años en Estados Unidos y su labor había consistido en envenenar, de mil formas ingeniosas, a importantes personalidades políticas, militares y hombres de ciencia de nuestro país. Y se sabía que era el

asesino porque, a la hora del entierro, siempre llegaba una tarjeta que decía: «Doctor X», escrita a máquina.

Larsen hizo una pausa en el relato, poniendo en orden sus recuerdos. Prosiguió en seguida:

—Envenenaba a las víctimas enviándoles licores o consiguiendo, no se sabe cómo, la complicidad de algún criado para verter mortales dosis en los alimentos que tomaban los sentenciados. Las autopsias revelaron que se trataba de envenenamientos. Las tarjetas indicaban que el asesino, aparte de buscar algún fin determinado en el campo de la política internacional, era un loco redomado, sádico, orgulloso de su inteligencia para burlar a la Policía. Si no hubiese enviado las tarjetas, había sido más difícil descubrir que todos los asesinatos estaban encadenados. El

F. B. I.,

tomó cartas en el asunto y tuvo la suerte de hacer confesar al ayuda, de cámara de un conocido político envenenado, el soborno en dinero que le impulsó a verter un poderoso veneno en el café de su señor. Contó que un hombre de unos cuarenta años, alto, fuerte, con gafas, de pelo y bigote negro, le había entregado cinco mil dólares. Rápidamente, uno de nuestros expertos en dibujo, siguiendo las indicaciones del ayuda de cámara, fue consiguiendo un retrato del misterioso «Doctor X». Sospechamos de todos los extranjeros y de quienes habían adquirido la ciudadanía norteamericana últimamente. Las fichas comenzaron a ser examinadas; se hizo una selección y, por fin, descubrimos que un hombre de esas señas, de origen polaco, acababa de salir en un transatlántico para Europa, para El Havre. Entonces fue cuando yo recibí el encargo de perseguirlo y conseguir traerlo a Estados Unidos.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó Richard, sumamente interesado en el intrigante caso.

—Peter Vasilew. Mis dos compañeros y yo tomamos un avión, y en El Havre le esperamos. A su llegada, lo seguimos, pues llevábamos orden de vigilarlo primeramente para descubrir sus relaciones y averiguar así de dónde partía el ataque contra nuestra nación. En París cambió de nombre y le seguimos los pasos hasta Viena, donde se alojó en la zona inglesa. Era indudable que poseía documentaciones falsificadas de todas clases. Estrechamos la

vigilancia, no lo dejábamos de noche ni de día, y cuantos se relacionaban con él eran vigilados por la Policía militar británica en la zona. Alguien cometió una indiscreción, o hubo la delación de algún espía entre nosotros, porque una noche..., una noche le seguimos los tres en un coche. Él iba delante, en otro, acompañado de otras tres personas. Entraron en una casa medio derruida por los bombardeos durante la guerra. Echamos pie a tierra y saltamos los muros. Nos recibió una descarga cerrada de balas. Los dos míos cayeron, después de eliminar a uno de ellos. Yo maté a otros dos, y cuando como loco subía por una escalera, creyendo que el «Doctor X» estaba en el piso superior, se conoce que él había bajado antes por otra escalera posterior, y desde abajo, por detrás, me segó las piernas con una ráfaga de ametralladora. Si aún vivo es porque se engañó, creyendo haberme matado. Yo perdí el conocimiento. Después me contaron que la Policía militar, al oír el tiroteo, había acudido prontamente. Del «Doctor X» no quedó ni rastro.

Al callarse John, Celia tomó la palabra.

—El

F. B. I.,

me avisó de lo que había sucedido a mi hermano. Fui a Viena y me lo encontré entre la vida y la muerte; había perdido mucha sangre. Hasta que los médicos no le dieron de alta, no consentí ponernos de regreso a Estados Unidos.

—¿Usted sabía que Floherty le custodiaba durante el viaje? —preguntó Richard a John.

—No. Le conocía de una vez que actuamos juntos en San Francisco. ¡Una gran persona! Imagino que no se presentó a mí por temor a que yo estuviese vigilado por la gente del «Doctor X» y lo viesen en mi compañía.

—¿Qué puede querer ahora de usted ese «Doctor X»? Usted ya no significa peligro para él.

—Él creyó haberme dejado muerto. En el hospital estuve escoltado. Él se enteraría de que aún vivía yo, y me tiene sentenciado, para que no relate con detalles mi investigación cuando llegue a Washington. El caso es que no sé qué puede preocuparle de mí. En Viena fracasaron los agentes especiales que nos sustituyeron. Yo les di mis informes, y allí están todavía sin haber conseguido descubrirle la pista. A partir de aquella noche

desapareció como por ensalmo, según me han contado.

—¿Qué escribes, entonces, en esa memoria que estás haciendo?

—le preguntó su hermana, que continuaba pálida como un cadáver.

—Mis recuerdos, detalles, nombres, deducciones, por si acaso pudieran servir de algo. No creo que tengan importancia como para seguirme, creo yo. Además, no tienen por qué saber que estoy escribiendo una memoria.

—¿Quiénes conocen su estancia en este camarote?

Celia contestó por su hermano:

—Nosotros no se lo hemos dicho a nadie. Y hasta John consiguió del capitán del barco que su nombre no apareciese en la lista de pasajeros.

—Muy extraño es esto —murmuró Richard—. Es indudable que anoche venían a entrar aquí. Se encontraron con el agente Floherty, y al tener que matarlo y llegar yo, se asustaron y huyeron. Pero continuarán con su idea de...

—Ayuda a mi hermano, Richard —imploró Celia.

—¿Puedo confiar en usted, señor Ladd? —preguntó John—. Si los veo venir, no me dan miedo, porque debajo de la almohada tengo un revólver. Sin embargo, si se valen de cualquier ardid, sin piernas, ¿qué podré hacer? Mi gusto sería que ni Celia ni Fanny salieran del camarote, no por mí, sino por ellas mismas; me temo las utilicen para amenazarme. Estoy solo. ¡Quisiera tener confianza en alguien!

—En mí puede tenerla, señor Larsen —afirmó Richard—. Yo le ayudaré.

—¿En todo, a costa de lo que sea?

—Cuando un hombre de mi clase da una palabra, la cumple, aunque le cueste la vida. Para mí la muerte no tiene gran importancia. La realidad es que no le tengo gran simpatía al

F. B. I.,

y a la Policía tampoco, pero tengo por norma ayudar al débil, y más cuando lleva razón. ¡Usted confíe en mí!

—¿No sería conveniente explicar todo esto al detective? Conseguiríamos que custodiasen la puerta hasta la llegada a Nueva York —propuso la joven.

—Sí —admitió Richard—, se conseguiría guardar a tu hermano, porque alejaría a los individuos esos. Yo vi a dos, de espaldas y de

lejos, y no pude reconocerlos. Floherty dijo que llevaban la cara tapada.

John Larsen meditó durante un rato la proposición de su hermana. Al cabo, comentó:

—Es tanta mi ansia por averiguar quién es el «Doctor X», que sería capaz de ofrecer mi vida con tal de conseguirlo. Si se monta una guardia a la puerta, les quitamos la ocasión de que se atrevan a intentar otra vez el golpe. Y a mí me gustaría recibirlos con el revólver.

Ladd se convenció de que John Larsen era un hombre valeroso, dedicado por entero a su profesión. A partir de aquel instante, a su compasión por él se unió una simpatía especial. John Larsen y él eran iguales, con distintos rumbos en la vida.

—Estoy con usted, señor Larsen. No hay por qué tener miedo. Podremos tenderles una buena trampa y hacerles «cantar». Nada de contar todo esto al detective; lo arreglaremos nosotros solos. Ya tengo preparado el plan. Ahora bien: en adelante, los alimentos que usted tome han de ser de plena garantía. Tendrá que comer conservas únicamente, y beber agua del grifo. Si ellos ven que no pueden entrar aquí, es indudable que vienen a buscar algo que ellos estiman valioso, por eso no le han envenenado ya utilizando al camarero de servicio; lo intentarían, tratarían de envenenarlo si el «Doctor X» viaja también en esté barco.

—De completo acuerdo, señor Ladd. ¿Cuál es su plan?

—Me apostaría la cabeza a que por la noche no vuelven a intentar nada; no hay duda alguna que el detective recorrerá ahora los pasillos en vez de irse a pasar la guardia donde no debe. Tendrían que matarlo y después forzar esta puerta, puesto que ellos supondrán que usted se habrá enterado de la muerte de su compañero, como habrán supuesto también que usted y él estaban de acuerdo. Por tanto, no osarán matar a un detective y forzar una puerta, detrás de la cual les espera un agente del

F. B. I.,

armado. Le saben sobre aviso. Utilizarán otro medio y durante el día. En consecuencia, durante el día yo no saldré de aquí; estaré escondido, y usted prevenido. Hasta casi sería mejor que las mujeres estuviesen todo el día fuera.

—Acepto su plan, señor Ladd.

—¿Por qué no se lo decís al detective y al capitán del barco? —preguntó Celia, temiendo que los dos hombres se expusieran a morir.

—Tú no puedes comprender mis deseos, Celia —repuso su hermano—. Sería un gran triunfo cazar a esa gente antes de llegar a Nueva York. Una vez allí, será arduo encontrarlos. Por lo pronto, voy a enviar una comunicación a mi Cuartel General en Washington. La llevarás tú misma a la cabina del radiotelegrafista. Voy a decirles que salgan del puerto apenas el transatlántico se acerque a Nueva York. Este barco servirá de cárcel a esos criminales.

—¡Envíe a Fanny a poner ese radiograma o bien utilice el teléfono! No me agradaría que Celia se arriesgase a... ¿Dónde está Fanny? —interrogó Richard.

—Salió antes de venir tú. El señor Finnetey la citó para una partida de tenis a primera hora de la mañana. ¡Están muy «tontos»! —comentó Celia.

—¿Muy tontos? ¡Felices ellos!

Pese a la preocupación, Celia sonrió a Richard por sus palabras. Ella volvía a tener confianza en aquel hombre, al que apenas conocía. Estaba satisfecha de no haberse engañado respecto a él.

Se hallaba John Larsen extendiendo el radiograma, cuando sonaron unos golpes a la puerta.

—¡Será Fanny! —dijo Celia, acercándose a abrir.

En lugar de Fanny apareció la figura vulgar del detective de la clase primera. Entró como siempre, con el sombrero puesto y dándose aires de importancia.

—Antes entró usted en mi camarote sin quitarse el sombrero —le recordó Ladd—. No me importó porque yo no exijo galanterías de los hombres, pero ahora, sí; ahora se quitará usted el sombrero, porque hay una señorita delante.

El detective enrojeció como la púrpura y se tragó una palabrota. No obstante, se dejó la cabeza al descubierto, mostrando una calva más que regular. Estrujando el ala del sombrero con la mano izquierda, se encaró con Richard Ladd:

—A usted justamente venía buscando, jovencito —notificó hostilmente.

—Aunque usted bien pudiera ser mi abuelo, quite el tratamiento

de jovencito, y recuerde que ha de llamarme señor Ladd. ¿Para qué me buscaba usted?

El detective, un policía de la Metropolitana de Nueva York, que mediante recomendaciones había obtenido el puesto en el «King Edward», quitándoselo a otro compañero más eficaz, encajó malamente la burla de Ladd.

—¿Dónde estuvo usted anoche?

Richard puso cara de asombro, ganando tiempo para pensar la respuesta.

—¿Dónde iba a estar? ¡En mi camarote, durmiendo! No recuerdo exactamente a la hora que me retiré, pero.

—Anoche, desde esta serie le llamaron a usted por teléfono. Usted no lo cogió. Me lo ha dicho la telefonista. ¿Dónde estaba usted?

—Durmiendo; tengo un sueño muy pesado, ni un elefante, ni aunque usted pasase por mi lado, me despertaría. Me ocurre desde la «más tierna infancia» —aseguró, burlonamente, el joven.

—¡Miente usted!

Oírse llamar mentiroso y echarse encima del detective, todo fue uno, ya no le faltó más que agarrarlo del cuello. Con los verdes ojos centelleantes de cólera, le escupió a la cara:

—¡Usted es un imbécil! Con todo su cargo, usted no puede decir que yo miento. Demuéstrelo o cuando lleguemos a Nueva York tendrá que dar cuentas a sus jefes. Notificaré, además, que es usted el culpable de ese asesinato, por no haber estado donde debía.

—¿Cómo sabe usted que yo no estaba en mi puesto?

—Porque no le creo cómplice de esos asesinatos.

Reconociendo el detective que llevaba las de perder con Richard Ladd se dirigió a Celia.

—¿Por qué se llamó desde aquí a este señor, a tan altas horas de la noche? ¿Quién fue? Según me han dicho, era voz de mujer.

—Fui yo misma —repuso la joven con entereza, sin asustarse, después de ver la osadía de Richard.

—Y ¿por qué llamó usted a esas horas al señor Ladd?

—Porque es mi novio —fue la serena respuesta, que dejó asombrados a su hermano y al propio «novio».

Satisfecho, y orgulloso de la aseveración de Celia, él intervino en tono zumbón:

—¡Cuanto siento, querida, estar tan dormido! ¡Me perdí escucharte por teléfono! ¡Oír tu voz divina en la oscuridad del dormitorio! ¡Hubiese sido morir de amor infinito! ¡Nunca me lo perdonaré! —Y dirigiéndose al detective, con expresión de enamorado bobo—: ¡Si usted supiera lo que es el amor! ¿No ha amado nunca?

El detective se encogió de hombros, malhumoradamente, y salió sin decir más, dando un portazo.

John Larsen se echó a reír, y Celia, reaccionando de su asombro ante la desfachatez de Richard, separó la mano que le tenía cogida.

—¿Preparados para la espera, señor Larsen? —preguntó Richard.

—Sí; estoy de completo acuerdo con su plan. ¡Dios quiera que se les ocurra venir! ¡Los cazaremos a gusto!

—Celia: recuerda lo que te he dicho de los alimentos. En cuanto venga Fanny la envías al almacén, y que elija ella misma las conservas. Nada de pan ni de nada que no venga envasado ni ofrezca garantía. Ahora ya vuelvo a mi camarote; he de hacer unas gestiones. Dentro de una hora vendré aquí para todo el día.

La perspectiva de estar con la joven durante tanto tiempo alegró, por anticipado, a Richard Ladd. Cada vez le gustaba más la deliciosa y bella millonaria.

EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!
Publica:
F. B. I. - PROEZAS . NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

JUEVES, A LAS OCHO DE LA MAÑANA



ICHARD estaba deseando terminar de afeitarse y arreglarse para ir en seguida a la *suite* de Celia. Había estado allí el día anterior, hasta las once de la noche, sin que hubiese ocurrido novedad alguna. Fueron horas de placer, en realidad, a pesar de permanecer encerrado. La simpatía de John Larsen y la encantadora presencia de su hermana habían conseguido convertir una misión pesada en agradable pasatiempo.

Cuando, el día anterior, había salido a media mañana de la *suite* de los Larsen, alegando que debía hacer algunas gestiones, fue para entrevistarse con sus secuaces. No creía que Heady y Tuke pudieran

ser los asesinos de Floherty, el agente especial del

F. B. I.,

mas no se fiaba mucho de Heady, hombre sin dinero, que no reparaba en nada con tal de conseguirlo. Ellos dos llevaban también la cara tapada, con la orden de cloroformizar a los encargados del ascensor y de las escaleras.

La entrevista con ellos demostró que ninguno de los dos sospechosos había sido culpable de la muerte de Floherty. Dieron toda una serie de descargos, siendo el más importante la imposibilidad física de realizar simultáneamente ambas tareas: la cloroformización de los empleados y el asesinato. A ellos dos y a Finnetey les encargó anduviesen ojo avizor, curioseasen y observasen a los pasajeros de la clase primera, pues entre ellos estaba el asesino. Cualquier detalle sospechoso, por insignificante que fuere, debían transmitírselo a él.

Con disgusto, recordó también a Magda. Se le hacía cada vez más insoportable. Ella no podía creerse que él rompía en serio sus relaciones. Le había rogado y suplicado para que la perdonase y la hiciese compañía en su *suite*. Como él era esperado por los Larsen, se negó, sin disculparse; siquiera, y sin decir tampoco lo revelado por el moribundo Floherty ni su alianza con John Larsen. A ninguno de sus secuaces les dijo nada sobre este particular. Cuando le hablaron del dinero que necesitaban para salvar a George, los diez mil dólares, él les engañó, exagerándoles los peligros que encarnaría un robo después del asesinato: los detectives estarían alerta durante la noche.

Al terminar de vestirse, Richard tomó el teléfono, pidiendo comunicación con la *suite* de los Larsen. Se puso Celia al teléfono.

—Buenos días, Celia. ¿Cómo estás? ¿Cómo estáis?

—Bien: sin novedad —se oyó la voz de ella, en tono de dicha—. Estoy esperándote. Iba a llamarte; no lo hice antes porque eres tan dormilón, que...

Los dos jóvenes se echaron a reír, recordando al burlado detective.

—Voy ahora mismo, Celia.

Apenas había colgado el teléfono, cuando volvió a sonar. Lo cogió rápidamente, creyendo que a Celia se le había olvidado decirle algo.

—¡Dime!

—¡Hola, Richard! —Era la voz de Magda—. Como estás tan ocupado ahora —recalcó lo de «ocupado»—, te he llamado temprano para cogerte en la cama.

—¿Qué deseas?

—Verte. En cuanto te vistas, ven aquí.

—Lo siento, Magda; pero me va a ser imposible. He de hacer muchas cosas hoy. No podré verte hasta la noche, ya a última hora, si tanto necesitas verme.

—¿Qué cosas son esas? —preguntó ella, endureciendo la voz.

—¿Quién eres tú para pedirme cuentas? ¡Lo nuestro ya acabó, Magda! No varío nunca mis decisiones. Hace un buen día, en el barco viaja gente rica, y no te faltarán «flirteos».

—No quiero nada de ellos; te quiero a ti. Me he enterado que ayer pasaste todo el día con esa millonaria. Y por lo visto, hoy vas a hacer igual. Me imagino que no estaréis jugando a las cartas en su cuarto. ¿Vas con ella?

—Y a ti, ¿qué te importa?

—No me irrites. Richard, que soy capaz de echarlo todo a rodar —dijo ella, comenzando a excitarse.

—No me amenaces. Magda. Sabes que no me gustan las amenazas, y no las consentiré. Como me hagas una jugada, soy capaz de partirte el alma, si es que la tienes.

—No decías eso antes. Ella si tendrá alma y corazón, y todo porque tiene dinero, claro está. Ya sé yo lo que tú vas buscando, y a mí que me parta un rayo. ¡No lo consentiré!

Asqueado de Magda, de sus voces y de su histerismo, Richard se limitó a colgar el aparato. Nunca había hecho caso de las palabras de Magda; ella nunca osaría enfrentársele, porque sabía de sobra cómo las gastaba.

El mal humor que ella le provocara se lo desvaneció la presencia de Celia al entrar en su *suite*.

—¡Hola, Richard! —saludó ella, mirándole gozosamente. Estaba rendidamente enamorada, y no tenía malicia para disimularlo.

—¡Hola, cariño! —Correspondió él, en voz baja, mirando de reojo la puerta entornada de la alcoba de John, y le cogió una mano besándosela ardientemente.

Ella se estremeció al contacto de los labios. Como buscando

refugio de una tormenta amorosa, se apresuró a penetrar en la alcoba de su hermano, volviéndose para decir a Richard:

—¡Pasa! John está despierto hace rato.

La acogida de John también fue cordial en extremo. Tenía sobre la colcha un cuaderno de cuartillas cosidas por la cabecera.

—Siéntese, amigo. Un día menos de viaje. Esperemos a ver si se deciden a actuar hoy. Mientras tanto, le ruego que lea estas páginas; son mis memorias respecto al caso del «Doctor X». Como yo las he escrito, no observo nada de gran importancia en ellas, y tampoco llego a obtener alguna consecuencia práctica, por más que las releo.

Richard tomó el cuaderno y sentándose en una butaca, junto al lecho, comenzó a leer. Fanny estaba arreglándose en el cuarto de baño, y allí entró también Celia. El mutilado fumaba en silencio, con los ojos cerrados.

Fue un instante de confusión cuando llamaron a la puerta. Celia salió a abrir, en tanto que su hermano empuñaba el revólver y Richard se colocaba detrás de la puerta, entornada, que les separaba del saloncito. John le había ofrecido un revólver, y el contrabandista no lo aceptó, alegando que prefería atacar sin armas, para no tener luego que rendir cuentas a la justicia.

Haciendo oído, escucharon el saludo atento del camarero de servicio, portando el desayuno. Los dos hombres al acecho respiraron. Se oyó ordenar a Celia que dejase el servicio en el saloncito.

Larsen pidió a su hermana que le sirviese café. Richard se opuso terminantemente. Antes que los otros pudieran impedírselo, se apresuró a arrojar el brebaje por el desagüe del lavabo.

—De lo que trajo Fanny, tomen un bocado. Si ese «Doctor X» es tan de cuidado como estoy leyendo en esas memorias, le creo capaz de no importarle envenenar a dos mujeres, con tal de matar a un agente del

F. B. I.

Transcurrió media hora después del desayuno. Reinaba una especial tensión en la lujosa *suite*. Por las ventanas penetraban los rayos solares, disipando en parte la enrarecida atmósfera. Fanny se mordía los labios constantemente; estaba nerviosa, sentía miedo. Realmente, los nervios de todos estaban excitados. Es más difícil saber esperar que atacar.

Como truenos resonaron unos golpes en la puerta de entrada. Las mujeres miraron interrogativamente a los hombres. Richard pidió con la vista el parecer de Larsen, y éste comentó en voz baja:

—¿Quién podrá ser a estas horas? El camarero no suele venir a recoger el servicio del desayuno hasta más tarde. ¿Esperabais vosotras a alguien? —preguntó, dirigiéndose a las mujeres.

Ambas negaron con un movimiento de cabeza, Ladd, deseoso de verle cuanto antes los dientes al lobo, aconsejó:

—Vamos a ello, con calma. Abre tú, Celia; que te acompañe Fanny, como si ella estuviera ocupada en leer o algo parecido. Procurad no demostrar que estamos preparados. Dejad esta puerta entornada para oír lo que os diga quien sea. ¿Preparado, John?

El mutilado tenía ya en la mano, bajo la colcha, el revólver, dispuesto a escupir su carga mortífera en dirección a la puerta.

Tratando de aparentar serenidad, las jóvenes salieron al saloncito. Pegado a la puerta, Richard. Él no tenía miedo; nunca lo había sentido, aun encontrándose en situaciones adversas.

Se oyó el ruido del pestillo de la puerta de entrada al ser desechado. Y al instante, la voz de Crow sonó:

—¡Buenos días, Celia! ¿Cómo estás? ¿Te ocurre algo? Ayer no te vimos por ningún sitio, ni siquiera a la hora de la cena. Perdóname que haya venido a esta hora intempestiva, pero estaba algo preocupado por ti. Ya sabes que me interesas mucho.

Su tono era festivo, su modo de hablar era el habitual, siempre atropellando las palabras con una locuacidad desorbitada.

—¡Hola, Crow! —repuso Celia, con acento de firmeza—. ¡No me ocurre nada de particular! Trastornos naturales de la travesía, y Fanny ha estado conmigo para que no me aburriese. ¡Pasa, hombre! Te agradezco la visita y tu interés.

Detrás de la puerta, inmóvil, Richard tuvo que aguantar las largas parrafadas de Crow. Más que nunca lo encontró frívolo y estúpido. Habló de vestidos, de los pasajeros, del tiempo, contó unos chistes, no dejó de lanzar unos requiebros a Celia y, por último, la conversación recayó en el tema que aquellos días ocupaba a todos los pasajeros del «King Edward»: el asesinato de un tal Halloway, al que nadie había tratado, ni siquiera conocido de nombre.

Por lo que el cretino de Crow manifestaba, los detectives

andaban locos buscando alguna pista. Sus esfuerzos resultaban infructuosos, y prestaban toda su atención a los pasajeros de la clase tercera, que sumaban cerca de un millar.

Eran las once de la mañana cuando Crow se despidió, diciendo alegrarse de no haber encontrado enferma a Celia. Su salida fue un respiro para los moradores de la *suite* número nueve.

Celia penetró en la alcoba de su hermano, después de haber cerrado la puerta de entrada, puesto que el camarero había vuelto en aquel intervalo.

—¡Estaba nerviosísima! —Manifestó—. Siempre que me ve, me pregunta por ti. Mete las narices en todas partes y es un perfecto chismoso. Desde chico tuvo ese defecto.

—Desde que nació fue un solemne memo —afirmó John, guardando nuevamente el revólver debajo de la almohada.

Las mujeres volvieron al tocador, John Larsen tomó una novela, y Richard continuó leyendo las memorias del agente especial del F. B. I.

Habrían transcurrido unos quince minutos, cuando sonó insistentemente el timbre del teléfono. Celia salió del cuarto de baño, cruzó la alcoba de su hermano, por detrás de Richard, y pasó al saloncito. Desde su sitio Richard no podía verla, pero sí oírla.

—¡Diga!

—Sí, yo soy. ¡Ah! ¿Cómo está usted?

—Bien, bien. No. Sí. Dentro de diez minutos.

—Sí, allí estaré. ¡Hasta ahora!

Se escuchó el «clic» del aparato al ser colgado, y Celia entró en la alcoba, con expresión de inquietud, diciendo:

—He de salir un momento. Resulta que un antiguo cliente nuestro ha visto mi nombre en la lista de pasajeros, por una casualidad, y desea verme para hablarme de un negocio muy importante, según dice él.

Aquella explicación no satisfizo a Richard en absoluto, porque notó el interés de la joven en no mirarle a los ojos. No podía hacer otra cosa que oponerse verbalmente:

—Hay que andarse con mucho cuidado, Celia. No creo que se atrevan a tenderte una trampa, pero sería mejor que Fanny te acompañase.

—No —se apresuró a replicar ella—. Fanny ha de permanecer

aquí, por si John necesita cualquier cosa. Tú no podrías ayudarle, y ella ya lo entiende.

Durante la ausencia de Celia, Richard estuvo intranquilo. Adivinaba que algo iba a ocurrir y le desesperaba la incertidumbre aquélla. Él hablaba a veces de sus corazonadas, de su intuición, y casi nunca se solía equivocar. Aquella llamada.

Terminó de leer la memoria de John Larsen, sin apenas haberse enterado ni meditado la última parte. John le preguntó:

—¿Deduce usted algo? ¿Qué le parece?

—Muy interesante —repuso maquinalmente el Joven—. No obstante es necesario releerlo y desmenuzar los sucesos para hilvanarlos de forma distinta a como usted lo ha hecho. Eso lleva tiempo y...

—Escuche, Ladd: Confío en usted. Me ha bastado su gesto de no querer un arma cuando llamaron anteriormente y verle en esa postura que tanto me recuerda las enseñanzas en la Academia del F. B. I.

en Quantico[2]. Diga lo que diga, usted es un hombre de lucha. Hasta tiene aire de hombre de presa. Creo conocer a las personas. Algo extraño observo en usted. Sé que mi hermana le está tomando un gran afecto y, cuando ella lo hace, será con razón. El instinto femenino acierta frecuentemente a seleccionar. Le agradecería que estudiase usted esos papeles con detenimiento. ¿Por qué no se los lleva y esta noche los repasa con cuidado? ¡Guárdeselos! No, no me los devuelva; guárdeselos. Ya me los devolverá mañana.

Los dos cambiaron impresiones acerca de los personajes que aparecían en las memorias, tema que absorbía por completo la imaginación del agente del

F. B. I.

Les interrumpió la llamada a la puerta de entrada. Rápidamente, los dos tomaron las posiciones de la vez anterior, dispuesto a defenderse. Fanny no quería abrir; el miedo no la dejaba ni hablar.

—Seguramente será Celia advirtió Richard para animarla.

Y Fanny quedó medio convencida y salió del saloncito, pero antes de abrir, preguntó en alta voz:

—¿Quién es?

Ladd no oyó la respuesta; sintió un ruido del pestillo. Bajo el dintel de la puerta de la alcoba apareció Celia. Venía pálida,

mordiéndose los labios y con señales de haber llorado. Aún quedaban uñas lágrimas en sus largas pestañas. Respiraba hondamente. Mirando con fijeza a Richard, como si pretendiese llegar a su pensamiento, le dijo sombríamente:

—¡Salga ahora mismo de aquí! ¡Salga! ¡No quiero volver a verle en toda mi vida!

—¡Celia! —exclamó Richard, asombrado.

—¿Qué es eso, Celia? ¿A qué viene eso? —preguntó John, medio incorporándose en el lecho.

—¡Salga, he dicho! ¡Márchese de aquí para siempre, si no quiere que llame a...!

—¡Explícate, Celia! —le rogó Richard, recuperándose de su sorpresa.

—No tengo nada que explicarle, «señor Ladd». ¡Márchese y pregúnteselo a su queridísima Magda no sé cuántos! ¡Váyase!

Aquellas frases produjeron el efecto de un rayo sobre el contrabandista. Sí Magda había hablado, a él no le quedaba nada que hacer con los Larsen. Empeñarse en defenderse y dar explicaciones, serla inútil. ¡Celia Larsen no podría comprenderle! Ella pertenecía a la buena sociedad, y él sólo era un «paira elegante».

Velada la faz por una gran tristeza, se volvió hacia John, despidiéndose concisamente:

—¡Buena suerte señor Larsen! Si alguna vez me necesita, llámeme. Pese a cuánto la diga ahora su hermana; yo me había propuesto ayudarle lealmente.

Salíó de la alcoba y de la *suite*, dirigiéndose como un somnábulo a la cubierta de proa. Necesitaba respirar aire fresco y estar a solas. Entonces se dio perfecta cuenta que estaba enamorado ciegamente de la bella millonaria, no por su dinero, sino de ella aunque hubiese sido pobre. Castigar a Magda por su traición, no serviría de nada. Los hechos no podrían desvirtuarse.

Durante media hora permaneció apoyado en la borda; con los ojos cerrados, sintiendo el soplo de la brisa en sus sienes. El pulso se le fue serenando y le entraron ganas de emborracharse. Quería estar lejos del mundo para estudiarse el proceso espiritual que en él se estaba efectuando.

Bajó a su piso, y al llegar a la puerta de su camarote, se la

encontró entreabierta. Supuso primeramente que estaría dentro el encargado de la limpieza.

Penetró en el interior; no había nadie, y tampoco en el cuarto de baño. Al pasar junto al armario, vio medio sacado el cajón interior de la derecha, donde guardaba los zapatos. Adivinando lo ocurrido, con un velo rojo enturbiándole la vista, revolvió los pares de zapatos que allí había.

¡Los de charol no estaban! ¡Alguien le había robado las joyas!

A Richard nunca se le pudo ocurrir que alguien le robase. A él, a Richard Ladd, ¡nunca!

Su anonadamiento se tornó en desesperación al saberse burlado en todos los sentidos. Reaccionó como era de espejar en un hombre de su carácter y condiciones.

A grandes zancadas salió del camarote. Recorrió el *hall*, la sala de conciertos, el comedor, la cubierta de popa. En el castillo de proa se tropezó con Finnetey. A la primera ojeada comprobó que Finnetey no había tomado parte en el asunto, pues se adelantó hasta él, con su habitual expresión de respeto y cordialidad, preguntándole:

—¿Dónde andabas, Richard? ¿Has estado en las calderas apaleando carbón? Te llamé por teléfono y no me contestaste. Celia Larsen, ¿no? —De pronto, al darse cuenta de la expresión siniestra de su jefe, cambió de tono, preguntando—: ¿Qué te sucede, Richard? ¿Cómo es que tienes esa cara? ¿Ha ocurrido algo malo?

—¿Dónde está Magda? ¿La has visto?

—Sí; hará un cuarto de hora, en la piscina. Allí estaba luciendo su figura y repartiendo sonrisas a granel entre los admiradores.

Sin explicarle nada, Richard le volvió la espalda, dirigiéndose hacia la bajada al ascensor, que le conduciría a la piscina.

Cuando él penetró en el caliente recinto, divisó a primera vista a Magda, sentada a una de las mesas, rodeada de tres admiradores en bañador, como ella, y entre los que se hallaba el envarado Eliot Hough.

AL ver a Richard, ella, involuntariamente, delató su propia culpabilidad: se quedó pálida, y sus pupilas expresaron inquietud, aunque al momento quiso disimular, celebrando a carcajadas el chiste que acababan de contarle.

Aquellas carcajadas locas se las cortó Richard de repente, al

ordenarle secamente, como quien tiene autoridad para hacerlo:

—Magda, vístete en seguida. ¡Vamos!

La joven morena, realmente hermosa en el *maillot* anaranjado, fingió no haberlo oído, y se puso a charlar con Eliot, dando la espalda a Ladd. Éste no se arredró. Golpeando levemente el hombro de la que había sido su novia, la obligó a volver la cabeza.

—¡Vamos, Magda; no me hagas esperar!

Y al terminar de hablar, ostensiblemente, se miró el bolsillo derecho de la chaqueta, donde llevaba metida la mano del mismo lado. Ella cayó en la trampa, creyendo que Richard le estaba apuntando con una pistola. Como la traición no carecía de importancia, Magda se encenó perdida. Suponía rabioso a su antiguo novio, y le creía capaz de apretar el gatillo allí mismo, jugándoselo todo a una carta. En silencio, sin responder, se levantó de la silla. Conforme los otros dos se callaron, Eliot Hough intervino hoscamente, dirigiéndose a Ladd:

—¿También aquí? ¡Es usted un...!

—¡Métase en lo que le importe! —le atajó Richard, ásperamente; no estaba para dar explicaciones.

Por segunda vez, Hough perdió la serenidad; le hería sobre manera quedar en ridículo ante la gente:

—¡Estoy harto de consentirle impertinencias, Ladd!

—Y yo de verle la cara. Estoy deseando pisar tierra firme para quitársela de una vez. Ya sabe a lo que refiero. Lo de la otra noche está en pie, y no crea que va a escaparse.

Richard Ladd era un hombre acostumbrado a la pelea y a la violencia. Despreciaba íntimamente a todos aquellos que guardaban las formas sociales, y no le importaba mostrarse descarnadamente duro. Esta dureza y el gesto sombrío de su rostro animaron a Magda a obedecerle. Ella no ignoraba que con Richard no se podía jugar impunemente, porque acostumbraba a tomarse la justicia por su mano.

Despidiéndose de sus admiradores con una fría inclinación de cabeza, se encaminó a las cabinas para vestirse. A la puerta quedó Richard, esperándola.

Y cuando Magda salió, la acompañó en el ascensor. Al salir al octavo piso, ella preguntó:

—¿Adónde me llevas? ¿Qué quieres de mí? ¡No sé por qué has

hecho esa escena en público; no le conviene a mi reputación!

—A tu reputación hace tiempo que dejó de convenirle algo que fuese bueno. Vamos a tus habitaciones. Tenemos que aclarar algunos, puntos.

En la *suite* de Magda había una doncella haciendo la limpieza.

—¡Márchese! —le ordenó Ladd.

Luchando por disimular su miedo, Magda encendió un cigarrillo. Él se lo quitó de un manotazo, aplastándolo entre la suela del zapato y la alfombra.

—¡Richard!

—Deja de adoptar posturas. Conmigo no valen —y, acercándose a ella y taladrándola con la mirada, le preguntó—: ¿Dónde están las joyas?

Magda era una gran comediente, más a Richard no podía engañarlo. Su asombro no fue tomado en cuenta. Él la cogió de la muñeca derecha y la zarandeó bruscamente.

—¿Dónde están? Tú eres la única que conocías el escondite, en los zapatos de charol.

—¡Yo no las tengo!

—Magda, estás perdiendo facultades. Ya no sabes ni mentir bien. Si no me dices ahora mismo dónde están, te acordarás de mi por toda la vida. Estoy dispuesto a hacerte confesar, y no repararé en nada. ¿Me entiendes bien? ¡En nada!

La joven imaginó lo que le aguardaba. El temor la hizo perder resistencia, y cedió antes de sufrir las graves consecuencias de un mutismo obstinado.

—Yo no las tengo; no las quería para mí. Sólo deseaba hundirte, porque estaba muy celosa de esa millonaria. Encizañé a Heady y a Tuke. Heady no te aprecia ni respeta, y Tuke es un bestia, que se fía del último que le habla. Les dije que tú pensabas dejarlos en la estacada en cuanto llegásemos a Nueva York. Ellos me creyeron.

—¿Dónde está Heady? —preguntó él, sin que la expresión siniestra de su faz variase.

—No lo sé. En cuanto les dije lo de los zapatos, salieron y no he vuelto a verlos. ¡Te juro que yo no tengo las joyas!

Richard no demostró su credulidad o incredulidad, sino que hizo una nueva pregunta:

—¿Por qué llamaste a Celia Larsen? Sé que me vas a decir que

los celos te impulsaron a hacerlo. Querías romper lo que hubiese entre, ella y yo; lo sé. Pero no llega a comprender qué buscabas tú con revelarle que yo era un contrabandista, un fuera de la ley.

—A ti —aseguró ella, vibrando en su acento el amor que aún sentía por Ladd.

Él se la quedó mirando despreciativamente, hasta con algo de conmiseración.

—Lo que tienes de hermosa, lo tienes de estúpida. ¿Cómo has podido pensar que un hombre de mi laya podría volver a ti, después de haberle perjudicado? ¿Te imaginaste por un momento que yo era un mequetrefe, como esos que te asedian? ¡Me das pena y asco a la vez, Magda!

V soltándola con brusquedad, salió de la *suite*. Pareció no oír los sollozos de Magda. Su propósito inmediato era buscar a Heady; con él no tendría contemplaciones, lo destrozarla hasta pulverizarlo materialmente a fuerza de golpes.

Fue al camarote de Heady y al de Tuke. No le abrieron. Sospechando que estuviesen dentro, precaviéndose de la venganza, Richard buscó entonces a Finnetey, hallándolo, al fin, en la pista de *tennis*, contemplando a las jugadoras, cuyas blusas eran agitadas graciosamente por la brisa marina.

Llamándolo aparte, le expuso sucintamente lo ocurrido. La traición de los otros puso frenético a Finnetey.

—Necesitamos abrir sus camarotes, ver si están ellos y registrar todo de arriba abajo —afirmó Richard.

—Ahora mismo, jefe. Voy por las ganzúas, y en un abrir y cerrar de ojos estaremos dentro. ¡Valientes canallas! ¡Heady es una mala víbora, a la que hay que aplastarle la cabeza da un pisotón!

Lograron entrar, sin despertar sospechas, en los camarotes de Heady y de Tuke. No encontraron a nadie dentro. Revolvieron muebles, cajones, ropa, todo, pero las joyas no aparecieron. Miraron debajo de las alfombras, en el desagüe de la cañería del lavabo, por si estaban escondidas en una bolsita pendiente de un hilo, y nada hallaron. La búsqueda había durado más de media hora.

—¡Hay que encontrarlos! —exclamó Richard.

—Esos «bichos» estarán por ahí, medio escondidos, pretendiendo esconderse hasta llegar a Nueva York. No desearán otra cosa que la arribada al puerto y poner pies en polvorosa. Pero es indudable que

en algún lugar del barco tienen que estar. Podemos indagar cada uno por un lado —propuso Finnetey.

Juntos salieron del camarote de Tuke y se separaron en el corredor, tomando distintas direcciones. Richard se dirigió al *hall*. El espacioso salón también muy concurrido a aquellas horas, no albergaba a los traidores. El joven se acercó a la gran chimenea de piedra labrada, rodeada de un grupo de pasajeros. Tampoco estaban entre ellos.

Al entrar en el *fumoir*, se oyó la voz de un «botones», gritando:

—¡Señor Richard Ladd! ¡Señor Ladd!

Sorprendido, Richard se aproximó a él:

—¡Yo soy! ¿Qué hay?

—La señorita Larsen desea verle urgentemente, señor. Estoy buscándole desde hace un rato.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Richard, experimentando un ahogo que nunca había sentido, como si un mal presentimiento le asaltase la mente.

—No sé, señor. En la centralilla me encargaron que lo buscase. Que era muy urgente.

Corriendo, atropellando a los pasajeros que no se apartaban a tiempo de la trayectoria de la avalancha humana, Richard corrió a la *suite* número nueve. Estaba cerrada la puerta. Llamó con los nudillos.

La puerta se abrió, apareciendo en primer término la calva del detective.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven.

El detective estaba pálido y masticaba un habano apagado. Con un gruñido, contestó:

—Pase y verá.

En el saloncito estaba el capitán del «King Edward». Al verle, Richard tuvo la evidencia de la terrible verdad. Paso a paso fue hasta la puerta de la alcoba de John Larsen; el detective le seguía, observándolo fijamente.

Empujó la puerta. Celia y Fanny lloraban. John Larsen parecía dormido en su lecho, con un rictus de dolor en la boca. La sábana le subía hasta los hombros.

Al oír la puerta, Celia levantó la mirada; su faz estaba demudada. Se puso en pie, sollozando, y corrió a refugiarse en el

pecho de Ladd, que la abrazó cariñosamente.

—¡Richard! ¡John, Dios mío! ¡Lo han matado, Richard! ¡Lo han matado!

—¡Celia, Celia! —exclamó él, sin saber cómo consolarla. No hallaba palabras de alivio, no podía haberlas.

Por encima de la cabeza de la joven, cuyos cabellos rozaban el mentón de Ladd, éste mantenía clavada la vista en el cadáver de John Larsen, con ojos cargados de una profunda tristeza. Poco había sido el trato con el agente especial del

F. B. I.,

pero había llegado a admirarle. John fue quien a él le hizo pensar lo que antes nunca, se le ocurrió. Tan grande era el entusiasmo del hermano de Celia por su arriesgada profesión, en beneficio de la Patria, con tanto calor hablaba siempre del

F. B. I.,

y de sus investigaciones y peligros, que Richard Ladd había comprendido el gran error de su vida. Tenía el rumbo equivocado. Desde pequeño, Richard amó la aventura, odiando la vida sedentaria. En la sangre no llevaba instintos criminales; por ello, se dedicó al comercio clandestino de productos valiosos, al contrabando de joyas especialmente, burlando las Aduanas de las naciones en un juego peligroso que él consideraba un deporte. Nunca había, matado más que en defensa propia, resultando siempre absuelto ante los Tribunales de Justicia. Despreciaba el robo, y si estuvo a punto de cometerlo en el barco, fue por salvar a un hombre que le era fiel.

El asesinato de John Larsen le tenía anonadado. Una firme determinación penetró en su mente. No le importaba que Celia hubiese renegado del amor en ciernes. ¡John Larsen había sido un valiente, y él admiraba la valentía! Si el

F. B. I.,

fracasaba, él tomaría la iniciativa.

—¡Calma, Celia! ¡Ya no se puede hacer nada por él! —dijo a la joven, apartándola suavemente.

Eran tan angustiosos sus sollozos, tan débil parecía bajo el peso del dolor, que Richard comprobó la fuerza del amor que aquella mujer había despertado en su corazón. Supo entonces que la amaba y la amarla siempre, aun sin ser correspondido.

Se aproximó al lecho. Lentamente levantó la sábana que tapaba el cuerpo de John Larsen; en el pecho tenía tres puñaladas.

Cubrió el cadáver hasta ocultarle la cabeza. Volviéndose hacia Celia, que no dejaba de llorar, preguntó:

—¿Qué has decidido? Sería mejor que se lo llevarsen de aquí. Puede esperar hasta la llegada a Nueva York —y como viese que Celia iba a oponerse, pretendiendo tal vez conservar el cuerpo de su hermano en la *suite* durante el resto de la travesía, él insistió—: Haz caso de mi consejo, Celia. Reza por él cuánto quieras, llora cuánto tengas ganas, pero no lo tengas aquí; sería peor.

Hizo una seña al capitán, indicándole que podía ordenar se lo llevarsen a algún camarote o sala destinada a ese menester. El detective, interrogó:

—¿Podría usted darnos alguna idea sobre lo ocurrido, señor Ladd?

El aludido se quedó mirando al detective, tratando de descubrir la verdadera intención de la pregunta. No descubrió malicia en ella.

—Sólo sé lo que la señorita Celia pueda haberles dicho. Ya sabrán que era un agente especial del

F. B. I.

Le recomiendo a usted se tome gran interés por descubrir a los culpables. Ingénieselas para no tener que presentarse con las manos vacías a los del Federal Bureau, of Investigation cuando lleguemos a puerto.

Momentos después dos marineros retiraban el cadáver, seguidos del detective y del capitán. Celia quiso seguirlo. Ladd se lo impidió:

—No, Celia. Él ya no está con nosotros. El cuerpo no significa nada. Serénate, y tú también, Fanny, y contadme lo sucedido. ¿Cómo ha sido posible esto?

Transcurrieron unos minutos hasta que Celia consiguió hilvanar sus recuerdos y pensamientos. Entrecortadamente, sollozando todavía, narró:

—Esta mañana me llamó Magda, como ya sabes. Me contó quién eras y a qué te dedicabas, y, y las relaciones que a ella te unían. Al principio no me lo creía, pero me dio tantos detalles y pruebas que tuve que convencerme. Regresé fuera de mí, herida por tu engaño y herida en mi amor. Malo era conocer tus actividades, pero era peor para mí conocer tus amores con otra mujer. ¡Fingiste quererme! Te

eché de aquí, dispuesta a olvidarte. Te habías burlado de mi amor.

Richard la interrumpió:

—Al principio de conocernos, admito que sí, Celia. Aquello de mis agresores en el *sundeck* fue una comedia con el fin de interesarte. Pero anoche, Celia, anoche te hablaba con sinceridad. No es momento éste para tratar de nosotros. Más adelante tendremos tiempo. Sigue contando.

—Apenas te marchaste, John me exigió explicaciones. Le conté toda la verdad. Y en entonces me dijo que esas acusaciones podrían ser ciertas, pero que tú tenías buena madera, así lo dijo, y estaba seguro que nunca le serías traidor. Habló de su conocimiento de las personas, y hasta me aseguró que te llamaría otra vez. Me disgusté con él porque estaba disgustada conmigo misma. Estuve en mi alcoba, llorando, mientras Fanny la leía un libro de los suyos. Sonó el teléfono. Salí corriendo a cogerlo, porque esperaba que fueses tú, dándome explicaciones. Una voz de hombre me dijo que hablaba en tu nombre. Aseguró que te encontrabas en un aprieto y me necesitabas. Nos encontraríamos en la clase tercera, abajo, en el corredor que une la sección de proa con la de popa.

—¿No reconociste esa voz? ¿Cómo era?

—No, no la reconocí. Y yo estaba tan contenta de que tú me necesitases, aun siendo para un apuro tuyo, que no se me ocurrió pedirle más explicaciones. Colgué, y se lo dije a John. Él se rió, burlándose de mí. «El apuro suyo es el de todo enamorado que tiene la primera regañina con la novia. Hazle venir, no seas tonta. El pasado no ha de tenerse en cuenta al amar. Sólo importa el presente y el futuro», me dijo, con buen humor. Al verme dispuesta a salir sola, se entercó en que Fanny me acompañara. Yo no quería. Me convenció de que, si al salir nosotras, cerrábamos la puerta con llave, y siendo de día, nada podría sucederle. Bajamos Fanny y yo a la clase tercera. En el corredor no estabas. Supuse que te habías retrasado, y decidimos esperarte un poco. A los diez minutos, como no acudías, volvimos a subir. Y al entrar en la *suite*.

Celia cesó de hablar; no podía. Se le helaban las palabras en los labios por la emoción del recuerdo y del sufrimiento al revivir unas escenas tan horribles. Richard la animó a proseguir:

—¿Cómo estaba?

—Tirado en el suelo, ya muerto, empapado en sangre.

—Y ¿el revólver?

—Debajo de la almohada está. Se conoce que no tuvo tiempo de cogerlo siquiera.

—¿Había algo revuelto? ¿Señales de haberse efectuado un registro precipitado?

—No; todo en orden. Vinieron exclusivamente a matarlo.

—Entonces, no saben los asesinos que dejó unas memorias. Las tengo en el bolsillo, todavía.

Hubo una corta pausa tras las palabras de Ladd. Éste meditaba, notificando al cabo:

—Esas memorias nos servirán de cebo para agarrarlos. Llama ahora mismo al detective.

—Él no puede hacer nada, no vale como policía, Yo quisiera ponerlo todo en manos del

F. B. I.

—Tal vez sea tarde entonces. En cuanto al detective, es cierto que no sirve para nada; pero ahora lo utilizaremos. ¡Llámallo por teléfono!

Así lo hizo ella, y cuando el detective se presentó en la *suite*, Ladd le dijo:

—La señorita Larsen me ha revelado que su hermano dejó terminada una memoria de sus actividades en Europa como agente del

F. B. I.,

relacionadas, sin duda alguna, con sus asesinos. A usted le interesa quedar bien con el

F. B. I.

Habíamos pensado que sería conveniente hacer correr la voz de que existen unos documentos acusadores. Los asesinos perderán la serenidad y al llegar a Nueva York tratarán de desaparecer de alguna forma furtiva. Nosotros le pendremos un «radio» al

F. B. I.,

a fin de que esté preparado en el puerto apenas arribemos. Cuando un asesino pierde la serenidad, comete muchas tonterías, ¿no está usted conmigo?

—En efecto, así es —convino el detective, en tono doctoral.

—Entonces sería conveniente que usted manifestase a algunos de los pasajeros que está seguro de apresar, con ayuda del

F. B. I.,

a los asesinos, porque John Larsen dejó escritas unas memorias. Claro está, de sobra sabe usted que habrá de darle cariz secreto a la información. A la hora, lo sabrá todo el mundo, ¿no le parece?

—Cierto, cierto. Me parece muy bien. Ahora mismo voy a ponerlo en práctica.

Y tras extenderse en unas cuantas explicaciones de orden investigador y hacer unas deducciones que a nada conducían, se marchó.

—¿No te importa el qué dirán de la gente al enterarse de que estoy metido aquí a todas horas, Celia?

—No, Richard; ya no me importa nada, excepto llevar a la silla eléctrica al asesino de mi hermano, al «Doctor X».

—Sien, Celia. Antes que se extienda la noticia, voy a recoger unas cosas en mi camarote. Vendré pronto.

Estaba ya con la mano en el pomo de la puerta, cuando sonó el teléfono. Fanny lo tomó, diciendo seguidamente a Richard:

—Es para usted, señor Ladd.

El joven se puso al aparato.

—Soy Ladd. ¡Diga!

—¡Richard! Ya tengo a éstos en mi camarote. Vente por aquí en seguida. No te olvides de decirle a la señorita Larsen que siento lo de su hermano. Acabo de enterarme. Y a Fanny muchos recuerdos —era la voz de Finnetey, con su característico tono simpático.

—Ahora mismo.

En el camarote de Finnetey se hallaban Heady y Tuke, de espaldas a un mamparo y con los brazos en alto. Detrás, sentado en una silla y fumando, Finnetey, apuntándoles con una automática.

—Aquí tienes a los «pollitos», jefe. Se enteran en negar que tengan ellos las joyas. Considero necesaria una loción de estacazos.

La llegada del boss provocó un pánico enorme en el hercúleo Tuke, que confesó:

—Yo no fui, jefe. Me convencieron entre éste y Magda. Me dijeron tantas cosas, que me volvieron la cabeza del revés.

—Yo voy a ponértela en su lugar —amenazó Richard.

—¡Calla, bestia! —ordenó Heady a su compañero de traición.

—Mete a ése en el cuarto de baño, Finnetey, y déjame a solas con Tuke. Tuke es un buen muchacho, y si está arrepentido, no hay

por qué castigarlo.

En cuanto Tute se vio libre de la presencia de Heady, se volvió, de frente a Ladd, confesándole muy asustado:

—Las tiene él, jefe. Las lleva en el bolsillo interior de la americana, en el de la derecha. Entre Magda y él me...

—Bueno, bueno, Tuke; ya sé bastante. Eso es agua pasada. Tú recordarás que nunca me porté mal contigo. Nadie está exento de tropezar y caer.

—¿Qué quiere decir exento, jefe? —preguntó el bruto de Tuke, contento por haber sido perdonado, y volviendo a hacer famosas preguntas.

—Finnetey te lo explicará después. Yo no dispongo ahora de tiempo.

Y Richard se asomó al cuarto de baño, avisando a Finnetey:

—Tráelo.

Nuevamente en la alcoba. Heady intentó seguir negando a la acusación de Ladd. Éste no insistió más de palabra, sino que, quitándose la chaqueta le retó:

—Puedes bajar los brazos, y defenderte. Voy a darte la mayor paliza que recibiste en tu vida. Finnetey: colócate en la puerta, y no consientas que se escabulla. Sería capaz de irle con el cuento al capitán.

Heady cometió la equivocación de aceptar la pelea. Él también se quitó la chaqueta, y apenas la había dejado sobre la cama, Richard la agarró para entregársela velozmente a Finnetey.

—En el bolsillo de dentro van las joyas.

Un rugido de rabia se escapó de los labios de Heady, al verse burlado de tal forma. Con el pensamiento puesto en la pelea que se le ofrecía, había olvidado por un instante el botín que llevaba en la chaqueta.

Locamente se lanzó contra el jefe, con los puños levantados. No llegó a utilizarlos, pues Ladd le descargó un puntapié al vientre en cuanto lo tuvo al alcance. Y antes de que pudiese recobrar el equilibrio, se le echó encima, acorralándolo en un rincón y machacándole la cara con una lluvia de puñetazos.

No era hombre Heady para enfrentarse a Richard Ladd, consumado maestro en toda clase de deportes, sobresaliendo en boxeo y lucha. Heady era el típico pistolero: escandalosamente

trajeado, fumador impenitente, bebedor hasta caerse borracho y enemigo de los ejercicios físicos que le cansaban y le exigían disciplina y sobriedad.

Viendo las de perder, se llevó la mano diestra al bolsillo trasero del pantalón, en busca de la pistola que allí portaba. Con la rapidez de una serpiente atacando, el brazo de Richard se movió en el aire, haciendo sus dedos presa en la muñeca de Heady, y retorciéndosela.

Heady creyó que un torniquete de acero le inmovilizaba el brazo y le descoyuntaba el hombro. Cayó de rodillas sobre la alfombra, aullando de dolor. Ladd, en pie, le sacudió un golpe a la nuca con la mano rígida. El traidor dio una sacudida, quedando tendido en el piso, inmóvil, como si estuviera muerto.

—¿Lo has matado, jefe? —preguntó Tuke; tragando saliva, porque él tampoco pedía competir con Ladd, a pesar de sobrepasarle en peso y estatura.

—No. ¿No ves que está respirando? Échale agua, y en cuanto vuelva en sí, lo tiras afuera. Si se le ocurre armar escándalo, dale tú otra paliza para callarlo. Él fue quien estuvo a punto de meterte en un lío de mil diablos.

Ya en la puerta, dijo a Finnetey:

—Que te digan dónde tienen los zapatos de charol. Metes las joyas otra vez y los guardas tú: en tu equipaje. Ya hablaremos de esto más adelante. Yo estaré en la habitación de Celia Larsen. Si ocurre algo, llámame por teléfono. A Magda le dices que me he muerto. Esa mujer ya no tiene nada con nosotros.

VI

SÁBADO, A LAS ONCE DE LA NOCHE



ESDE el jueves, Celia, Fanny y Richard no habían salido de la lujosa *suite* donde el mutilado agente del

F. B. I.,

John Larsen, fue asesinado cobardemente.

Durante el día del viernes. Richard había dormido solamente unas horas, tras asegurarse que Celia estaría alerta y le avisaría en cuanto oyese algo en la puerta. No tuvieron otra alimentación que las conservas almacenadas.

El sábado transcurrió lentamente para ellos.

Dieron las once de la noche. Fuerte debía ser el oleaje del mar,

pues el «palacio flotante» cabeceaba algo; a toda máquina, el «King Edward» recorría la última parte de su ruta, rumbo a Nueva York.

Sentados en la alcoba del difunto John Larsen, Celia, Fanny y Richard permanecían en silencio. Él fumaba pensativamente. Rompiendo la calma enervante, anunció:

—Mañana arribaremos. Estoy extrañado que no se hayan decidido por conseguir las memorias. Si el detective, como dice, extendió bien la noticia, era de esperar un ataque. Tal vez se deba al miedo a ser sorprendidos o a caer en una encerrona. De todas formas, esta noche es la última de la travesía, y si se arriesgan, lo harán de madrugada, con el fin de no tener que esconderse mucho tiempo hasta la llegada a puerto.

—¿Qué vamos a hacer si no vienen? —preguntó Celia, cuya única obsesión radicaba en el descubrimiento de los cobardes asesinos de su hermano.

—No te quedaría otro remedio que confiar en la eficacia del F. B. I.

—Sería mejor eso. Encargárselo a ellos en cuanto pisemos tierra —propuso Fanny, que no deseaba verse frente a los criminales.

—¿Que decía el radiograma que te entregó tu hermano, a raíz de la muerte de Floherty? —interrogó Richard a Celia.

—Avisaba a la División del F. B. I.,

en Nueva York para que apenas fuésemos avistados, salieran a nuestro encuentro en una canoa automóvil, y procedieran al registro de pasaportes y equipajes de los pasajeros antes de que el transatlántico atracase al muelle.

—Si no hay algún contratiempo, la hora de llegada será aproximadamente a las diez, según dijo el capitán. En domingo, y a esa hora...

Se interrumpió súbitamente Richard al oír unos golpes en la puerta de entrada. Fanny y Celia se estremecieron. El reaccionó serenamente:

—Si fuesen ellos, no llamarían. Sal a abrir, Fanny.

—Yo no voy. Sí fueran ellos.

Con una sangre fría admirable, pálido su rostro, de facciones desencajadas por el sufrimiento. Celia se puso en pie, diciendo:

—Yo iré. Tú, Fanny, puedes entrar en la última habitación.

Enciértrate si quieres, echa el pestillo.

Y mientras la pusilánime Fanny se encerraba en su alcoba, Celia salió al saloncito, dando la luz. Richard se quedó detrás de la puerta, entornada, que comunicaba la alcoba de John con el saloncito. Empuñaba en la mano derecha el revólver del muerto.

Oyó el ruido de la cerradura al girar la llave, el suave chirrido de los goznes de la puerta de entrada al ser abierta y la voz de Crow Stringer.

—¡Buenas noches, Celia! Dispénsame que venga a estas horas. Iba a acostarme, pero quise venir antes a verte. No te he visto en todo este tiempo, desde lo de tu pobre hermano. Comprendo tu dolor, y lo comparto. ¡Pobre John! Si me hubieses dicho que estaba aquí yo le hubiera acompañado.

—Gracias, Crow. Pasa. Iba ya a acostarme. Fanny está durmiendo. No tengo ninguna gana de salir. La muerte de John ha sido...

—No pienses en ello, Celia. El canalla ese lo pagará muy caro; nadie escapa a la Justicia. Siendo tu hermano del

F. B. I.,

no quisiera estar yo en el pellejo del maldito asesino.

Desde su sitio, Richard continuó oyendo a través de la rendija la conversación que se deslizaba sobre temas vulgares, mezclados con lamentaciones sobre la muerte de Larsen. Ladd estaba deseando que el cretino de Crow, así lo consideraba él, se marchase y dejase en paz a Celia.

Inesperadamente, la luz se apagó, quedándose la *suite* en tinieblas.

—¿Qué pasa? —preguntó Celia, en alta voz, asustada.

—Sí que es raro este apagón. Voy a ver si también se han apagado las luces del corredor. Tal vez los plomos de esta parte se hayan fundido —dijo Crow.

—¡No abras! —Sintió decir Richard a Celia.

Su indicación fue tardía, pues los goznes de la puerta volvieron a rechinar, penetrando en la serie los acordes de la orquesta que tocaba en la sala de baile, como señal de que en otras partes del barco no se habían apagado las luces.

—¡Cierra en seguida, Crow! —insistió Celia y el pulso de Richard vibró al escuchar a continuación una voz que no le era del

todo desconocida:

—¡Adentro, o tendré que cortarle el gaznate!

¡Alguien había aprovechado la ocasión para entrar en la *suite*!
¡El asesino!

Por la rendija de la puerta entreabierta vio un resplandor móvil, como de una linterna de mano. Las palabras siguientes del recién llegado no dejaron lugar a dudas, a la vez que se oyó el ruido de la cerradura de la entrada:

—Vengo por algo que escribió tu hermano, Celia Larsen. Me lo darás ahora mismo, o tendré que trataros como a él. ¡Pronto! ¡Dame esos escritos!

—No se los daré —manifestó Celia, en tono desesperado—. Esos papeles lo llevarán a la silla eléctrica.

—Os mataré a todos. Nadie me oirá, porque emplearé la misma arma que usé con tu hermano. Si me entregas esas memorias, os podréis salvar. ¡En seguida!

—Por lo que más quieras. Celia, dáselos. ¡Nos va a matar! —dijo Crow, aterrorizado y con voz trémula.

—¡No! —negó la joven histéricamente, deslumbrada por el foco luminoso de la linterna.

Richard Ladd no esperó más. De un empujón con el hombro derecho, abrió la puerta que lo ocultaba, y apareció en el umbral, empuñando el revólver. Distinguió una silueta humana, cuyo rostro se amparaba bajo un pañuelo oscuro.

—¡Manos arriba! —Mandó, en un tono escalofriante.

Durante un instante, Crow y el asesino permanecieron como petrificados, presos del estupor producido por aquella aparición imprevista. Celia se replegó al rincón más apartado de la línea de tiro del revólver y se parapetó tras una butaca.

Súbitamente, la linterna se apagó, quedándose el saloncito otra vez a oscuras. Ladd podía haber disparado seguidamente contra el lugar que ocupaba el asesino, y probablemente lo hubiese alcanzado con un proyectil, pero no quería matarlo, sino atraparlo vivo y hacerle confesar todos sus delitos. Este propósito había fallado, al no prevenir el apagón de luz. Si él hubiera tenido otra linterna.

Acostumbrado al peligro y a encararse con la muerte, arrojó el revólver al interior de la alcoba y dio un salto adelante, en dirección a la puerta de salida. Le interesaba cortar la retirada.

Estaba dispuesto a no dejar escaparse al asesino, costase lo que costase. El asesino no usaría armas de fuego, aunque las llevase, porque las detonaciones alarmarían al pasaje. Su puñal sí era de temer.

Flexionando las piernas con suavidad, dando la espalda a la puerta, se dejó caer y apoyó ambas manos en la alfombra del piso. Tenía tensos los nervios y los músculos, prestos a actuar al menor indicio de ataque.

Y entonces, en las tinieblas más absolutas, se desarrolló una caza encarnizada y a muerte. Richard temía por la suerte de Celia. Si el asesino se apoderaba de ella, seguramente la utilizaría como rehén para exigir la salida franca. Se estremeció de alegría al sentir que unas ropas susurraban al rozarse, sonando seguidamente un portazo y el chirrido de un pestillo al ser echado. Dedujo, por el rumor exagerado de la ropa, que se trataba de Celia, buscando refugio en la alcoba que fue de su hermano. Ya sólo quedaban en el saloncito, Crow, que estaría metido seguramente debajo de un mueble; el asesino, que acecharía en la oscuridad a Ladd, y éste, atento al menor ruido que se produjese.

Richard sabía que el asesino no usaría la linterna para buscarle. Él asesino aún creería que él llevaba el revólver y no se exponería a ser localizado. Como el ataque no llegaba, y el silencio era total, porque hasta contenían la respiración, Richard se fue irguiendo poco a poco maldiciendo los crujidos de las articulaciones, que a él le sonaban como cañonazos. Llevando la mano izquierda atrás, echó el pestillo; al asesino le sería difícil desecharlo en la oscuridad.

Una vez conseguida esta ventaja, si ventaja podía llamarse, el joven se corrió a la izquierda. El conocía minuciosamente la colocación de los muebles, por haber estado allí varias veces y durante bastante tiempo. No cometió la gran equivocación de tropezar con la butaquita que quedaba a un palmo de su frente.

Agachado, de puntillas, pulgada a pulgada, fue avanzando de lado. Sólo un hombre de la entereza suya soportaría la emoción del acecho aquel, un acecho mortal.

Trataba de adivinar, de «ver» lo que el asesino pudiera estar haciendo, y mantenía los ojos entornados, escudriñando las tinieblas por entre las pestañas. No ignoraba que en la oscuridad absoluta los ojos de los animales, incluido el hombre, se hacen más

o menos visibles. Daba preferencia al oído; lo aguzaba para captar el más insignificante roce.

El asesino, desconociendo la situación de los muebles, tropezó, en algo de madera. Se escuchó un ruido sordo. Richard dedujo que el asesino cambiaría en seguida de situación, por temor a ser localizado. Y en lugar de avanzar, el joven se puso alerta con todos los sentidos. Tal como suponía, oyó que una tela frotaba la alfombra, enfrente y a la derecha de donde él estaba.

Fue lo suficiente para lanzarse de un salto, con los brazos extendidos. Con la cabeza chocó contra un hombro humano. ¡Había caído encima del asesino, derribándolo de espaldas! Rabioso, enfurecido, Richard tanteó con la mano diestra hasta agarrar el cuello del contrario, mientras con la izquierda le tocaba el brazo derecho desde el arranque, corriéndola hasta apretarle la mano que asía el puñal.

Un gruñido fiero y una exclamación en idioma desconocido para Ladd profirió el asesino, que estaba debajo, con la espalda pegada a la alfombra, en posición de evidente inferioridad.

Maestro en lucha, el joven retorció el brazo armado del contrario; le hundía el pulgar en la garganta, a fin de asfixiarlo, y se valía de la cabeza como de un ariete para descargarle bestiales golpes cuando intentaba incorporarse.

—¡Ayúdame, Crow! —gritó el asesino, con su voz natural.

¡Era la voz de Hough, del atildado y macizo Eliot Hough! ¡Pedía ayuda a su cómplice, a Crow Stringer, el pecoso insoportable!

—¡Ah, canallas! —exclamó Richard, al descubrir la intriga.

Y aquello sirvió para aumentar su furor y sus fuerzas. Apretaba con ambas manos, enarcando los músculos de la espalda en un esfuerzo aniquilador. Tenía ya al asesino casi reducido, cuando unas manos se la cerraron al cuello y sintió una respiración jadeante junto a su nuca. ¡El cobarde Crow Stringer le atacaba por detrás!

Puso en tensión los músculos del cuello, aguantando en lo posible las tenazas de los dedos enemigos, y él apretó a su vez a Hough con el propósito de dejarlo fuera de combate y hacer frente a Crow.

Así lo efectuó, notando que el asesino no se resistía. Lo soltó, y llevando las manos a lo alto, por encima de su propia cabeza, y de rodillas en el suelo, hizo, a su vez presa en el cuello de Crow.

Y en aquella posición forzada, con la cintura doblada hacia atrás, Richard Ladd realizó una verdadera proeza: aprovechándose de su elasticidad y fortaleza atlética, aseguró los dedos en el cuello de Stringer, curvó su cuerpo en un arco, sacando el pecho, y con un impulso hercúleo levantó a Crow a pulso y lo lanzó adelante, volteándole y arrojándolo fuertemente.

Crow fue a estrellarse contra el mamparo de enfrente, produciendo en seguida un gran estrépito al caer.

Como Richard aún lo oyese rebullir, avanzó, arrastrándose hasta él. Tardó un tiempo precioso en buscarle nuevamente el cuello. A Crow, por su fingida amistad hacia los Larsen, le tenía un odio mortal.

Estaba estrangulándolo, cuando sintió un ruido a su espalda, de alguien que se deslizaba por el piso. Continuaron unos pasos y el ruido del pestillo al ser desechado.

Comprendió en un santiamén lo que sucedía: Eliot Hough había recobrado las energías y se disponía a huir, mientras él estaba luchando con Crow. Abandonando a Stringer, se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta, que ya se abría. En su precipitación no tuvo en cuenta una de las butacas, tropezó en ella, cayó adelante y, al extender la mano, sólo pudo enganchar con los dedos el bolsillo derecho de la americana del asesino. Éste desapareció en el corredor, que aún continuaba a oscuras. Reponiéndose del encontronazo, Richard sorteó el obstáculo y salió a la puerta, llevando inconscientemente el trozo de tela arrancado al traje de Hough. No distinguió al asesino.

Dudó un instante, sin saber si dirigirse a la derecha o a la izquierda. Se decidió por la derecha, y corrió hasta el cruce con el otro pasillo, que sí estaba iluminado. No vio a nadie. Cuando, corriendo también, volvió en sentido contrario hasta el otro cruce, Eliot Hough se había desvanecido en el dédalo de pasillos del transatlántico. Como un sarcasmo, la música de *jazz-band* proseguía, colmando la noche de notas estridentes.

Regresó a la *suite* de Celia. Antes de entrar sacó el encendedor y a su luz observó el saloncito. Las butacas, derribadas; la alfombra, arrugada, y el aspecto miserable del destrozado Crow Stringer eran las huellas del feroz combate realizado.

Vio tirada en el suelo la linterna del asesino. La tomó y la

encendió. De una ojeada pudo cerciorarse que Crow tendría para un rato antes de recobrar el conocimiento. Cerró nuevamente la puerta de salida, echando la llave y el pestillo.

Luego, acercándose a la puerta que daba a la primera alcoba, golpeó la madera con los nudillos, diciendo en alta voz:

—¡Abre, Celia! ¡Soy Richard! ¡Todo acabó ya!

A la blanquecina luz de la linterna, el rostro de la joven apareció demacrado, destacando unas ojeras intensamente azules. Su expresión era de horror y preocupación. Echándose en brazos de Ladd y besándolo repetidamente, le preguntó:

—¿Estás bien, Richard?

—No mal del todo. ¿Sabes quién era?

Ella asintió:

—Sí, lo he oído todo. Estaba con el corazón en vilo. ¿Dónde están?

Ladd enfocó con la linterna al postrado Crow, que comenzaba a respirar con mayor normalidad.

—Hough logró escapar, mientras yo estaba ocupado con éste.

—Necesitamos luz, Richard. Voy a avisar por teléfono a la centralilla.

—Déjalo. Vendrían y no podríamos emplearnos a fondo. Ahora nos interesa aprovecharnos de su debilidad para hacerle confesar cuánto sepa.

Arrastrando de un brazo a Crow Stringer, Richard se lo llevó al cuarto de baño. Entregando la linterna a Celia, recomendó:

—Alúmbrame y no te asustes por lo que veas. Ha llegado el momento de obrar duramente. Ni tus súplicas podrán ablandarme. Tengo presente la muerte de tu hermano, y este perro va a hablar o lo descuartizaré.

Izando a Crow del cuello de la chaqueta, lo abocó al lavabo, y le puso la cabeza debajo del grifo de agua fría. El chorro helado empapó el rojizo cabello, metiéndosele por la espalda.

La reacción no se hizo esperar. Crow abrió los ojos y murmuró unas palabras ininteligibles. Fue saliendo de la región de los sueños y entrando en la vida.

Sacudiéndolo como a un pelele, Richard le empujó hasta la pared y lo sostuvo, para que no se cayese de nuevo.

Esperaron unos instantes. La linterna oscilaba en la mano

temblorosa de la joven, que esperaba una escena cruenta.

Al fin, Crow comenzó a centrar la vista y darse cuenta de cuanto le rodeaba. Quedó prendida su atención de las pupilas amedrentadoras de Richard, que refulgían como gemas. Las palabras le quitaron de los oídos el zumbido que antes los atronaba.

—Crow: te tengo en mi poder. Nadie sabe que estás aquí. Hough ha muerto a mis manos, y tú vas a morir también, si no contestas con la verdad a mis preguntas.

El ardid dio buen resultado. Crow creyó en la muerte de Eliot Hough. Él no había visto el desenlace por estar sin sentido.

—¡No sé nada! ¡Yo no hice nada! ¡Fueron ellos! ¡Yo no maté a nadie!

—Eso lo discutiremos después. ¿Quién es Eliot Hough? ¿Es el «Doctor X»?

—¡No!

La mano derecha de Richard cruzó dos veces la cara de Crow, haciéndole sangrar abundantemente por la nariz.

—¿Es el «Doctor X»?

—¡No me pegue! ¡Diré toda la verdad! ¡Eliot no era el «Doctor X»! ¡Eliot obedecía sus órdenes!

—¿Dónde está el «Doctor X»? ¿Bajo qué nombre se oculta en este barco?

—No está en el barco; está en Nueva York.

—Si mientes te estrangulo de verdad —amenazó Richard, enfurecido, echándole las manos al cuello y apretándole salvajemente.

—¡No! ¡No! ¡No miento, Ladd! —exclamé Crow entrecortadamente, sin poder respirar.

—¿Quién es entonces, Eliot Hough?

—Obedecía al «Doctor X». ¡Lo juro!

—Tú también, claro.

—Yo no he visto en mi vida al «Doctor X» —declaró el amenazado, de una parrafada, al aflojarse la presión de los dedos en su garganta.

—¿Cómo te uniste a Hough?

—Fue en Londres. No lo conocía de nada. Trabamos amistad por vivir en el mismo hotel. Jugamos varias noches al póker, y en la última me ganó todo el dinero que yo tenía, y además quedé

entrampado con él por una gran cantidad, que nunca podría pagarle. Me engañó. Fingió darme una tregua. Me obligó a regresar con él en este barco y a que le presentase a Celia. Él sabía que John viajaba con ella; no sé cómo estaba enterado.

—Él y tú matasteis a aquel hombre en el corredor, y a John Larsen.

—¡No! ¡Yo no fui! ¡Yo no iba con él!

—Fueron dos; os vi matar al del corredor.

—Iba con su amigo.

Sorprendido, Richard preguntó concisamente:

—¿Quién?

—Se llama Robert Schwarz, es polaco también. Entre los dos lo hicieron. Schwarz viaja en la clase primera, con nosotros. Tiene usted que conocerlo. Es un tipo alto, de pelo casi cano.

—¿No será ése el «Doctor X»?

—No; estoy seguro que no es.

—¡Fuiste capaz de no decir nada cuando mataron al pobre John! ¡Canalla!

—Me amenazaron con matarme. Eliot me tenía cogido por la deuda de juego, y luego se sirvió de mí. Como lo de esta noche. Me obligó a venir, mientras el otro quitaba los plomos de esta parte. ¡Maldito sea! ¡Ha sido mi perdición! ¡Yo nunca hice mal a nadie! ¡Celia: tú sabes que yo siempre he sido una buena persona!

—Llama a la centralilla. Celia: que arreglen en seguida los plomos. Y avisa también al detective —indicó Richard a la joven, a la vez que comenzaba a registrar los bolsillos de Crow por si tuviese escondida algún arma.

Mientras estuvieron a oscuras los dos hombres, en el cuarto de baño, el cobarde Stringer no osó respirar siquiera. Le aterrorizaba Ladd.

Celia regresó con la linterna. Prosiguió el interrogatorio, obteniendo algunos detalles más.

Por fin, la luz se hizo, y entonces fue cuando apareció Fanny. Había estado llorando todo el tiempo. A pesar de ser prima hermana de Celia, no tenía su entereza.

—¡Poned en orden las habitaciones! —ordenó Richard a las jóvenes.

Celia regresó al momento, con un papel en la mano.

—Mira lo que he encontrado junto a la puerta da entrada, Richard.

Se trataba de un radiotelegrama recibido en el barco a primera hora de la mañana, según podía verse por las cifras de la parte superior. El texto decía:

«Estaré en 22, Washington Square. Ven en seguida desembarques. Rymill».

Richard lo relejó a media voz. Al oírlo, Crow aseguró, deseando descargarse mediante una confesión espontánea:

—¡Ése es el «Doctor X»! ¡Ahora se hace llamar Rymill! Se lo oí decir a Eliot. Él lo recibió esta mañana; estaba yo delante cuando se lo entregaron. ¡El «Doctor X» tiene varios domicilios!

Richard dedujo que aquel radiograma había salido del bolsillo desgajado de la americana de Hough al huir. Se guardó el papel y condujo a Crow al saloncito, que ya estaba puesto en orden.

Momentos más tarde, el detective llamaba. Ladd le refirió lo sucedido con todo detalle, repitiéndoselo al capitán, que llegó unos instantes después.

El capitán, abrumado por los dos asesinatos efectuados durante la travesía, tomó el teléfono y comenzó a dar órdenes rápidas a sus oficiales, Tenían que encontrar a los pasajeros Eliot Hough y a Robert Schwarz. Crow Stringer sería metido en el calabozo del transatlántico para ser entregado a la Policía neoyorquina apenas arribasen a puerto.

Por su parte, Richard llamó a Finnetey y a Tuke. Ya no le importaba utilizarlos libremente ante Celia y su prima, puesto que ellas estaban enteradas de todo. A Finnetey le encargó buscarse a los criminales por todo el barco, y a Tuke lo puso de centinela en el corredor. El monumental Tuke obedecía como un perro las órdenes del boss, desde que éste lo había perdonado.

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

VII

DOMINGO, DE MADRUGADA



OR las ventanas de la *suite* de Celia Larsen penetraba la luz cenicienta del amanecer, poniendo de relieve el cansancio que reflejaban las caras de sus moradores. Celia, Fanny y Richard estaban sin dormir desde que él logró apresar a Crow Stringer. Temían al asesino Hough y a su compañero. Pese a la gente desplegada por orden del capitán del barco, no habían hallado aún a los criminales. Todas las dependencias habían sido registradas, sin encontrarlos. Richard se desesperaba de aquel fracaso. Se temía que, en cuanto Nueva York

estuviese a la vista, saltasen los asesinos al agua y desapareciesen en el puerto, ayudados por algún compinche o mediante amenazas de muerte. Si lo hacían así, pondrían en aviso al «Doctor X», Se haría casi imposible su captura si huían a cualquier ciudad apartada de Estados Unidos, cambiando de nombres y hasta de aspecto.

Levantándose, Ladd comunicó a Celia y a Fanny:

—Voy a salir a cubierta un rato, a ver si me despejo la cabeza. ¿Me acompañáis?

Las jóvenes, con tal de no quedarse solas, accedieron. A la puerta estaba Tuke, apoyado en la pared, medio dormido.

—Busca a Finnetey. Dile que estoy en el castillo de proa —le ordenó Ladd.

Perlas y nácares parecían ser las aguas del mar al anuncio de la salida inmediata del sol. Comenzaban a destacarse las moles de los rascacielos neoyorquinos, como dados enormes. La estatua de la Libertad aparecía empequeñecida en su base de Bedloe Island. Más al fondo se veían borrosamente los diques, y a la derecha, el edificio grandioso de la Lackawanna Rail Road. La bahía se abría amorosamente al majestuoso e imponente avance del «King Edward». Los faros flotantes, las boyas rojas y los barcos de poco tonelaje, más algunas gabarras se mecían en el suave ondulado del Océano.

—¡Nueva York! —exclamó Fanny, con un suspiro de satisfacción.

Nueva York significaba el oasis de paz, después de una travesía tan agitada por culpa de las ambiciones y los malos instintos de los seres humanos. Los elementos habían sido más clementes que los hombres.

Finnetey golpeó afectuosamente la espalda de su jefe, después de saludar a las jóvenes, con especial deferencia a la regordeta Fanny.

—¿Se sabe algo de éstos, Finnetey? —preguntó Richard.

—Nada, jefe. Como si se hubiesen tirado al mar. No aparecen por ningún sitio. Y los oficiales han trabajado de firme; lo he visto yo.

En aquel momento, el monótono ruido de las máquinas del transatlántico fue decreciendo en intensidad y poco después el barco se detenía.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Tuke.

—El barco estará aquí hasta que vengan los remolcadores y los agentes especiales del

F. B. I.

Nadie podrá bajar a tierra, hasta no descubrirse a los asesinos de mi hermano.

Richard, sin pronunciar una palabra siquiera, cogió del brazo a Celia y la llevó aparte. Apoyado en la borda, anunció:

—Me voy a Nueva York, Celia.

—¿Estás loco?

—El barco permanecerá aquí bastantes horas, y mientras tanto, ese par de criminales pueden escapar. Antes que ellos avisen al «Doctor X» estaré allí.

—No cometas esa locura. ¡Vas a arriesgar tu vida! ¡No puedo consentirlo, Richard! ¿Qué sería de mí si te ocurriera algo?

—¿Tanto me quieres? —preguntó él, notando que el cuerpo de ella se estremecía.

—Con toda mi vida. Richard. ¡No te vayas! Podemos avisar a la Policía, desde aquí dándoles la dirección del «Doctor X». Ellos se encargarán de apresarlos.

—Mientras ellos se deciden a hacerlo y obtienen el permiso judicial y demás papeleos, Hough estará en Nueva York. ¡No! No quiero nada con la Policía. Tu hermano me encargó del asunto. Le di mi palabra y voy a cumplirla, cueste lo que cueste.

—¿Cómo vas a desembarcar? El capitán no querrá poner una lancha a tu disposición.

—No me hace falta. Soy buen nadador y llegaré al muelle; para descansar utilizaré las boyas.

—Van a verte, sin duda alguna. Te detendrán, y mientras te explicas, perderás más tiempo.

—Ya procuraré que no me vean, buceando cuando haga falta. No pases miedo por mí. Estoy decidido a hacerlo.

—¡Richard! —exclamó ella, llorando silenciosamente.

—¿Me esperarás si triunfo?

—Sí, Richard. ¡Te quiero con toda mi alma! ¡Por Dios, no vayas, Richard!

—Iré —afirmó él tercamente—. Escucha, Celia: hoy, al mediodía, a las doce en punto, estaré en la puerta principal del

Museo Metropolitano de Arte. Si quieres ir.

—¿Por qué no vas tú a mi casa?

—No, Celia, Pertenecemos a dos mundos distintos; no iré a tu casa. Yo estaré donde te he dicho.

Apartándose de la joven, Richard se dirigió a Finnetey, que estaba con los otros, a pocos pasos de distancia:

—¿Tienes ahí las herramientas?

Sorprendido de la pregunta, pero sabiendo que el *boss* no hablaba por hablar, Finnetey repuso:

—Sí.

—¡Dámelas!

—¿Qué vas a hacer? Voy yo contigo a dónde sea, Richard Ya sabes que soy catedrático en cierta asignatura que...

—No puede ser. Esta vez te quedarás. Tú y Tuke cuidaréis de ellas. ¡Protegedlas! Dos asesinos aún no han sido capturados.

—Pero ¿adónde vas, Richard? —insistió Finnetey.

—A Nueva York.

—¿Cómo?

—Nadando, simplemente. ¡Cuidad de ellas! Adiós, Fanny; hasta la vista.

Y entonces, tomando en sus brazos a Celia, interrogó:

—¿Estarás donde te he dicho, Celia? ¿No te arrepentirás cuando estés en tu casa?

—Iré, Richard; iré.

La despedida fue un beso casto, de dos almas que se funden al calor de un amor puro.

Richard se separó de su novia y desapareció en el interior del transatlántico.

Unos diez minutos más tarde, cuando el sol comenzaba a aparecer en el horizonte con un resplandor anaranjado, Celia y sus acompañantes vieron desde la borda a Richard, que se alejaba del barco dando poderosas brazadas. Llevaba a la espalda un bulto, algo así como una bolsa. Sus brazos sobresalían, desnudos. Era indudable que había estado en el camarote, desvistiéndose y poniéndose ropa que le dejase libres los movimientos.

—¡Allí va! —señaló Fanny, rezando por lo bajo.

Luego vieron que se hundía en el mar, desapareciendo a la vista.

—¡Richard! —exclamó Celia, asustada y trémula.

—No se preocupe, señorita Larsen —dijo Tuke orgullosamente—. El jefe es el amo en todo, y más en cuestiones del «líquido elemento». Bucea más que nadie. ¡Yo creo que hasta podría echarse una siestecita en el fondo del mar sin necesidad de respirar! ¡Es un «taumaturgo» de primera en cuestiones de natación! ¿Qué té ha parecido, Finnetey? —terminó de decir, esperando con ansia la aprobación de su amigo y «profesor», por las palabritas pronunciadas.

—Bien, hombre, bien; pero cállate, no vayas a resbalar en la sima del Averno.

—¿Qué has dicho?

Las jóvenes no pudieron por menos que sonreír, a pesar de su gran preocupación.

La hazaña de Richard Ladd cuando fuese conocida, alcanzaría grandes alabanzas. Tal como prometió, nadando con diferentes estilos, para descargar determinados músculos, descansando agarrado a las boyas, con sólo una nariz fuera para respirar, y buceando a largos trechos, consiguió llegar a Battery Park, donde hizo pie. Salió en bañador del agua. Arrastrándose furtivamente, para no ser visto por nadie, se escondió entre unos arbustos. Y allí, agazapado, dejó que el agua escurriese del cuerpo, hasta que la impaciencia le hizo sacar de la bolsa que había llevado a la espalda, una bolsa impermeable conteniendo un traje, una camisa y unos zapatos.

Se quitó el bañador, y al rato se adentró en el parque, vestido ya, sin calcetines y con el traje arrugado. Había conseguido cubrir la primera etapa de su propósito. No llamaría la atención de nadie. A los vigilantes sabría cómo burlarlos; no en vano era un contrabandista de primera categoría.

En la misma calle State tomó un taxi, indicándole al chofer lo condujese a la plaza Washington.

Las calles de Nueva York, tan conocida por él, le hicieron recobrar fuerzas. Estaba cansado de andar enjaulado en un barco. Aquel tráfico bullicioso era la Vida, y él amaba la Vida, aunque no le atemorizase la Muerte.

En la esquina de West Broadway con la plaza Washington se detuvo el taxi. Abandonándolo, después de pagar con los billetes que había metido en la bolsa, se encaminó por la acera, mirando los

números de las casas.

No tardó en hallar el número 22. Un letrero, entre otros muchos, decía: «FRANZ RYMILL, químico. Primer piso».

Atravesó el umbral de la puerta y desdeñó el ascensor. Por la escalera subió al piso primero.

Fue leyendo las placas colocadas sobre las puertas, hasta dar con la buscada. Pulso el timbre, sin tomar ningún preparativo.

Tardaron bastante en abrirle. Apareció una mujer de pelo canoso y mal trajeada.

—¿Qué desea? —preguntó la anciana, sin emplear ningún tratamiento cortés al ver que el visitante iba a cuerpo y sin corbata siquiera.

—Necesito ver urgentemente al señor Rymill; se trata de un trabajo importantísimo que le interesará mucho.

—Está arriba, en el otro laboratorio. Y allí no recibe a nadie. Tendrá usted que venir esta tarde.

—He de verlo ahora mismo. Es un asunto urgente que le dejara mucho dinero. Usted, ¿quién es? —preguntó de repente.

La mujer vaciló y tartamudeó:

—Pues, pues yo, yo soy. Yo vengo aquí a hacer la limpieza. El señor Rymill me tiene dicho que no le moleste nadie cuando esté arriba.

—También le habrá dicho que si usted ve que es una cuestión de gran importancia o un amigo suyo, lo deje entrar, ¿no?

—No, señor. Me tiene dicho que si es como usted está diciendo, pues que lo llame por un teléfono interior que tenemos.

—¡Ah, muy bien! Entonces, vamos a hablar por él —dijo Richard con naturalidad, disimulando el nerviosismo que comenzaba a experimentar al olfatear tan próxima la presa.

Y obligando a la mujer a entrar en el piso, penetró en un reducido vestíbulo. Sobre una mesa había dos teléfonos.

—¡Vamos, llámele! ¡Dígale que el señor Eliot Hough acaba de llegar! —indicó Richard a la sirvienta.

Ésta obedeció. Se la oyó decir:

—El señor Eliot Hough está aquí y quiere verle ahora mismo, señor Rymill.

—¡Bien, señor!

La mujer colgó el aparato y se volvió hacia Richard,

notificándole:

—Pues ha dicho que suba usted.

—¿Dónde es?

—En el piso cuarto. Suba usted y ya verá la «chapa».

Más que satisfecho del éxito de su añagaza. Richard Ladd subió la escalera hasta el cuarto piso. En el ala de la derecha halló la puerta rotulada con el nombre de Rymill. Apretó el botón del timbre. Había un ventanillo enrejado, mas él no vio que nadie mirase por él, a pesar de estar atento.

La puerta se abrió a medias. Un hombre alto, de unos cuarenta años, moreno, con grandes entradas en el cabello, y cubierto con una bata blanca bastante manchada, apareció, preguntando:

—¿Quién es usted? ¡Usted no es quien me ha sido anunciado!

—Tuve que dar ese nombre para lograr verle. Pero me envía esa persona que usted sabe —y Richard miró a un lado y a otro del corredor, simulando preocupación por si le oía algún vecino.

—¡Pase usted, haga el favor!

Al final de un estrecho pasillo se hallaron en un despacho, cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de gruesos libros. Una puerta al fondo, cerrada.

—¿Es usted Franz Rymill? —preguntó el joven, aparentando no haberse dado cuenta de la invitación del otro a sentarse.

—Sí, yo soy. ¡Usted dirá!

Richard recordaba la descripción que le hizo John Larsen del «Doctor X», descripción conseguida, a su vez, de un ayuda de cámara: «Un hombre de edad rayana en los cuarenta años, robusto, alto, con gafas, de pelo y bigote negros». El que tenía delante era de elevada estatura, fuerte, alrededor de los cuarenta años, con el pelo negro, pero sin bigote ni lentes.

—Me envía Elliot Hough. Hicimos amistad en el «King Edward», una gran y leal amistad —recalco, sonriendo cínicamente—. Ha tenido un grave contratiempo. Se encuentra detenido, y también otro señor llamado Robert Schwarz. Hemos desembarcado hace menos de treinta minutos, y vine en seguida. Me encargó le dijese que haga usted por él lo que pueda.

El titulado Franz Rymill acusó el golpe malamente. Se le vio palidecer y estrujarse las manos. Ya no le cupo duda alguna a Richard que aquel hombre era el tan buscado «Doctor X». Por temor

a que Elliot Hough hubiera conseguido escapar del barco y se comunicase telefónicamente con su jefe, decidió actuar en seguida.

—Con ellos fue detenido un muchacho llamado algo así como Stringer o Strindberg, no recuerdo exactamente. Acusados de dos asesinatos en las personas de unos agentes del

F. B. I.

Les dieron de puñaladas hasta dejarlos «secos».

—¡Locos, más que locos! —exclamó el «Doctor X», al fin, iracundo.

—¿Por qué?

—Cuando la gente es idiota, no hace más que idioteces —estalló el químico, en una explosión de cólera irrefrenable.

De súbito, el timbre de uno de los dos teléfonos colocados sobre la espaciosa mesa de despacho comenzó a sonar. Malhumoradamente, el «Doctor X» lo tomó, diciendo:

—Rymill al habla. ¡Diga!

En cuanto Richard lo vio cambiar de expresión por un instante, adivinó que Eliot Hough había conseguido escapar con bien del barco. No quiso dejar pensar al criminal. De un manotazo le quitó el auricular, estrellándolo contra el suelo, y a continuación se le echó encima, con el propósito de reducirlo a la inmovilidad.

El «Doctor X» se resistía desesperadamente. Era un hombre corpulento y aguantaba los golpes, retorciéndose con el fin de librarse de los brazos de Ladd. Profería exclamaciones en lenguaje desconocido para Richard.

La puerta que había al fondo se abrió, apareciendo bajo el dintel un hombre con gabardina y sombrero, empuñando un revólver, y diciendo en inglés, con acento extranjero:

—¡Suéltelo!

Ladd maniobró rápidamente: levantando en vilo al «Doctor X», se lo colocó delante, a modo de escudo.

—Si disparas, morirá él antes —avisó, sin demostrar miedo alguno. Interiormente lamentaba su error al no llevar ningún arma.

Retrocediendo con el «Doctor X» por delante, mientras lo sostenía por el cuello con el brazo izquierdo, con la mano derecha fue palpándole los bolsillos. Contuvo un grito de alegría al tocar el bulto duro de una pistola en el bolsillo trasero del pantalón del «Doctor X». Diestramente se apoderó del arma, una automática

moderna.

Por el costado derecho del químico levantó el cañón de la automática, en el mismo momento que otro hombre, también de gabardina y sombrero asomaba detrás del primero, sin arma alguna.

—Llevo ventaja, muchachos —gritó Richard.

Así lo creyeron también aquellos dos individuos, y sin que Richard pudiera prevenirse, se replegaron y cerraron la puerta; se oyó que echaban por dentro el pasador. El Doctor gritó unas palabras en el mismo idioma incomprensible.

—¡Cállate o te estrangulo! —le amenazó Richard, apretándole con el antebrazo izquierdo.

El joven estaba desconcertado por las frases incomprensibles del químico. Intuía que en ellas existía un peligro para él. Temió que el apartamento tuviese otra salida más. Separando al «Doctor X» de sí, le sacudió un golpe en el cráneo con el cañón de la automática, derribándolo al suelo.

Soltó el inanimado cuerpo, para regresar a la puerta de salida al corredor. A todo correr revisó las distintas placas; ninguna hacía mención a laboratorio o profesión análoga.

Volviendo al piso del «Doctor X», halló a éste, tumbado en el piso, inconsciente. Deseando descubrir la incógnita que se encerraba tras la cerrada puerta, se jugó la vida a una carta.

Tomando impulso se lanzó contra ella, con la pierna levantada. Crujieron las maderas y saltaron hechas astillas. A la vez que se dejaba caer al suelo, con la pistola al frente, vio un laboratorio de química. Retortas, matraces, destiladoras, probetas, extraños aparatos e infinidad de frascos ocupando las anaqueleras. En una mesa cuajada de aparatos, uno de los individuos estaba quemando un papel; el otro estaba detrás, empuñando una pistola.

No le dio tiempo a centrar el disparo. Ladd apretó el gatillo por dos veces, desarmando al contrario y arrancándole un grito de dolor al herirle la muñeca.

—¡Quietos! ¡Apaga eso!

Los dos individuos obedecieron. Levantaron los brazos, pero el papel siguió consumiéndose hasta convertirse en cenizas grises.

Como el «Doctor X» comenzase a revivir, Richard retrocedió, sin dejar de apuntar a sus enemigos, cubriendo también con la vista al caído.

—¡Salid y colocaos en aquel rincón!

Con una sumisión ciertamente extraña, cumplieron el mandato del joven.

El «Doctor X» se incorporó, quedándose sentado. Paseó la mirada por la estancia, dándose cuenta entonces de lo sucedido. Volvió a hablar en el exótico idioma hasta que le calló un puntapié de Ladd.

—¡Habla en inglés, perro! Y ya puedes empezar a contar tus fechorías.

—¡Agua! ¡Un poco de agua! —murmuró el químico—. Necesito beber para hablar.

Viéndolo tan decaído, Richard creyó necesario darle agua a beber. Él no podía hacerlo. Mandó al más joven de los secuaces del «Doctor X», el herido en la mano derecha:

—¡Tú, dale agua!

—Aquí no hay. Ahí dentro —señalando el laboratorio.

—Pasa y ándate con cuidado, porque no te perderé de vista. ¡No tardes o tendré que animarte con otra bala!

El aludido penetró en el laboratorio, sin apartarse del campo visual de Ladd. Éste lo vio maniobrar entre los aparatos, abrir un cajón y sacar un vaso. De un gran recipiente de cristal vertió agua en el vaso.

Saliendo de la habitación, el individuo se arrodilló para darle de beber a su jefe.

—¡Gracias! —masculló el «Doctor X» bebiéndose a continuación todo el líquido.

—Tú, a tu sitio —ordenó Richard, y dirigiéndose al «Doctor X»: ¡Póngase en pie y empiece a declarar!

El criminal químico no se levantó, sino que se llevó las manos a la cabeza, como sujetándose las sienes. Con la vista baja, manifestó:

—Poco podré declarar ya. El veneno comienza a actuar en seguida. ¡Era mi veneno preferido! ¡Una fórmula secreta, inventada por mí! ¡Siempre me dio buenos resultados!

Y antes de que Richard intentase siquiera tomar una determinación, el «Doctor X» se retorció por el suelo, profiriendo apagadas exclamaciones con acento doloroso, en su lenguaje desconocido.

Más que nunca, Richard tuvo la tentación de apretar el gatillo de

la automática que empuñaba y aniquilar a aquellos dos individuos que contemplaban la escena con una insensibilidad horrorosa.

Encañonando directamente al joven, le preguntó:

—¿Por qué le has dado ese veneno?

El hombre pareció despertar de su letargo. Con voz grave repuso, sin dejar de mirar al «Doctor X», que estaba en los espasmos de la agonía, una agonía espantosa:

—¡Él era el jefe y él me lo mandó! Le esperaba la silla eléctrica.

Richard Ladd no tuvo sangre para matar a aquellos dos criminales. Observó la postrera convulsión del «Doctor X». ¡El «Doctor X» moría sufriendo tanto o más que sus inocentes víctimas! ¡Gracias a Richard Ladd no saboreaba su criminal triunfo! ¡El

F. B. I.

estaba vengado!

—¡Volveos de espaldas! ¡Levantad más los brazos y apoyad las manos en la pared! ¡Echad los pies hacia atrás! ¡Más! ¡Así!

En aquella posición, los individuos no dispondrían de tiempo para intentar una jugarreta mientras el valeroso joven hablaba por teléfono. Pidió a la Central que le pusieran con la División del

F. B. I.,

en Nueva York.

CONCLUSIÓN

Celia Larsen llevaba un largo rato paseando ante la gran portada del Museo de Arte. Miró su reloj de pulsera, una vez más. Eran ya las doce y media y aún no se había presentado Richard Ladd, su novio, el hombre que ella amaba a pesar de todo.

La impaciencia, el temor de que le hubiese ocurrido algo, las miradas más o menos descorteses de los hombres que pasaban junto a ella, el tráfico de la calle con sus ruidos de motores y claxons, la zozobra de su corazón, la tenían destrozada.

En su ansia de ver a Richard cuanto antes, lo había confundido con varias personas que se cruzaban. Sufría un terrible desengaño al comprobar su error.

Cuando le costaba ímprobos esfuerzos contener las lágrimas, dando por cierta la muerte de Ladd, distinguió su cabellera rubia, despeinada, su frente despejada y sus hombros de atleta. Corrió hacia él, cayendo en sus brazos rendidamente.

—¡Richard! ¡Richard!

Él no dijo nada, porque los labios los ocupó en besar los de ella, en un beso que conmocionó sus almas. No les importaban las miradas de los transeúntes. La cercanía de un guardia les hizo separarse y echar a andar, sin rumbo fijo, contemplándose mutuamente. Sobraban las palabras, mientras los corazones dialogaban de completo acuerdo y remontados a regiones muy por encima de los rascacielos de la urbe neoyorquina.

Repentinamente, Richard preguntó, a la vez que se detenía:

—¿Me quieres, Celia?

—¡Más que a todo en el mundo! Tenemos que tratar de tu vida. Es necesario que la cambies radicalmente. Escucha: yo estoy cansada de dirigir lo heredado de mi padre. Estoy sola. Tú podrías cargar con...

—Y tú, ¿qué? —preguntó él, poniendo un gesto hosco.

Ella bajó la mirada al suelo y repuso, ruborizándose:

—Primeramente estaré muy atareada con los preparativos de la boda, y luego... luego... si tenemos un hijo, pues.

No hubo más discusión sobre el particular.

Solamente, cuando subieron a un taxi, y temiendo que al conductor le molestasen las pruebas de amor, ella dijo repentinamente:

—Se me olvidaba decirte que Finnetey está en casa. Me encargó decirte que la mercancía está en buen lugar. Y me imagino que la «mercancía» son...

—Ya arreglaremos ese asunto. Si tú lo quieres me pondré dentro de la Ley. Hoy he visto que ponerse al margen de la Ley conduce a muy malos sitios.

Y entonces relató a Celia cuánto había sucedido en casa del «Doctor X» y la llegada de los agentes especiales del

F. B. I.,

culpables de su retraso, a causa de las declaraciones efectuadas.

—Y Hough, ¿qué ha sido de él? —preguntó, al terminar.

—Todavía no se sabe dónde estaba escondido en el barco. Acompañado del otro, intentó desembarcar sin ser visto. Los agentes del

F. B. I.,

los descubrieron y comenzó un tiroteo horroroso en el puerto. Hough consiguió escapar por una calle, amenazando a un taxista con su pistola; el otro cayó al principio. Más tarde cazaron a Hough cuando salía de un bar, de hablar por teléfono, según comentaron. Ahora comenzarán los molestos interrogatorios y las fastidiosas declaraciones, pero si tú vienes conmigo...

—Será muy distinto, ¿verdad?

—Sí, Richard; a tu lado todo parece muy distinto. Por eso me gustaste desde el primer momento.

Él taxista tuvo que toser repetidamente para no estar obligado a contemplar por segunda vez la más emotiva escena romántica contemplada en su vida.



El coloso de hierro

Relato escalofriante que contiene el estudio profundo de unas vidas arrojadas al campo azaroso de la criminalidad, para hacerse con dinero, aún a costa de robos y asesinatos.

El coloso de hierro

es el hombre, audaz y temerario, que se interpone en el camino de los desalmados, naciendo una tragedia digna de los tiempos griegos, por su fuerza dramática.

ALAR BENET

El magistral autor conocido en esta Colección por sus grandes méritos literarios, conoce a fondo el mecanismo científico del F. B. I. y describe de una forma amena las proezas de los valerosos Agentes Especiales.

EN LA PROXIMA SEMANA APARECERA

EL COLOSO DE HIERRO

NOTAS

[1] Federal Bureau of Investigation. Si el lector no conoce el funcionamiento de este organismo, debe adquirir nuestra Colección. (N. del E.). < <

[2] Véanse las interesantes enseñanzas que reciben los agentes del F. B. I. en ¡CULPABLE!, y TERROR en LA ACADEMIA DE QUANTICO (N. del E). < <